

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde la Revolución Ciudadana, desde una universidad pública, el Instituto de Altos Estudios Nacionales, y con el respaldo de la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación. Esta iniciativa trata de contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación ofrece a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierte en acción revolucionaria.



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
**Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación**

Edición en castellano:	Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación & IAEN, Ecuador
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño y coordinación editorial	David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Juan Mari Madariaga, Nuria Cortés, Ethel Odriozola, Cristina Piña, Ana Useros
Corrección ortotipográfica	Carlos Vidania
Editor	Susan Watkins
Associate Editor	Francis Mulhern
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
Deputy Editor	Daniel Finn
Online Publisher	Rob Lucas
Publishing Director	Kheya Bag
Assistant Editor	Alex Niven
Assistant Publisher	Emma Fajgenbaum
Subscriptions	Johanna Zhang

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© New Left Review Ltd., 2000

Edita:

Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación

Whymper E7-37 y Alpallana, 170516, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22505660

www.educacionsuperior.gob.ec

Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq., Quito, Ecuador

Tel: (593) 023829900

www.iaen.edu.ec

Produce:

Trama Ediciones

Juan de Dios Martínez N34 - 367 y Portugal, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22246315

Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid, España

Tel: (34) 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Imprenta: V&M Gráficas

NEW LEFT REVIEW 90

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2015

ARTÍCULOS

SUSAN WATKINS La triple torsión de Europa 7

ENTREVISTA

BHASKAR SUNKARA Proyecto *Jacobin* 30

ARTÍCULOS

DANIEL FINN Repensar la República de Irlanda 47

FRANCESCO FIORENTINO La ambición 81

ENRICA VILLARI El deber 92

GOPAL BALAKRISHNAN Marx, el abolicionista I 102

CRÍTICA

VIVEK CHIBBER India irredenta 144

MICHAEL DENNING Diseño y descontento 152

BLAIR OGDEN Walter Benjamin 158

CONTENIDOS

SUSAN WATKINS: El estado político de la Unión Europea

La deuda, la deflación y el estancamiento se han convertido ya en estigmas económicos familiares de la UE. ¿Pero qué decir de sus distorsiones políticas? Susan Watkins analiza los tres principales desequilibrios políticos actuales, que empeoran sin pausa, resultado directo de la integración europea: la casta oligárquica de sus gobernantes, el ascenso asimétrico de Alemania y la menguante autonomía de la UE en el universo noratlántico.

BHASKAR SUNKARA: Proyecto *Jacobin*

En esta entrevista, que inaugura una serie sobre nuevos medios de comunicación radicales, el fundador de la revista socialista estadounidense más imaginativa y mejor aceptada en el nuevo siglo explica cómo la ha creado, cuál es su estrategia política y editorial y por qué ha encontrado tan buena acogida.

DANIEL FINN: Repensar la República de Irlanda

En ningún otro lugar de Occidente una figura individual ocupa la misma posición en la vida nacional como el escritor político Fintan O'Toole en Irlanda. El primer análisis exhaustivo del *cursus* y el *corpus* de este poderoso crítico del *establishment* de la isla y de la sociedad que este ha dirigido. Méritos y limitaciones de otro modo de entender el «republicanismo» en Irlanda.

FRANCESCO FIORENTINO: La ambición

¿Cómo y cuándo la ambición dejó de ser una tacha moral en la mente europea para adquirir los adornos de virtud ambigua que posee en los tiempos modernos? El ardiente protagonista de la novela de Stendhal sobre la Francia de la Restauración como centro de atracción del cambio y de sus implicaciones para el orden social.

ENRICA VILLARI: El deber

En diametral contraste, el sentido del deber como condición para una vida ética en el *Middlemarch* de George Eliot. Un deber que ya no está dictado, sin embargo, por la tradición o los convencionalismos, sino diseñado como opción individual, en ilusión o cumplimiento, a través de las modestas rutinas de la vida cotidiana.

GOPAL BALAKRISHNAN: Marx, el abolicionista I

Primera parte de la reconstrucción en dos entregas del tránsito intelectual del joven Marx por el paisaje conceptual hegeliano, después ricardiano, que le lleva al umbral de la arquitectura del capitalismo como un modo de producción elaborada en su madurez. Desde el punto de partida del firmamento filosófico de la década de 1830 hasta el punto de inflexión provocado por el crecimiento económico de comienzos de la década de 1850, este artículo analiza el desarrollo del esbozo de un materialismo histórico que dará lugar al siguiente.

CRÍTICA

VIVEK CHIBBER reseña el libro de Jean Drèze y Amartya Sen *An Uncertain Glory: India and its Contradictions*. Sombrío balance de las deficiencias del desarrollo indio y de las soluciones insuficientes dadas a las mismas.

MICHAEL DENNING reseña el libro de Nikil Saval *Cubed: The Secret History of the Workplace*. Las transiciones acontecidas desde los grandes edificios de oficinas a las salas de mecanógrafas y los cubículos de trabajo a medida que los diseñadores del capital intentaban contener el descontento de los trabajadores.

BLAIR OGDEN reseña el libro de Howard Eiland y Michael Jennings *Walter Benjamin: A Critical Life*. El vagabundo perdido de la leyenda observado bajo una luz biográfica nueva y más profunda.

AUTORES

VIVEK CHIBBER: *su libro más reciente es Postcolonial Theory and the Specter of Capital (2013); enseña Sociología en la Universidad de Nueva York.*

MICHAEL DENNING: *trabaja en la Universidad de Yale; entre sus obras se incluye Culture in the Age of Three Worlds (2004).*

FRANCESCO FIORENTINO: *autor de Il teatro francese del Seicento (2008); enseña en la Universidad de Bari.*

BLAIR OGDEN: *da clases de Ciencias Políticas en la Universidad de Kingston en Londres.*

BHASKAR SUNKARA: *director, fundador y editor de Jacobin.*

ENRICA VILLARI: *profesora de Literatura Inglesa en Venecia.*

SUSAN WATKINS

Editorial

LA SITUACIÓN POLÍTICA DE
LA UNIÓN EUROPEA

AUNQUE EL MALESTAR económico se está convirtiendo en un fenómeno global, con la desaceleración registrada en China y Japón, sus manifestaciones políticas más agudas siguen concentradas todavía en Europa. Una de las razones es la severidad de la contracción en la Eurozona, donde la producción y la inversión siguen todavía muy por debajo de los niveles de 2008, el desempleo no baja de los dos dígitos y los efectos combinados de la austeridad fiscal y las restricciones crediticias han hecho disminuir aún más la demanda, mientras que el capital excedente huye a Londres y Zúrich. La caída del diferencial de crédito de los bonos italianos y españoles tiene que ver más con la liquidez a corto plazo del Banco Central Europeo que con ninguna mejora de las condiciones subyacentes: los niveles de deuda nacionales son más altos que nunca y vulnerables al menor asomo de volatilidad; los bancos, sobreexpuestos, están a merced de las sacudidas procedentes de los mercados emergentes; el motor alemán depende de una demanda externa que se debilita.

Pero los desequilibrios políticos europeos son ahora tan marcados al menos como los económicos. La crisis financiera pilló a los sistemas monetario y fiscal de la Unión Europea a medio construir, y ha habido que levantar estructuras de emergencia en medio de la tormenta. Lejos de desintegrarse, como predecían los catastrofistas, la UE se ha fortalecido, viéndose obligadas sus instituciones supranacionales a servir a propósitos ni siquiera imaginados por sus creadores, al tiempo que se agudizaban las divisiones entre sus ciudadanos. Sin embargo, esas asimetrías tienen una prehistoria. Desde el inicio del largo declive a

principios de la década de 1970, la entidad política europea ha estado sometida a un conjunto de torsiones estructurales en tres planos distintos: el de las relaciones cívico-democráticas entre los gobernantes y los gobernados; el de las relaciones interestatales entre los países miembros, y el de las relaciones geopolíticas con el exterior del bloque. Se han estructurado en gran parte mediante los intentos de los gobernantes europeos de atemperar una serie de estremecimientos exógenos: el colapso del sistema de Bretton Woods a principios de la década de 1970, el desmoronamiento del bloque soviético durante la de 1990 y la crisis financiera mundial que estalló en 2008.

Cada uno de ellos operó como una «crisis señal», para utilizar la terminología de Giovanni Arrighi, dando paso a una nueva configuración económico-política que contribuiría a su vez a dar forma a la respuesta a la siguiente sacudida: durante las décadas de 1970 y 1980, el asalto neoliberal del capital contra los trabajadores y la segunda Guerra Fría; durante la década de 1990, la globalización, la financiarización y el ascenso de China; desde 2008, la nueva época de estancamiento ligado a la deuda, que carece todavía de nombre. En lo que sigue describiremos las formas de las asimetrías de la UE configuradas con ese telón de fondo, argumentando que la solución convencional –apuntalar la posición del Parlamento– es un callejón sin salida, al menos en cuanto a la esperanza de redemocratizar la Unión¹.

Primeras sacudidas

El politólogo Walter Dean Burnham observó hace tiempo que, aunque el sistema económico estadounidense se ha transformado con una energía sin par, el sistema político estadounidense apenas ha cambiado: las instituciones diseñadas por la aristocracia plantadora del siglo XVIII siguen todavía ahí. Algo muy parecido se podría decir de la UE. Los arquitectos de la integración europea nacieron en una época de carrioches tirados por caballos: J. Monnet y R. Schuman en la década de 1880, Adenauer en 1876. Las instituciones que diseñaron –la Comisión, un ejecutivo supremo constituido por esforzados tecnócratas; el Consejo de Ministros interestatal, el Tribunal supranacional de Estrasburgo y la

¹ Una versión anterior de este artículo fue presentada en la conferencia EuroMemorandum de 2014 en Roma. Agradezco a sus organizadores, especialmente a Trevor Evans, John Grahl y Marcella Corsi, y a Dominique Plihon y Joachim Becker, sus valiosas críticas.

Asamblea parlamentaria— encarnaban una visión muy de la década de 1950 de una Europa moderna unida. Se suponía que debían supervisar la convergencia parcial pero creciente de soberanía entre tres grandes Estados, los de Francia, Alemania e Italia, cuyas poblaciones eran todavía en buena parte rurales (casi el 40 por 100 del electorado francés estaba formado por granjeros y campesinos) y los tres pequeños países del Benelux. Aquel extraño complejo institucional contenía un conjunto sutilmente equilibrado de relaciones:

- En términos geopolíticos, la integración europea fue desde el principio un proyecto de la Guerra Fría apoyado por el Departamento de Estado estadounidense para fortalecer las economías capitalistas del continente frente a la amenaza soviética. Pero para sus fundadores encarnaba también la esperanza de Europa como tercera fuerza, independiente tanto de Estados Unidos como de la URSS. El Tratado de Roma de 1957 era una respuesta directa a la crisis de Suez y la aserción de la hegemonía estadounidense en Oriente Próximo, el *shock* exógeno fundador de Europa.
- En términos de relaciones interestatales, el eje franco-alemán ofrecía un equilibrio entre la fuerza militar y diplomática francesa —Francia era miembro permanente del Consejo de Seguridad, tenía un imperio en ultramar y pronto sería una potencia nuclear independiente— y el peso económico alemán. Estratégicamente, sus intereses eran distintos pero complementarios: Francia quería vincular a su gran vecino en un bloque diplomático bajo su propia dirección; Alemania deseaba recuperar su estatus como potencia mundial de primer orden y asegurarse el apoyo francés para su eventual reunificación. Estaban flanqueadas respectivamente por Italia, habitualmente alineada con Francia, y por los países del Benelux halados quieras que no por la estela alemana, partidarios decididos de un marco supranacional que les ofreciera un mayor papel diplomático.
- En términos político-democráticos, el Tratado de Roma era obra de las elites; los electorados europeos no fueron consultados. Pero tampoco existía ninguna fuerte oposición popular a lo que siguió siendo, durante las décadas de 1950 y 1960 de elevado crecimiento, una construcción bastante distante y nebulosa, con los objetivos vagos pero inobjetables de la prosperidad y la estabilidad.

La primera sacudida para la Europa de los Seis fue la revocación por Washington de los acuerdos de Bretton Woods y la imposición del régimen del dólar, con el telón de fondo de una competencia económica intensificada durante la década de 1970. La respuesta europea, todavía bajo el liderazgo francés, consistió en acelerar el proceso hacia un sistema monetario unificado, basado en el Plan Werner, como baluarte contra las turbulencias internacionales. A ese fin, París levantó el veto a la inclusión británica impuesto por De Gaulle –quien había advertido que el Reino Unido serviría como caballo de Troya para los intereses estadounidenses– en la creencia de que la City de Londres proporcionaría el lecho financiero vital para el nuevo sistema. Esos cambios –integración económica más profunda, combinada con la ampliación– se vieron complementados por unos pocos retoques al marco institucional de la CEE: reuniones regulares en la cumbre de los Gobiernos de los Estados miembros en el Consejo de Europa y elecciones directas al Parlamento supranacional, cuyos escaños habían sido ocupados anteriormente por representantes de las asambleas nacionales.

La unión monetaria de la década de 1970 se fue a pique; la economía alemana salió adelante, mientras las demás se debilitaban y sus monedas tuvieron que devaluarse frente al marco alemán; pero la coyuntura de las décadas de 1970 y 1980 alteró los equilibrios de la Comunidad Europea en otros aspectos no esperados. En primer lugar, la entrada de Gran Bretaña trajo consigo el contundente patrocinio por Margaret Thatcher de la desregulación financiera y la reducción del gasto social. Aquel enfoque neoliberal, respaldado por Mitterrand y Delors, quedó incorporado al marco común con el Acta Única Europea de 1986, aunque fuera acompañado por una carta de derechos laborales (1989), luego subsumida en la Carta de Derechos Fundamentales de la UE (presentada en 2000 en Niza con excepciones para Gran Bretaña y Polonia y ratificada en 2007 como «documento anexo» al Tratado de Lisboa); aquel giro monetarista debilitó a Francia y, sobre todo, a Italia, cuya deuda nacional pasó del 60 al 120 por 100 del PIB durante las décadas de 1980 y 1990, como consecuencia de los exorbitantes tipos de interés de la Banca d'Italia, cuyo pago iba a suponer un pesado lastre para su economía. En segundo lugar, con la desaparición de las dictaduras en Portugal, Grecia y España durante la década de 1970, la Comunidad Europea descubrió una nueva vocación: la ingeniería social en su periferia cercana, creando con dinero canalizado a través de la fundación Friedrich Ebert partidos de centroizquierda amables con el capital –el Partido Socialista portugués, el PSOE, el PASOK– que iban a apacentar a las nuevas democracias hasta introducir las en la OTAN. ¿Cuáles fueron los resultados para las relaciones internas y externas de Europa?

- En términos cívico-democráticos, la coyuntura de las décadas de 1970 y 1980 –la Europa de los Doce– tuvo bastante éxito. La Comunidad Europea estaba casi totalmente dirigida desde arriba, por reuniones en la cumbre e instituciones supranacionales que no debían rendir cuentas a nadie. Pero en España existía un apoyo popular genuino a la integración europea y también se celebraron con éxito los referéndums de adhesión del Reino Unido e Irlanda; hacia finales de la década de 1980 hasta el Partido Laborista británico se había vuelto proeuropeo. El nivel de vida estaba aumentando en casi todas partes; pese al marco atlantista y de libre mercado del Acta Única Europea, el proyecto era considerado socialmente liberal y suavemente socialdemócrata.

- En términos geopolíticos, los resultados eran mixtos. El intento de crear un sistema monetario europeo capaz de competir con el dólar había fracasado. La segunda oleada de ampliaciones fue considerada un éxito y la Comunidad Europea tenía ahora una población de 300 millones de habitantes, superando a Estados Unidos; pero el proyecto de Europa como tercera fuerza se había visto socavado por la expansión de la OTAN y la implantación de misiles Cruise y Pershing en Gran Bretaña y Alemania. El caballo de Troya estaba muy dentro de las murallas.

- En términos de equilibrios interestatales, la asociación franco-alemana parecía disfrutar de una edad de oro mientras Delors dirigía una Comisión dinámica y se registraba un fuerte crecimiento económico alemán. Pero, retrospectivamente, el liderazgo diplomático francés se estaba viendo sometido ya a la fuerte presión de Gran Bretaña, que desempeñó un papel central en la redacción del Tratado de 1986. Dentro de la propia Francia, la perspectiva gaullista de las elites políticas, intelectuales y mediáticas estaba siendo desplazada por un liberalismo atlantista ajeno al pensamiento estratégico independiente tradicional. Entretanto, el marco alemán se había afianzado como moneda europea de reserva durante las turbulencias monetarias de la década de 1970; en el momento de la firma del Tratado de Roma la economía alemana solo era una sexta parte mayor que la francesa, en 1973 era una vez y media mayor. Francia se estaba viendo presionada tanto diplomáticamente desde el oeste como económicamente desde el este. El equilibrio entre los dos Estados principales de la Unión estaba empezando a cambiar.

Nuevo momento crítico y reorientación

La segunda sacudida exógena fue la desintegración del bloque soviético en 1989, que ofreció una posibilidad de refundación para la entidad política europea, que había sido concebida y desarrollada como institución occidental en el marco de la Guerra Fría. La cuestión más inmediata fue la unificación de Alemania. ¿Cómo debía proceder? ¿Debía ser neutral o miembro de la OTAN el nuevo Estado? ¿Hasta qué punto alteraría una Alemania unida el equilibrio interno de la UE, y qué relación tendría esta con los demás países que antes pertenecían al Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON)?

La cuestión de la unificación alemana iba a ofrecer la clave para el resto. Había que elegir entre dos vías: la primera era el proceso plenamente democrático-constitucional previsto por el artículo 146 de la Ley Básica alemana (*Grundgesetz für die Bundesrepublik Deutschland*), con consulta popular en ambos lados; este enfoque estaba implícito en los Diez Puntos de Helmut Kohl de noviembre de 1989, que supusieron la primera propuesta de unificación con una fase de transición de «estructuras confederales» entre las dos Alemanias. Pero el artículo 146 significaba dejar abierta la cuestión de la neutralidad o la pertenencia a la OTAN, cuestión sobre la que los dirigentes políticos de Alemania Occidental estaban divididos. Oskar Lafontaine, el candidato a canciller del SPD, era lo bastante distante con respecto a la alianza atlántica como para alarmar a Washington. La opinión pública se inclinaba por la neutralidad; la expansión de la OTAN incorporando a la RDA era considerada –no sin razón–, junto con la imposición por Reagan de los misiles nucleares, como un acto de agresión occidental.

El reconocimiento occidental de una Alemania unida estaba en manos de las cuatro potencias ocupantes: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética. Washington convirtió la pertenencia a la OTAN en condición para la unificación y arrojó todo su peso en favor de Kohl, quien ahora pidió la rápida incorporación individual de los nuevos *Länder* a la República Federal tal como era –esto es, dentro de la OTAN– a tenor del artículo 23 de la Ley Básica, un oscuro mecanismo que se había utilizado para la incorporación del Sarre en la década de 1950. Esto tenía como respaldo lo que parecía una promesa brillante: un tipo de cambio de 1 por 1 entre los dos marcos alemanes, lo que permitió a la CDU de Kohl obtener una victoria abrumadora en las elecciones de marzo de 1990 en

la RDA, pero que también llevó a la bancarrota a la industria de Alemania Oriental. Los líderes soviéticos bufaron al principio sobre la expansión de la OTAN, pero la caída abismal del precio del petróleo se estaba demostrando económicamente catastrófica para la URSS. Gorbachov arrojó la toalla en mayo de 1990 y en otoño pidió un crédito de 15.000 millones de marcos alemanes. Las voces de Günter Grass y de otros que pedían un proceso constituyente democrático cayeron en oídos sordos.

La respuesta francesa –y europea– a la perspectiva de una Alemania económicamente preponderante fue acordar como condición para la unificación que la soberanía del Bundesbank quedara inmersa en una nueva institución supranacional. Delors y su comité de banqueros centrales habían redactado ya un proyecto para una moneda única. A diferencia del Plan Werner, de la década de 1970, que incluía una política fiscal común con una considerable dimensión social, el Plan Delors reflejaba la pujanza de las ideas de Milton Friedman durante la década de 1980 y situaba como tarea principal del Banco Central Europeo el control de la inflación. El euro se presentaba como una brillante solución tecnocrática, que no solo diluiría la influencia alemana, sino que obligaría a los antiguos y nuevos Estados miembros a alinear sus economías, ya que la devaluación dejaría de ser una opción viable. Muchos advirtieron en aquel momento que la moneda única considerada por Delors no neutralizaría el predominio alemán, sino que lo entronizaría. Mitterrand, en cambio, consideraba en diciembre de 1989 un gran triunfo diplomático lograr el acuerdo de Kohl para el Plan Delors, formalizado en el Tratado de Maastricht de 1991. El electorado y la clase política francesa se dividieron por la mitad sobre Maastricht y el referéndum se aprobó por los pelos, con el 51 frente al 49 por 100 de los participantes. El Bundesbank se cobró su precio: el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1998 impuso límites fiscales estrictos, aunque las decisiones sobre impuestos, pensiones, subsidio de desempleo, sanidad, educación y gasto social, consideradas lo bastante sensibles como para requerir legitimación electoral, quedaron en manos de los Gobiernos nacionales. La contabilidad creativa y los pródigos créditos de la burbuja globalizadora contribuyeron a suavizar el impacto del régimen del BCE durante la primera década de existencia del euro.

Las relaciones con los países que antes habían pertenecido al COMECON siguieron el modelo de la absorción de la RDA. Contrariamente a la sugerencia francesa de que la Europa occidental y la oriental constituyeran una

asociación genérica fuera del marco de la UE, y siguiendo las prescripciones anglo-estadounidense, cada país fue reclutado individualmente para la Unión, que mantuvo su estructura previa. No hubo un proceso constitucional-democrático ni una refundación de la entidad europea pese a que su carácter se hubiera alterado radicalmente: la Unión contaba ahora con una población de 500 millones de habitantes y poseía su propia moneda y su Banco Central. En términos alemanes, se había aplicado el artículo 23 de la Ley Básica (*Grundgesetz*), no el artículo 146. Al complejo institucional de la década de 1950 se le hicieron unas pequeñas modificaciones: se ajustaron los pesos relativos en el Consejo Europeo, se crearon dos puestos nuevos y se realizó un intento de presentar los tratados como una Constitución, con un preámbulo muy rimbombante: valores universales, imperio de la ley y el derecho, igualdad, solidaridad, paz.

Las decisiones tomadas en Maastricht tardaron algunos años en desarrollarse: el euro alcanzó un funcionamiento pleno en 2001; la incorporación de los nueve primeros países miembros del antiguo COMECON tuvo lugar en 2004, y tras ellos llegaron Rumanía y Bulgaria en 2007; las instituciones se ajustaron finalmente en el Tratado de Lisboa de 2007, después de la debacle del tratado constitucional en 2005. ¿Cómo afecta a las asimetrías de la UE?

- En términos democráticos, Maastricht aportó una ampliación decisiva de la brecha entre gobernantes y gobernados. La arquitectura del sistema del euro se diseñó deliberadamente para resultar inmune a las presiones electorales. Con el desplazamiento general hacia el neoliberalismo, durante la era de Maastricht se vio también la obliteración de cualquier política real en pro de una «Europa social»; la nivelación hacia abajo sustituyó a la nivelación por arriba de los Doce, al tiempo que comenzaba a aumentar el desempleo estructural. Las privatizaciones y la contracción de los derechos sociales ampliaron la distancia entre los de «arriba» y los de «abajo». La competencia de libre mercado quedó inscrita como principio fundacional en el Tratado Constitucional de 2004, lo que constituyó una de las principales razones para su rechazo en los referéndums de 2005. El surgimiento de mayorías populares contra la dirección posterior a Maastricht que tomaba la Unión Europea en países fundadores como Francia y los Países Bajos señaló una nueva fase en su deterioro. Fueron dejadas de lado por los gobernantes europeos, como lo fue el surgimiento de una corriente euroescéptica en Inglaterra. El Tratado, excepto su preámbulo, quedó reafirmado en Lisboa.

- En términos de las relaciones interestatales, el acuerdo de Maastricht formalizó un nuevo conjunto de asimetrías estructurales. El establecimiento del bloque de la Eurozona llevó a una integración intensificada del núcleo, combinada con una dinámica centrífuga en la periferia, que afectaba en particular a Gran Bretaña. Dentro de la Eurozona surgió una nueva jerarquía entre los Estados miembros como respuesta a las restricciones impuestas por el Pacto de Estabilidad: países poderosos como Alemania o Francia pudieron saltarse impunemente las reglas fiscales en las recesiones de 2001-2002, mientras que otros más débiles, como Portugal, se vieron obligados a obedecerlas. En tercer lugar, la expansión hacia el este abandonó el principio de igualdad entre los Estados miembros: los fondos estructurales y regionales que la Comisión puso a disposición de los antiguos países del COMECON eran una miseria comparados con los que se habían donado a España, Grecia, Portugal e Irlanda. Entre los nuevos incorporados, Polonia, blanco principal de la inversión alemana, consiguió un trato mucho más solícito que el resto.
- En términos geopolíticos, el final de la Guerra Fría podría haber traído el amanecer de una auténtica autonomía de la UE en la escena mundial, pero lo que trajo fue una subordinación más completa al liderazgo estadounidense en una OTAN ampliada, de la que Francia se convirtió en miembro a todos los efectos. El inicio de la era de Maastricht se vio acompañado por una desastrosa iniciativa austro-alemana para alentar la secesión de Eslovenia y Croacia, mientras Washington se mantenía ocupado en el golfo Pérsico; pero tales ambiciones fueron inmediatamente bloqueadas por Estados Unidos una vez que percibió lo que estaba sucediendo. Sobre cuestiones de importancia militar y estratégica, la cadena de mando real seguía yendo desde Washington a Londres, París o Berlín, en una estructura clásica de radios desde un centro. La guerra de la OTAN en 1999 contra Yugoslavia fue una operación deliberadamente ejemplar a este respecto: dirigida por Estados Unidos, con fuerzas e ideólogos alemanes, franceses y británicos en papeles secundarios. La diplomacia supranacional de la UE operó a un nivel más bajo, realizando el trabajo de base para la OTAN a través de la intromisión ahora automática de la Comisión en los asuntos políticos y económicos de sus vecinos para extender una periferia segura cada vez más amplia y profunda para la acumulación de capital.

Los desequilibrios políticos de la Unión Europea –aún más que los económicos– fueron cuidadosamente implementados por el bloque

de Maastricht. Cuando el final de la Guerra Fría puso sobre la mesa la cuestión de Europa, la mayor preocupación de Estados Unidos –con el apoyo de las elites eurooccidentales– fue evitar el riesgo de un momento democrático-constitucional. Washington reafirmó su primacía como dirigente de la OTAN, primero, en el proceso de unificación alemán y, luego, en cada nueva incorporación. Francia, en lugar de insistir en una refundación constitucional de la nueva Europa, apostó por un ajuste tecnocrático a través de una política monetaria supranacional. La posición de Washington era totalmente racional, ajustada a sus propios intereses; las ilusiones de Mitterrand y de Delors iban, en cambio, a contribuir a pavimentar el camino para el eclipse de Francia.

Una hegemonía encrespada

Maastricht puso en vigor tres asimetrías corrosivas: relaciones interestatales sesgadas, formas de gobierno oligárquicas y subordinación geopolítica. La crisis financiera ha supuesto desde entonces un giro aún más tóxico. El resultado ha sido una ampliación sin precedentes del control autocrático de la Comisión y, tras él y por encima, una centralización sin precedentes del poder extralegal de la oficina de la canciller alemana. En una entidad política que en otro tiempo se enorgullecía del Estado de derecho, la toma de decisiones en la cumbre está ahora a la vez informalizada y personalizada. La primacía alemana no ha sido, empero, el resultado de una toma unilateral del poder, sino que se forjó paso a paso en una lucha política prolongada desde febrero de 2010, cuando las cadenas de deuda que llegaban en último término hasta Wall Street se rompieron por su eslabón más débil, Grecia. Las participaciones bancarias francesas se desplomaron mientras los libros falsificados de Atenas salían a la luz, encolerizando al ministro de Finanzas alemán desde 2009, Wolfgang Schäuble. El secretario del Tesoro de Obama ofreció un resumen característicamente crudo de la posición de Berlín: «Les vamos a dar a los griegos una lección. Nos mintieron, se aprovecharon de nosotros, derrocharon nuestra ayuda y vamos a aplastarlos»². La respuesta de Geithner dictaba la pauta de lo que vino después: «Podéis pisar el cuello de esos chicos si eso es lo que queréis hacer», le dijo a Schäuble, pero Berlín debía dar también a los inversores lo que querían: Alemania tenía que suscribir una porción significativa de la deuda pública griega en vez

² Véase Peter Spiegel, «Draghi's ECB management: the leaked Geithner files», *FT Blog*, 11 de noviembre de 2014, a partir de transcripciones de entrevistas para las memorias de Timothy Geithner.

de rescindirla y no condonarla –el «corte de pelo» de los acreedores de Grecia que querían Merkel y Schäuble– y permitir una compra a gran escala de bonos por el Banco Central europeo, contrariamente a los postulados monetarios alemanes.

La famosa respuesta de Merkel fue: «No habrá garantías sin control». Se le dio a la Troika –los funcionarios del BCE, la Comisión y el FMI– el mando de la economía griega y se acordó un crédito de rescate en términos punitivos; el dinero no iría a «los griegos», por supuesto, sino a los bancos franceses y alemanes³. En octubre de 2010 se produjo un intento de rebelión franco-alemán, cuando los bancos irlandeses se balanceaban al borde del abismo. Merkel quería hacer de la reestructuración de la deuda una condición para futuros créditos de emergencia; el apoyo de Sarkozy significaba que Francia quedaría exenta del «control» fiscal alemán. La respuesta estadounidense era predecible: «Estaba jodidamente al borde de la apoplejía», recordaba Geithner, y el rescate irlandés se produjo sin el corte de pelo de los acreedores; se reafirmó el engañoso compromiso del ministro irlandés de Finanzas Brian Joseph Lenihan de suscribir cada penique del préstamo de la City de Londres⁴. Desde finales de 2010 Francia se convirtió en el aliado más estrecho de Washington en la crisis de la Eurozona. El Gobierno de Sarkozy desempeñó un papel agresivo en obligar a Grecia e Italia a asumir el rescate; el primer acto de Hollande como presidente fue recomendar a los griegos que votaran contra Syriza en las elecciones de junio de 2012. Pero la campaña del Tesoro estadounidense tuvo también el respaldo de prácticamente todo el *establishment* político europeo, incluidos los socialdemócratas alemanes y los medios de comunicación internacionales, que presentaron el rescate de los inversores como una iniciativa progresista, proeuropea y suavemente socialdemócrata, y criticaron la «renuencia» de Alemania a desempeñar el papel hegemónico que le correspondía.

³ El rescate original de la UE de 50 millardos de euros se multiplicó por diez por instrucciones de Geithner, ladradas en una conferencia del G 7: «Les interrumpí antes de que pudieran terminar de explicar sus ideas. “Si anunciáis eso se reirán de vosotros; deberíais pensar más bien en 500 millardos de euros”. Después de infinitos corrillos durante el fin de semana, los europeos anunciaron al final un fondo de rescate de 500 millardos de euros». Esto concordaba con la evaluación más general del secretario del Tesoro estadounidense de que la Unión Europea siempre «criticaba públicamente cualquier propuesta estadounidense, antes de acabar adoptando una versión reformulada y a menudo deformada de ella». Timothy Geithner, *Stress Test: Reflections on Financial Crises*, Londres, 2014, pp. 446, 475.

⁴ Véase Peter Spiegel, «Draghi's ECB management: the leaked Geithner files»; T. Geithner, *Stress Test*, cit., pp. 449-450.

Una vez descartada la reestructuración de la deuda, la carga caería en el «control». Mientras las huelgas y los disturbios se multiplicaban en el continente, cada gesto alemán hacia los mercados financieros –el rescate griego y la compra de bonos por el BCE en 2010; su operación de refinanciación a largo plazo por billones de euros en diciembre de 2011; el programa de transacciones monetarias directas en septiembre de 2012, dos meses después del discurso de Draghi del «cueste lo que cueste»– se vio acompañado, paso a paso, por una ampliación de su poder ejecutivo autocrático. El sistema de semestres europeo (2010) obligaba a los Estados miembros a someter presupuestos anuales a la Comisión para su aprobación antes de que pudieran ser discutidos por los parlamentos nacionales; el Pacto Euro Plus (2011) les obligaba a reducir los costes laborales y elevar la productividad; el Pacto Fiscal (2012), a incluir límites de déficit del estilo Tea Party en sus constituciones nacionales. Bloques de la legislación europea –el Paquete de Seis (2012) y el Paquete de Dos (2013)– endurecieron el régimen económico de «vigilancia y puesta en vigor» de la Comisión.

Mientras sucedía esto, el peso político de Alemania se vio apalancado por su preeminencia política. El acuerdo final –entre Washington y los mercados financieros, por un lado, y Berlín, por el otro– compensaba las garantías alemanas e inyecciones de dinero en efectivo en los bancos por valor de billones de euros con una pérdida decisiva de soberanía económica de los demás Estados de la Eurozona; Zapatero, Berlusconi, Papandreou, Samaras, Coelho y Kenny se vieron obligados a obedecer el dictado alemán sobre política fiscal o tirar la toalla. Pero, hasta la fecha, esa hegemonía alemana ha resultado extrañamente encrespada. Aunque saque una cabeza a las demás potencias europeas, Alemania nunca ha sido lo bastante grande como para ejercer una primacía desenvuelta sobre ellas. Desde la época de la Liga de Delos (siglo V a. C.), el liderazgo estable de una federación de Estados ha requerido una tercera parte al menos del peso demográfico, económico y militar total. Alemania cuenta con alrededor del 17 por 100 de la población y el PIB de la UE, y sigue por detrás de Francia y Gran Bretaña en armamento. Su preponderancia desde 2011 descansa, en primer lugar, en un poder económico coercitivo y, en segundo lugar, en un reconocimiento tácito de los demás Estados de que los inversores y el Tesoro estadounidense consideran a la canciller alemana como jefa ejecutiva de toda Europa. Los demás Estados apenas pueden impugnar su predominio, habiendo respaldado la campaña de Washington y Wall Street para que Berlín asuma ese papel. Alemania está comenzando ya a beneficiarse de la naturaleza

acumulativa del poder: Merkel es tratada como emperatriz de Europa en sus raras visitas a los demás Estados y durante el año pasado los gobernantes y fabricantes de opinión europeos han comenzado a dirigirse a Berlín para consultar las decisiones sobre cuestiones puramente políticas –la actitud con respecto a Ucrania, el nombramiento del presidente de la Comisión– que no tienen nada que ver con la deuda.

Pero Berlín tiene como desventaja la oposición interna a las actividades del BCE entre sectores sustanciales de la clase gobernante y los medios alemanes; ha alcanzado el liderazgo de Europa traicionando los postulados históricos nacionales sobre la «financiación monetaria». La política de Merkel con respecto a la Eurozona es también criticada por los trabajadores cuya situación económica se ha visto notablemente deteriorada desde las reformas *à la* Thatcher del SPD en 2004; la flexibilización cuantitativa debe hacerse de puntillas, de manera que los votantes alemanes apenas la perciban. El ascenso de Alternative für Deutschland es particularmente irritante para Merkel, ya que ese partido anuncia ruidosamente hasta el último detalle de lo que Frankfurt está a punto de hacer. Dentro de la Eurozona, la hegemonía alemana afronta la irritación popular frente a sus instrumentos de dominación, el Directorio Económico de la Comisión y la Troika. La coerción es evidente a ese respecto; el consentimiento, en cambio, se da a regañadientes. Y aunque el poder de Berlín en el siglo XXI es de un carácter muy diferente al de momentos anteriores de expansión imperial –y no solo porque no es una decisión soberana por su parte: Alemania se ha visto impulsada a él y la determinación soberana reside en último término al otro lado del Atlántico–, sus emisarios están, sin embargo, siguiendo los pasos de sus antepasados en muchos lugares de Europa, incluida Grecia, donde el gran «NO» de 2011 era un eco directo de la Resistencia. ¿Hasta qué punto ha afectado esa preponderancia a las asimetrías de la UE?

- En términos de las relaciones interestatales, el equilibrio básico franco-alemán ha quedado destruido. ¿Por qué ha ofrecido Francia tan escasa oposición a lo que Ulrich Beck ha denominado «Euroalemania»? La respuesta habitual es que la economía francesa está demasiado lastrada por sus legados estatistas para que la voz del Elíseo tenga mucha autoridad; pero las cifras no lo corroboran. En muchos aspectos –deuda pública, renta familiar, infraestructura, industria– Francia está en mejor situación que el Reino Unido. El liderazgo francés en Europa dependía de su ventaja diplomática y militar, no de la producción económica; es esta la que se ha visto socavada ahora, tanto

ideológicamente, con el aumento del atlantismo francés, como geopolíticamente: el final de la Guerra Fría colapsó gran parte del margen de maniobra para una diplomacia francesa independiente y de equilibrio entre las dos superpotencias. La alineación con Estados Unidos durante la crisis de la Eurozona ha sellado el destino de Francia. Un momento significativo se produjo en la cumbre de 2010 en Deauville, con el fracasado intento franco-alemán de trazar una línea independiente de Washington. Sarkozy, en palabras del secretario del Tesoro, esperaba «conseguir que Merkel retirara su propuesta de “unión fiscal”, muy dura para él políticamente, al significar que Francia aceptaba caer bajo el predominio de Alemania en lo que atañe a la política fiscal»⁵. París está actualmente a la espera de saber si su presupuesto para 2015 satisfará o no a los hombres de Schäuble en Bruselas.

- En el frente geopolítico, Berlín se ha hecho cargo de la política europea con respecto a Ucrania de un modo que habría sido impensable hace tan solo tres años. París y Londres han sido marginados y la canciller se ha postulado como coordinadora de las sanciones occidentales contra Putin mientras Obama permanece ocupado en otras regiones del mundo. Desde Maastricht, la simbiosis OTAN-UE ha mantenido una lógica expansionista; la crisis de la Eurozona no ha hecho nada para disminuir sus ambiciones. La política de la Comisión ha dado rienda suelta a los Estados miembros con políticas más agresivas hacia el este –Suecia, Polonia, los países bálticos–, que vienen agitando desde hace tiempo por un reforzamiento de la OTAN en la frontera con Rusia. Cuando la brutalidad de la política de Yanukovich facilitó una protesta masiva contra su Gobierno a finales de 2013, el Departamento de Estado trató automáticamente de dirigirla, dejando a la Unión Europea la tarea de darle consistencia sobre el terreno. El orden jerárquico se evidenció en la promoción de sus candidatos: el favorito estadounidense, Yatsenyuk, se convirtió en primer ministro, mientras que Klitschko, el hombre de Alemania, ha quedado únicamente como alcalde de Kiev. Fue la negativa del Gobierno de Yatsenyuk a negociar un acuerdo regional en marzo de 2014 la que dio lugar a la movilización en el este, con el respaldo de Rusia, que oscilaba entre la actitud defensiva y el aventurerismo. La estrategia occidental ha sido igualmente contradictoria. Rusia no es la URSS, sino un Estado capitalista, que Estados Unidos quiere atraer a su órbita, al tiempo que bloquea una alianza chino-rusa; pero ha

⁵ P. Spiegel, «Draghi's ECB management: the leaked Geithner files».

impulsado incansablemente la expansión OTAN-UE; tras pisotear los acuerdos de 1990 con Moscú, ha avanzado en la mayor parte del *glacis* exsoviético y solo se le ha puesto freno en la cuenca de Dombás.

- En términos cívico-democráticos, la dura política de clase del régimen de rescate/austeridad ha depositado un pesado lastre sobre la democracia representativa en los Estados miembros. Partidos de gobierno históricos han quedado prácticamente desmantelados en Irlanda y Grecia. Coaliciones nacionales de centroizquierda y centroderecha —«el gobierno mediante cártel», como lo llamó Peter Mair— se están convirtiendo en la nueva norma de la Europa en crisis⁶. En Grecia, la coalición entre Nueva Democracia y el PASOK recibió en 2012 el apoyo de solo el 30 por 100 del electorado total, principalmente pensionistas, amas de casa y votantes rurales; las ciudades y la población en edad de trabajar votaron por Syriza. En Francia, el rechazo popular ha impulsado un ascenso sin precedentes del apoyo al Frente Nacional, que barrió la escena en las elecciones al Parlamento Europeo de 2014 y es probable que lleve a Marine Le Pen a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en 2017. Casi dos terceras partes de los alemanes, austriacos y holandeses expresaron su «desconfianza» en la UE en las encuestas del Eurobarómetro de los últimos años. En todo el continente la modificación de la actitud hacia la UE desde la década de 1980 ha sido espectacular. Un resultado de esa desafección generalizada es el bloqueo institucional. Los líderes europeos no se atreven a arriesgarse a una consulta popular en ningún nuevo tratado.

¿*El remedio?*

Los defensores de la Unión después de Maastricht tienen una respuesta muy simple para esos desequilibrios: el Parlamento europeo. Cada ampliación del control de la Comisión se ha visto acompañado por gestos de asentimiento a una compensación que ampliaría los poderes de «codecisión» del Parlamento. ¿Qué significa eso en la práctica? Su objetivo, como sugiere el propio término, es el consenso: el acuerdo a tres entre la Comisión, que es la única que puede poner en marcha directivas y regulaciones europeas, el Parlamento, que puede enmendarlas, y el Consejo, cuerpo interestatal que tiene el poder de decisión último. El Parlamento tendría así la opción entre participar en el consenso —ofreciendo enmiendas aceptables— o ser ignorado.

⁶ Peter Mair, *Ruling the Void*, Londres y Nueva York, 2013, p. 68.

El meollo de la codecisión radica en que es gestionada por los dirigentes de los grupos políticos. Los dos mayores –el Partido Popular Europeo, de centroderecha, y el de los Socialistas y Demócratas, de centroizquierda– quedaron establecidos desde las primeras décadas del Parlamento. Con la llegada de las elecciones directas en 1979, llevaron de la mano a los parlamentarios neófitos. Durante la década de 1980 Egon Klepsch, máximo dirigente del Partido Popular Europeo, y Rudi Arndt, líder de los socialdemócratas, eran ambos políticos veteranos de la República de Bonn –el primero, asociado a Erhard y el segundo, alcalde de Frankfurt– que encabezaron una *Große Koalition*, lubricada por la familiaridad durante mucho tiempo con las minucias de los procedimientos europarlamentarios y los puestos de mando que las delegaciones alemanas mantenían en cada grupo⁷. Dada la magnitud de su mayoría conjunta, cualquier cosa que los dos líderes acordaran era automáticamente aprobada. La conferencia de los dirigentes de grupo, junto con su personal y el del Secretariado, se convirtió así en el centro neurálgico del Parlamento, decidiendo los nombramientos para las dos docenas de comités –pesca, agricultura, competencias, finanzas, economía, etcétera– que realizan el trabajo real de redactar enmiendas para las directivas de la Comisión, bajo el cabildeo a gran escala de las corporaciones y (en mucha menor medida) los sindicatos y las ONG. Una vez que los comités han acordado la redacción de una enmienda, está prácticamente asegurado que será adoptada por el Parlamento. Los jefes de partido presentan entonces la enmienda a los representantes de la Comisión y el Consejo, con el propósito de alcanzar un acuerdo final. La dinámica consensual de la codecisión se ve reforzada por la cortesía: el entorpecimiento de las reuniones –la única táctica de oposición disponible– se considera poco educada.

Cuando comenzaron a resultar elegidas fuerzas «externas» marginales – la izquierda y los verdes en la década de 1980, los euroescépticos en la de 1990–, se les ofrecieron fondos, oficinas y personal de apoyo para unirse al sistema de los grupos parlamentarios en los niveles más bajos, proporcionales a su tamaño. Los rebeldes fueron suavemente absorbidos

⁷ Los escaños son distribuidos por países en proporción al tamaño de su población, como en la Cámara de Representantes estadounidense. Alemania, con una población de 80 millones de habitantes, obtiene 96 escaños; Francia, Gran Bretaña e Italia, con más de 60 millones, algo más de 70 escaños; y así sucesivamente hasta los más pequeños, Luxemburgo y Malta, a los que solo corresponden seis escaños. El resultado es que las delegaciones de los grandes partidos de los cuatro mayores países –CDU, SPD; UMP, Parti Socialiste; *tories* y laboristas; Forza Italia y Partito Democratico– suelen dominar sus grupos respectivos.

en los mecanismos del Parlamento para su neutralización y despolitización. Gramsci habría sonreído. Los límites a la actividad no consensuada quedaron ilustrados en la década de 1990 cuando el centroizquierda disfrutó temporalmente de una ventaja de sesenta escaños sobre el Partido Popular Europeo. El dirigente de aquel grupo, Jean-Pierre Cot (Parti Socialiste), seguido desde 1994 por Pauline Green (laborista), trató de movilizar la «mayoría progresista» del Parlamento en favor de la Europa social y los derechos de los trabajadores. No avanzaron mucho en términos tangibles contra la tendencia antiobrera prevaleciente de los criterios de convergencia de Maastricht, y las delegaciones del Partido Laborista y el SPD se echaron atrás en cuanto sus partidos entraron en el Gobierno en sus propios países, abandonando las agendas de la «Europa social». Los intentos de los verdes de defender comisarios de centroizquierda corruptos resultaron contraproducentes, contribuyendo a la dimisión en masa de la desgraciada Comisión Santer. En las elecciones de 1999 el PPE mejoró sus posiciones y en 2004 se restauró la *Große Koalition* como la mejor forma de asegurar que la asamblea fuera «gobernable», según la reveladora frase del funcionario en jefe del Parlamento⁸.

En toda Europa los Parlamentos nacionales se han hecho cada vez más insensibles a la presión desde abajo, mientras que los programas de los principales partidos se iban haciendo casi indistinguibles. Pero el Europarlamento está más avanzado que ninguno de ellos en términos de falta de rendición de cuentas y de absorción en el poder ejecutivo-administrativo. La rendición de cuentas solo opera aquí hacia arriba –la necesidad de alcanzar un consenso con la Comisión y el Consejo para que cualquier enmienda sea integrada– y nunca hacia abajo. Los líderes de los grupos políticos nunca tienen que responder frente a los miembros de los partidos en conferencias anuales; no son revocables, sus escaños están eficazmente garantizados. El modelo es el de los partidos de notables del siglo XIX, más que el de los partidos de masas del siglo XX. El papel del Parlamento durante la crisis de la Eurozona fue ejemplar a este respecto: los líderes de la *Große Koalition*, Joseph Daul y Martin Schulz, orquestaron el asentimiento del Parlamento a cada ampliación del poder autocrático, acelerando algunas de sus medidas más flagrantes. Una vez que el resultado quedaba asegurado, se exhibían como paladines del pueblo corrigiendo una o dos de las lagunas de la directiva de la Comisión para limitar las bonificaciones de los banqueros, siendo recompensados con la cobertura admirativa de la prensa europea.

⁸ Véase Julian Priestley y Stephen Clark, *Europe's Parliament: People, Places, Politics*, Londres, 2012, p. 103.

Toma del poder

El Parlamento es ahora una institución sustancial, que ocupa más de un millón de metros cuadrados en Bruselas y emplea a unos 10.000 funcionarios, ayudantes y traductores, además de los 751 miembros elegidos. Ha acumulado un significativo peso burocrático y, siguiendo la lógica de la construcción de instituciones, se esfuerza por obtener más territorio, mejores posiciones y un papel más destacado entre las estructuras dominantes de la UE; su Comité de Asuntos Constitucionales, con un amplio personal de funcionarios de gran experiencia, está volcado en ese propósito, aunque cabe decir que nunca ha habido una campaña extraparlamentaria de masas para respaldarlo. El vuelco autocrático de Europa desde la crisis se ha convertido en una oportunidad de oro para el Parlamento y sus partidarios, que proclaman que es la única institución que puede ofrecer una legitimación compensatoria del comportamiento de la Troika, el endurecimiento del poder de la Comisión y el papel totalmente extraconstitucional de la canciller alemana.

La lógica política de esa apuesta por la influencia quedó clara en la campaña de 2014 para conseguir que Jean-Claude Juncker, el desacreditado ex primer ministro de Luxemburgo, fuera nombrado presidente de la Comisión. Esto suponía pasar por encima de la ley europea, ya que los tratados dicen claramente que el Consejo debe elegir al presidente para que el Parlamento lo respalde o lo vete. Como parte de su afán de influencia, los líderes de los partidos del Parlamento insistían en elegir los *Spitzenkandidaten* [primeros candidatos de la lista] para la presidencia; el candidato del grupo que obtuviera más votos en las elecciones de 2014 sería considerado el jefe idóneo de la Comisión. Aunque los líderes del centroizquierda (Schultz), liberales (Guy Verhofstadt) y verdes (Dany Cohn-Bendit) se pronunciaron ruidosamente contra el sistema de los *Spitzenkandidaten*, era obvio que el PPE obtendría el porcentaje más alto del voto popular, alrededor del 12 por 100 del total del electorado europeo, como así sucedió.

En su elección de candidato, los dirigentes del PPE pretendían, presumiblemente, recompensar a un viejo amigo, Jean-Claude Juncker, presidente del grupo de la Eurozona durante la crisis y practicante arquetípico de la política de compinches de la UE, quien ha sido durante dos décadas primer ministro del Gran Ducado de Luxemburgo, notorio por la laxa regulación de su sector financiero y las «cartas de patrocinio» que prácticamente eximían del impuesto de sociedades a las multinacionales. Juncker fue finalmente

obligado a dimitir en julio de 2013 por haber encubierto el escándalo del SREL, el servicio secreto del ducado (vigilancia ilegal, filtración de información confidencial para obtener ventajas comerciales, corrupción sistemática y encubrimiento de una red golpista similar a Gladio que llegó a poner una serie de bombas en edificios públicos a mediados de la década de 1980 para elevar la tensión política y fomentar el «miedo a los rojos»). La responsabilidad por las explosiones conducía aparentemente hasta la familia real, el corazón podrido de ese pintoresco mini-Estado. La SREL guardaba, al parecer, grabada desde principios de la década de 2000 una conversación de Juncker con el gran duque Henri, en la que hablaban de la participación del hermano del gran duque, el príncipe Jean, en la campaña de bombas. A principios de 2013 una investigación parlamentaria, en paralelo con un juicio muy demorado de oficiales de policía relacionados con las bombas, sacó a la luz gran parte del escándalo⁹. En marzo de 2014 la asamblea electoral del PPE reunida en Dublín no vaciló, sin embargo, en nominar a Juncker para la Presidencia de la Comisión.

Después de las elecciones de mayo de 2014 había todavía cierta incertidumbre sobre si el Parlamento conseguiría imponer su candidato, desafiando la letra del Tratado; pero de lo que no había ninguna duda era de quién decidiría la cuestión. En la nueva entidad informal que constituye Europa desde 2011, solo había una persona –la canciller alemana– que pudiera decidir si el decrépito *Spitzer Kandidat* del PPE sería nombrado para el puesto máximo de Bruselas. En los medios europeos no se oía ni un susurro al respecto; se daba por hecho que la palabra de Merkel equivalía a la ley en Europa. Por otra parte, su decisión no se debía únicamente a los intereses nacionales alemanes –Alemania quiere mantener a Gran Bretaña en la UE, como fuerza conservadora aneja, y el nombramiento de Juncker era un regalo a los euroescépticos británicos–, sino a la situación doméstica de la CDU. En Alemania la *Große Koalition* de cerebros formada por la prensa Springer, el SPD y el último representante de la escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas, declaró que sería escandaloso que Juncker no obtuviera el puesto, llegando a exclamar Habermas que sería como «una bala en el corazón del proyecto europeo» si ese maloliente albañalero no se convertía en presidente¹⁰. Después de martillar a la opinión pública, Merkel se dispuso a cosechar los beneficios de la campaña de Springer; Juncker fue debidamente ungido. Poco después se hicieron públicos un

⁹ *Bommeleeër*: apelativo local para los autores de las bombas. Sobre la totalidad de la historia, véase Luxpol: «What led to early elections in Luxembourg?», 17 de julio de 2013, luxpol.wordpress.com.

¹⁰ Jürgen Habermas, «Europa wird direkt ins Herz getroffen», FAZ, 29 de mayo de 2014.

montón de documentos detallando las reducciones de impuestos «especiales» por valor de miles de millones de dólares que Luxemburgo había concedido, bajo la supervisión de Juncker, a compañías transnacionales que operaban en la Unión Europea. Sin ninguna sorpresa, la mayoría del Parlamento aprobó una moción de confianza en su favor. Como había dicho poco antes Martin Schulz, a la cabeza del Parlamento desde 2012: «Es *nuestro* presidente».

Sugerir que esa anexión extralegal de poderes por el Parlamento equivale a una democratización supone un desafío a la lógica política. Juncker no es responsable frente al electorado europeo, ni siquiera frente al 12 por 100 que votó por los candidatos de centroderecha. En realidad solo tiene que rendir cuentas a la figura que realmente lo nombró, la canciller alemana. La distribución de puestos en su nueva Comisión y la creación unilateral de vicepresidentes especiales, todos ellos figuras de la línea dura proausteridad, como el ministro de Finanzas alemán, llevan esa marca. Ese era el resultado previsible del proceso de los *Spitzenkandidaten*. El Grupo de Izquierda del Parlamento debería haber evitado concederle legitimación compitiendo con él con la «lista Alexis Tsipras». Una cosa es participar en el proceso electoral y potenciar la mayor cantidad de posibilidades para la solidaridad y el debate transnacional, y otra muy distinta otorgar credenciales a la idea de que las pretensiones egoístas del Parlamento y las disputas por el territorio hacen a la UE más democrática. El Parlamento, basando su actuación en la codecisión, no puede, estructuralmente, ofrecer el único componente esencial que requiere una auténtica democracia en funcionamiento: la oposición.

Wolfgang Streeck argumenta en la conclusión de *Buying Time* que una democratización genuina de Europa estaría obligada a tener en cuenta las múltiples diferencias históricamente arraigadas entre sus pueblos:

Ninguna democracia europea puede desarrollarse sin una subdivisión federal y amplios derechos de autonomía local, sin derechos de los grupos que protejan las muchas identidades de Europa y las comunidades territoriales [...]. Una Constitución europea tendría que hallar formas de dar cauce a los intereses tan diferentes de países como Bulgaria y los Países Bajos, así como afrontar los problemas no resueltos de Estados-nación incompletos como España o Italia, cuya diversidad interna de identidades e intereses habría que afrontar [...]. Una Europa democrática solo puede configurarse si esas diferencias son reconocidas en forma de derechos autonómicos¹¹.

¹¹ Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, 2014, pp. 179-180.

Streeck prosigue afirmando que para cualquier entidad política heterogénea son decisivas las reglas constitucionales que gobiernan sus finanzas. Se necesitarían amplias subdivisiones federales para equilibrar la autonomía regional con la solidaridad colectiva y habría que determinar qué derechos fiscales debería tener cada parte en el conjunto. Esta perspectiva es diametralmente opuesta a la que trata de derivar de las arcaicas instituciones políticas europeas un gobierno continental unitario y autocrático, con una asamblea codecisoria que no rinde cuentas como fachada democrática.

Perspectivas

¿Cuáles serán las consecuencias de las torsiones europeas –interestatales, geopolíticas, democráticas– durante los próximos años? Tendrán que coexistir con el sombrío trasfondo social y político de la crisis de la Eurozona: elevado desempleo y sistemas de bienestar mermados; electorados resentidos; punto muerto institucional; Estados paralizados por la deuda, cuyos pagos de intereses se tragan gran parte de su presupuesto. La frágil naturaleza de la hegemonía alemana será puesta a prueba en múltiples ocasiones.

- En términos de las relaciones interestatales, es más probable que los límites del liderazgo alemán se manifiesten más mediante intrigas y renuencias que como una rebelión abierta, aunque el intento de Merkel de obligar a todos los Gobiernos de la Eurozona a firmar un «contrato» explicitando sus objetivos económicos, el último paso hacia la unión fiscal, fue derrotado en primavera (al igual que «reforma», que en otro tiempo significaba mejoras para la mayoría y ahora significa reducir los costes laborales, «unión» ya no significa en el contexto europeo una asociación voluntaria para la solidaridad mutua, sino la imposición de controles ordoliberales de línea dura sobre el gasto social de cada país). Francia e Italia insisten en salvar sus propios presupuestos pero no parecen dispuestos a encabezar una alianza antialemana. El único riesgo potencial sería una rebelión de masas... o Le Pen.
- En términos cívico-democráticos, aunque los Gobiernos de toda la Eurozona dejaron atrás una primera ronda de movilizaciones de masas contra el nuevo orden, hay buenas razones para esperar que se reproduzcan, de lo que quizá pueda ser un anuncio la oleada de protestas en toda Irlanda contra el impuesto sobre el agua. Para las generaciones desheredadas, a la vez instruidas y subempleadas, la crisis social y

económica ha acelerado el vaciamiento de la democracia representativa en Europa y la homogeneización programática de los partidos gobernantes. En ese vacío han aparecido nuevas organizaciones políticas con distintos matices. Las batallas electorales pueden dar lugar a un resquebrajamiento desde abajo del consenso de Berlín. En España, el silencio cómplice que ha gobernado durante mucho tiempo las componendas políticas y de negocios se ha roto bajo la presión financiera. Las filtraciones sobre fraudes y corrupción han tocado a muchas figuras de primera fila, empezando por Rajoy y la familia real, a una escala que recuerda los escándalos de Tangentopoli en Italia en la década de 1990. Podemos, el partido recién fundado de los *indignados*, aparece en las encuestas con una expectativa de voto superior al 20 por 100, por delante del PSOE, y ha construido «círculos» locales en todo el país. Se habla de que en las próximas elecciones se puede dar una *Große Koalition* entre el PP y el PSOE para hacerle frente. La tensión es también muy alta en Grecia, donde podría haber elecciones en febrero de 2015 si el Gobierno de coalición no es capaz de reunir los 180 votos que necesita para instalar un nuevo presidente. Las encuestas más recientes dan a Syriza una clara ventaja del 33 por 100, mientras que Nueva Democracia se mantiene en torno al 26 por 100 y el PASOK, en el 5 por 100. La política de Syriza no se ha formulado todavía plenamente en público, pero sus líneas generales suponen negociaciones con el liderazgo de la Eurozona –esto es, Berlín– sobre la reestructuración de la deuda y un plan de desarrollo sostenible, al tiempo que se descartan quiebras unilaterales o una ampliación del déficit. Concretamente, como sugirió Tsipras en un discurso en Tesalónica en septiembre, eso podría incluir repartos de emergencia de alimentos y programas sanitarios, restaurando el salario mínimo anterior a 2010 y los niveles de las pensiones y anulando los nuevos impuestos regresivos. Desde el día de su toma de posesión, un gobierno de Syriza tendría que afrontar huelgas en los mercados financieros y un frente de hierro desde Berlín, Frankfurt y Bruselas y, sin duda, también París. Corre el riesgo de tener que optar entre movilizarse para defender sus reivindicaciones o rendirse y retirarse en beneficio de Amanecer Dorado.

- En términos geopolíticos, la primacía alemana ha supuesto de momento pocas diferencias sustantivas con la política de la UE-OTAN; pero puede estar cambiando la propia Alemania. La prensa atlantista alienta desde hace tiempo a la República Federal a convertirse en un país «normal», esto es, capaz de infligir el castigo apropiado a los

supuestos oponentes del orden dominante. La suposición general en Occidente es que Alemania es una fuerza de moderación frente a Rusia; sin embargo, Merkel, en línea con Washington, se ha ido decantando cada vez más hacia el bando de los halcones. Uno de sus portavoces en política exterior ha dicho que las buenas relaciones con Rusia podrían no restaurarse «sin cambios políticos espectaculares en Moscú»¹². Aunque Francia y Alemania habían pedido en 2008 que se retrasara la entrada de Ucrania y Georgia en la OTAN, la canciller proclama ahora que la UE «no se rendirá ante Moscú», y que «eso no se aplica únicamente a Ucrania, sino también a Moldavia y a Georgia. Si la situación se prolonga, tendremos que preguntarnos por Serbia, tendremos que preguntarnos por los países balcánicos occidentales»¹³. Esa es la nueva Euroalemania, el resultado que la integración pretendía evitar.

18 de noviembre de 2014

¹² Stefan Wagstyl, «German diplomacy: Dominant by default», *Financial Times*, 5 de agosto de 2014.

¹³ «Putin's Reach: Merkel concerned about Russian influence in the Balkans», *Der Spiegel*, 17 de noviembre de 2014.

NUEVAS MASAS, NUEVOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

En los últimos años se ha producido una erupción de inesperados levantamientos urbanos desde Nueva York, Atenas, Madrid, El Cairo, Kiev, Sao Paulo, Estambul hasta Hong Kong. Cada uno de ellos ha tenido sus propios motivos, formas y composiciones, aunque también están claros los modelos lejanos de inspiración y emulación. Estas insurrecciones populares han sido el fenómeno más llamativo dentro de un conjunto más amplio de diferentes tipos de resistencia al orden establecido del capital, las «nuevas masas», cuyo potencial o componentes reales analizaba Göran Therborn en el número 85 de la NLR; números posteriores presentaron artículos sobre las explosiones en Brasil y Turquía. Junto a la aparición de las nuevas masas, en el mismo periodo se ha producido la llegada de nuevos medios de comunicación que a su manera desafían el sistema de desigualdad. En este número de la revista empezamos una serie de entrevistas e informes sobre estos nuevos medios. Su aparición también ha tenido un origen local y diversificado, pero detrás de ellos se pueden detectar tres amplios determinantes. El primero son los cambios en el panorama político y económico desde la continua serie de guerras imperiales en Oriente Próximo y, sobre todo, desde la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias globales. El segundo es la facilidad tecnológica y el alcance de la publicación a través de Internet, que transforma las posibilidades de nuevas iniciativas intelectuales razonadas y audaces. El tercero es la renovación generacional, que ha incorporado nuevas remesas de intelectuales, escritores y activistas radicales a la batalla ideológica. Consideradas a escala internacional, estas fuerzas se han solapado para producir un amplio abanico de formas de expresión: diarios, semanarios, publicaciones mensuales y trimestrales, boletines y blogs, podcasts o vídeos online. Abrimos la serie publicando una entrevista con Bhaskar Sunkara, fundador, cuando tenía poco más de veinte años, de una de las más notables empresas socialistas de la década, el elegante periódico estadounidense Jacobin, que, cuatro años después de su creación, cuenta con más de medio millón de lectores en su página web, y que constituye un ejemplo para los rebeldes creativos de todo el mundo.

BHASKAR SUNKARA

Entrevista

EL PROYECTO JACOBIN

¿Nos puedes hablar sobre tus orígenes y tu formación personal?

NACÍ EN JUNIO de 1989. Mis padres habían llegado a Estados Unidos desde Trinidad aproximadamente un año antes de que yo naciera. La familia de mi madre, originalmente trabajadores en régimen de servidumbre del Punjab y Bihar, estaba en la isla desde el siglo XIX, pero mi padre llegó allí de joven desde Andhra Pradesh después de haber estudiado medicina. Sin embargo, en Estados Unidos sus cualificaciones médicas no servían para nada, de manera que se convirtió en un administrativo; mi madre trabajaba en la venta telefónica. Así que yo tuve un típico entorno de emigrante de clase media-baja. Pertenecíamos a la gente con menos recursos en la ciudad del condado de Westchester donde fui al colegio, pero era un barrio residencial bastante rico. En secundaria tuve mis primeras muestras de compromiso político con las manifestaciones contra la guerra en Iraq. Pero mi verdadera evolución política se produjo principalmente a través de la lectura. Mis padres trabajaban hasta tarde, de manera que después del colegio pasaba unas cuantas horas en la biblioteca. Leí 1984 y *Animal Farm*, y leer sobre Orwell y el POUM me llevó a interesarme por la Guerra Civil española y por Trotski. Fue una clase de politización muy aislada; a la edad de doce o trece años, *Mi vida* era más importante que ir a las manifestaciones o lo que fuera. Supongo que es la volubilidad de la clase media; tuve suerte de no caer en Ayn Rand o Milton Friedman antes de haber llegado a Trotski. Desde ahí fui avanzando por la trilogía de Deutscher, leía la *New Left Review*, el trabajo de Lucio Magri, Perry Anderson, Ralph Miliband y otros. A los diecisiete años me uní a la

sección neoyorquina de Democratic Socialists of America¹. Editaba *The Activist*, el blog de la rama juvenil del DSA, lo que me dio alguna experiencia en la edición y la organización. También fue allí donde conocí a un montón de gente que se convertirían en redactores y editores de *Jacobin*, Chris Maisano y Peter Frase por ejemplo, que también estaban en el ala izquierda del DSA.

¿Los orígenes de tus padres tuvieron alguna influencia sobre tus ideas políticas?

Siempre apoyaban a populistas de izquierdas, en un sentido muy amplio. La gente como mi madre, procedente de un entorno rural en Trinidad, se inclinaba hacia cualquiera que apoyara un Estado desarrollista de cualquier clase, o incluso a figuras con políticas vagamente progresistas; lo mismo sucedía con mi padre, que venía de India. Les gustaban por igual Castro y Clinton. No eran muy militantes, pero siempre había un apoyo pasivo por la clase de ideas que me estaban interesando. Además, su generación tendía a tener libros alrededor que se asociarían con la izquierda; teníamos muchas cosas de C. L. R. James en casa, ya que él también era de Trinidad, pero también estaban *Los condenados de la tierra* y otros libros por el estilo. Realmente oí hablar de los jacobinos haitianos antes que de los franceses. Probablemente tenía en la cabeza *The Black Jacobins* cuando empecé a pensar en la revista.

¿Cuándo fue eso?

Cuando estaba en la universidad. Estudié Relaciones Internacionales en la George Washington University, donde me impliqué más con el movimiento contra la guerra y el activismo estudiantil. Entre el primer y el tercer año de carrera estuve enfermo y tuve que estar dos semestres de baja, vomitaba tres o cuatro veces al día. Estuve así durante todo 2009. En ese tiempo fui autodidacta, leía un par de libros de no ficción y otro de ficción a la semana. La ficción fue inútil, ahora lo lamento. Pero leí el canon del marxismo occidental y del pensamiento socialista más en general tomando un montón de notas. En el verano de 2010, cuando cumplí veintiún años, empecé a sentirme mejor y a estar listo para

¹ El DSA surgió de una escisión del Socialist Party of America, que se volvió ferocemente anticomunista durante la guerra de Vietnam y cambió su nombre a Social Democrats of the USA en 1972; un grupo alrededor de Michael Harrington abandonó el SDUSA en 1973 y en 1982 su organización se fusionó con NAM, una variante populista de la nueva izquierda de la década de 1960 y una tendencia más a la izquierda cercana a la actual Solidarity.

regresar a la universidad, y ahí fue cuando concebí la idea de *Jacobin*. Pasé un año haciendo pocas cosas aparte de leer y pensar dentro de este ámbito particular y llegué a este exceso de ideas que quería elaborar y de artículos que quería encargar. Inicialmente, iba a ser una revista *online*, pero entonces me pareció que había tal superabundancia de material en la red que tendría más impacto si también era un periódico impreso. Lanzamos la edición *online* a mediados de septiembre de 2010, y el primer ejemplar impreso salió a principio de 2011. En aquel momento no tenía ninguna idea sobre cómo llevar una publicación; todavía conservo mis primeras cartillas de gastos y recuerdo mis preocupaciones por haber gastado demasiado de prisa mis 240 dólares anuales de presupuesto.

¿Qué me dices de la revista como proyecto político?, ¿qué pretendías hacer que no hicieran otras publicaciones?

Para mí era una manera de presentar una política que no era ni leninista ni la clase de amplia opinión liberal de izquierdas que encuentras, por ejemplo, en *The Nation* o *In These Times*. No es un terreno intermedio: quería presentar una perspectiva que era inflexiblemente socialista, pero que unía algo de la accesibilidad de *The Nation* con la seriedad política de publicaciones más a la izquierda. Gran parte de lo que estuve aprendiendo el año que me pasé leyendo era cómo transmitir estas ideas de la manera más simple posible. Los marxistas jóvenes tienen una tendencia a utilizar muchos términos propios de la jerga marxista, en parte como una muleta contra la inseguridad; hay algunas cosas para las que necesitamos una terminología especializada, pero muchas de esas ideas no son realmente muy complejas. Así que pensaba cómo popularizarlas e incorporarlas. *Jacobin* se concibió para ser audaz, joven, fácil de leer. El aspecto de la revista también era parte de eso; publicaciones como *Monthly Review* o *Dissent*, por ejemplo, tienden a tener párrafos extremadamente largos y no hay ningún subtítulo debajo de los titulares que explique de qué va el artículo.

El diseño ha sido realmente una característica integral de Jacobin. ¿Cuál era la filosofía detrás de eso?

Lo que estaba pretendiendo en los primeros números –y no conseguí porque no tenía la capacidad técnica– era hacer las cosas tan accesibles y convincentes como fuera posible; había color, fotografía y arte, había un intento consciente de romper con los viejos tipos de letra Courier, con el estilo de blanco-y-negro del SDS o de las revistas marginales de las décadas

de 1980 y 1990. Pero nuestra identidad visual no tomó forma hasta la incorporación de Remeike Forbes en 2011. Remeike diseñó el logo de Touissaint que hemos estado utilizando desde el número 6; originalmente, el nombre de la publicación no pretendía estar históricamente situado de una manera particular, era más un significante con un carácter más flotante.

¿Quién más participó en las primeras etapas?

Para empezar, más o menos yo realizaba el trabajo de edición y producción y había un grupo de redactores que contribuían. Era una colección de gente verdaderamente variopinta; a Peter Frase, uno de nuestros editores, le gusta decir que debía escribir un ensayo titulado «Consideraciones sobre el marxismo de Internet», porque la manera en que se desarrollaban las cosas era totalmente inorgánica. A Frase y a Masiano les conocía de la militancia en el DSA. Luego estaban Seth Ackerman y Mike Beggs, cuyos escritos los había visto en la lista de contactos del *Left Business Observer* de Doug Henwood, y me dirigí a ellos pidiéndoles que colaboraran. Había leído el blog de Max Ajl, «Jewbonics», y habíamos tenidos contactos debido a nuestra compartida cólera ante algunos blogueros liberales. A otros los encontré por azar en Internet, como a Gavin Mueller. Estos y algunos más –los redactores en los que más confiaba y la gente a la que constantemente pedía consejo– formaban el equipo de dirección. Remeike entró en contacto conmigo a finales de 2011 diciéndome lo mucho que le gustaba la política de la publicación y ofreciéndose para diseñar una camiseta para nosotros; pero cuando vio el mal aspecto que tenía la revista impresa, se ofreció para asumir su diseño. Megan Erickson y Connor Kilpatrick también se incorporaron en 2011, y al año siguiente lo hizo Alyssa Battistoni, que, como responsable de publicación, ha desempeñado un papel decisivo. Solamente en los dos últimos meses alguien ha trabajado a tiempo completo y solamente tres personas perciben un salario.

¿Cuál es la relación entre los componentes impresos y online de la revista?

Tenemos un tremendo volumen de contenido *online*, uno o dos artículos cada día, de manera que a lo largo del año publicamos más de quinientos artículos originales, sin incluir envíos cruzados, reediciones, etcétera. Hay un dicho soviético que dice que la cantidad es calidad en sí misma, y de muchas maneras ese es el espíritu del modelo que hemos establecido. Tratamos de atraer el tráfico de la red y después convertir a determinada

proporción de los visitantes en suscriptores. Dicho eso, los artículos de la red tienen una calidad muy alta, pero tienden a ser más cortos y más sensibles a las limitaciones de tiempo. En conjunto, nos movemos hacia un modelo en el que el ejemplar impreso tiene un contenido temático –el ejemplar de finales de 2014 es sobre la ciudad–, mientras que la página web es para todo lo demás.

¿Y cómo funciona en ambas el proceso de trabajo editorial?

Con la revista impresa, a menudo Remeike o yo planteamos una idea general o un tema y lo presentamos al consejo editorial, que sugerirá encargos concretos. Después una o dos personas del consejo actuarán voluntariamente como editores del tema, de manera que habrá una persona haciendo un seguimiento de los encargos. Dependiendo de quién sea el editor, algunas veces asume las primeras etapas de la edición, pero la mayor parte de las veces eso es algo que hago yo. Generalmente, el papel de los otros editores es comentar los textos y trabajar en los ejemplares impresos, aunque los que tienen áreas especializadas producen un montón de artículos; Max Ajl, sobre Oriente Próximo, por ejemplo. Con el contenido *online*, se produce una corriente tan constante que no hay tiempo para procesos de deliberación. Ahora hemos alcanzado un punto en el que estamos inundados de propuestas –pueden llegar a diez diarias–, de modo que las filtramos y sacamos de ellas unos cinco artículos semanales.

¿Nos puedes decir quiénes son, en términos sociológicos y políticos, vuestros colaboradores?

Yo diría que todos nuestros redactores encajan dentro de una amplia tradición socialista. Algunas veces recurrimos a socialdemócratas y a liberales, pero todos los artículos son coherentes con la perspectiva de los editores; podemos publicar un artículo de un liberal defendiendo la sanidad pública porque está pidiendo la desmercantilización de un sector y, ya que somos partidarios de la desmercantilización de toda la economía, encaja con nosotros. Desde el punto de vista sociológico, hay un montón de estudiantes de posgrado, jóvenes profesores adjuntos o con contratos fijos. También tenemos unos cuantos militantes e investigadores sindicales, como Chris Maisano, y gente que trabaja en ONG o en cuestiones de derecho a la vivienda y similares.

¿Se puede decir que, en general, tienen menos de treinta y cinco años?

Con unas cuantas excepciones, así es. Ya que manejamos más de quinientos artículos anuales, publicamos a un montón de nuevos autores. Probablemente sea más fácil estrenarse con nosotros que en otros lugares, aunque puede que con el tiempo eso se vuelva más difícil. Pero también hay mucha más gente a la que publicamos y a la que pedimos asesoramiento, como Robert Brenner, Vivek Chibber, Kathi Weeks. Hay mucha buena voluntad por parte de las generaciones anteriores de la izquierda, gente que ve cómo nuestro proyecto se solapa con el suyo, pero también que llega a una audiencia diferente.

¿Cuáles son las estadísticas vitales de Jacobin, número de suscriptores, lectores de la revista impresa y online, distribución?

Este es el tema del que más me gusta hablar. Nuestra base de suscriptores actualmente está ligeramente por encima de los 7.000, aunque, por supuesto, varía debido a la manera en que funcionan los ciclos de renovación de las publicaciones impresas. De todas maneras, actualmente estamos obteniendo una ganancia neta de 80 suscriptores a la semana y pienso que llegaremos a los 10.000 en 2015. La mayoría de ellos están en Estados Unidos, pero también tenemos algunos en el Reino Unido, Sudáfrica y en otros lugares del mundo anglófono. Con respecto a la lectura en la red, tenemos de media unos 600.000 visitantes diferentes al mes; ocasionalmente se dispara hacia arriba, de manera que nos acercamos por momentos a un millón de visitas. La distribución de ejemplares impresos en librerías y kioscos es evidentemente mucho menor, alrededor de 1.000 en total. El mercado ha cambiado en la última década con la desaparición de aquellas grandes tiendas, de manera que estar en los kioscos realmente es solo una cuestión de exposición, tenemos un incentivo para hacer que la gente compre los ejemplares directamente de nuestra página web.

¿Qué sucede con la financiación? ¿Viene toda de las suscripciones?

Sí, está fundamentalmente basada en las suscripciones. No tenemos fines lucrativos, así que obtenemos algunas donaciones, que representan menos del 20 por 100 de nuestro presupuesto. Pero funcionamos prácticamente por completo en base a nuestros ingresos por suscripciones y utilizamos las donaciones para el desarrollo o la expansión.

Has mencionado que la mayoría de los suscriptores de Jacobin están en Estados Unidos. ¿Cuáles son las pautas de dispersión geográfica?

El número mayor está en Nueva York, y hay una base muy grande de suscriptores en el área de la bahía de San Francisco, en Oakland y en la propia San Francisco. También tenemos una bolsa desproporcionadamente grande en Chicago, en parte por nuestro trabajo con el Chicago Teachers Union y nuestra cobertura de la huelga que realizaron². En términos per cápita tenemos muchos suscriptores en lugares como Cambridge (Massachusetts), en ciudades universitarias que están inundadas de estudiantes de posgrado desempleados, que son nuestro sustento cotidiano. La gente a menudo se sorprende al oír lo dispersa que es nuestra base de suscriptores, pero creo que se debe menos a cualquier alcance orgánico que podamos tener que al hecho de que, en este país de 330 millones de personas, estamos vendiendo fundamentalmente la revista en Internet, a diferencia de los núcleos radicales de unas pocas y selectas áreas urbanas.

¿Qué nos puedes decir de los grupos de lectura de Jacobin?

Tenemos cincuenta grupos de lectura a escala internacional, unos cuarenta están en Estados Unidos y Canadá. Geográficamente están muy dispersos, tenemos cuatro en las dos Carolinas, grupos en Alabama, Iowa, Texas... Una de las razones por las que los tenemos en esos lugares es que allí no tienen secciones de organizaciones socialistas. Así que *Jacobin* es la única alternativa, la única que trata de reunir a la gente como socialistas declarados. Es una dinámica interesante. En un lugar como Salt Lake City, nuestro grupo tiene reuniones en una iglesia unitaria porque, en comparación con los mormones, resultan ser la fuerza progresista de la ciudad.

¿De dónde viene el impulso para estos grupos, es de los propios lectores o es algo que estáis fomentando activamente?

Bueno, ambas cosas. Dejamos que la gente sepa que tenemos recursos que pueden utilizar, modelos de programas, revistas gratuitas, y que podemos ayudarles a encontrar un espacio, a resolver problemas de logística. Pero son los coordinadores los que están realmente sobre el

² Véase *Class Action: An Activist Teacher's Handbook*, Nueva York, 2014, un folleto producido por *Jacobin* en unión del CTU, y Micah Uetricht, *Strike for America, Chicago Teachers Against Austerity*, Londres y Nueva York, 2014.

terreno y los que se sienten motivados para poner en marcha un nuevo grupo de lectura. Evidentemente, hacemos todo lo posible para fomentar esos grupos. Ahora están conectados entre sí en una cierta clase de comunidad, hablando sobre sus lecturas y discutiéndolas *online*. El proceso es muy orgánico, aunque tratamos de ofrecer una guía y un marco.

Has hablado de tu propia formación, pero, en general, ¿cuáles son los puntos de referencia intelectuales de la revista?

Uno de ellos sería, sin duda, Michael Harrington, incluso aunque políticamente no estemos de acuerdo con él. Aquellos de nosotros que estamos en el ala izquierda del DSA a menudo combatimos las ideas harringtonianas, por ejemplo, su blandura hacia la burocracia sindical y hacia el Partido Demócrata. Nos encontramos mucho más a gusto con una acción política independiente y espero una ruptura con el Partido Demócrata mucho mayor que la que realizó Harrington. Pero, intelectualmente, creo que está subestimado como divulgador del pensamiento marxista. Para mí y para unos cuantos más, Ralph Miliband es otra influencia importante porque, más que nadie, representaba el terreno central que mencionaba antes entre el leninismo y la socialdemocracia. Aunque no quiero hablar en nombre de nadie, varios de nosotros procedemos de tradiciones intelectualmente inspiradas por el trotskismo, sin ser completos trotskistas; en ese aspecto, algo parecido a Miliband o a alguien como Leo Panitch. Estamos muy interesados en la experiencia del Partido Comunista Italiano y de otros partidos de masas en Europa y en los teóricos del eurocomunismo, algo que nos distingue de un montón de trotskistas. Para nosotros, los radicales de la Segunda Internacional también fueron muy importantes, desde luego antes de que el SPD votara a favor de los créditos de guerra en 1914. Así que leemos a Lenin, pero también *El camino al poder* de Kautsky. En conjunto, procedemos de diversas tradiciones de la izquierda, pero puedes decir que ha habido una cierta clase de convergencia entre aquellos que vienen del entorno posmaoísta y posttrotskista y los que vienen de tradiciones de la izquierda socialdemócrata.

Y en cuanto al estilo literario, ¿tenías en mente modelos o escritores particulares?

No ha habido ninguna influencia en concreto. En todo caso, hemos tratado de evitar el tradicional estilo de escribir de la izquierda, hemos tratado de minimizar la jerga técnica y, en vez de ello, buscar ser más agresivos, más seguros y más programáticos.

¿Qué consideraciones se tienen en cuenta en vuestra cobertura, en la elección de los temas así como en el equilibrio general entre política, economía y cultura?

En general, tratamos de publicar las cosas que nos interesan. Recientemente publicamos un artículo en el aniversario de la Revolución portuguesa, que siempre ha sido un tema que me ha fascinado; pensé que no interesaba a otros necesariamente, pero fue un gran éxito porque tenemos unos lectores que piensan seriamente en el cambio social y en la transformación en Occidente, y el legado de la Revolución portuguesa ocupa un lugar en su pensamiento mayor de lo que se podía suponer³. Creo que los primeros años de una publicación consisten en hacer que a la gente le guste lo que a ti te gusta. Y una de las razones por las que ahora tenemos tantas propuestas es porque hay gente que ha estado leyendo *Jacobin* durante tres años y ahora está dispuesta a escribir artículos para la revista. Esencialmente, hemos formado a un nuevo grupo de colaboradores.

¿Qué me dices sobre la cultura?

En general, tratamos de evitar el contenido cultural. En la medida en que nos ocupamos de la cultura, se trata de la cultura de masas. Así que publicamos algo sobre la última versión de *El planeta de los simios* o la última película sobre Supermán, haciendo una cobertura de la cultura de masas de una manera que recuerda a Michael Gold, mi escritor estalinista favorito de la década de 1930⁴. Nuestro contenido cultural es deliberadamente de veras político, muy polémico, pero nunca nos ocupamos de una ópera o una obra de teatro o de la cultura de vanguardia.

¿Por qué?

Puede que sea tan solo una reacción; no me gusta la Escuela de Frankfurt. En cualquier caso, hay un montón de sitios donde se puede obtener esa clase de información. Una de las ventajas de *Jacobin* es que es groseramente política y programática, de una manera en la que otros medios no lo son. Cuando hacemos una crítica, la hacemos bien, pero también nos aseguramos de que haya una material político para la gente que no está interesada por la cultura en sí misma. Evidentemente, si fuéramos

³ Mark Bergfeld, «The Next Portuguese Revolution», *Jacobin*, edición online, 22 de mayo de 2014.

⁴ Michael Gold (1894-1967), seudónimo de Itzok Granich, incondicional del Partido Comunista de Estados Unidos y columnista del *Daily Worker*, conocido por su feroz crítica de la literatura burguesa.

una revista cultural, estaríamos fracasando espectacularmente, pero por fortuna hay otras revistas de calidad que se centran en la cultura.

Eso nos lleva a la cuestión de cómo ves el encaje de Jacobin dentro del ecosistema más general de publicaciones con una orientación de izquierda en Estados Unidos.

Nos relacionamos fraternalmente con esas otras publicaciones. Un periódico como *n+1* funciona a un nivel estilístico mucho más alto que el que nosotros podemos alcanzar. Dicho eso, creo que somos la única publicación en este campo que es directamente política. *n+1* puede abordar la política a través de la literatura, mientras que otros espacios pueden ser de alguna manera políticos. Pero *Jacobin* no es nada sin su política, no tiene ningún significado duradero fuera de ella. De alguna manera, somos más afines, en el contexto de Estados Unidos, a *Against the Current*, *Monthly Review* o *New Politics*, no solo porque venimos de la misma tradición marxista, sino porque ellos son directamente periódicos políticos. Pero realmente no veo a *Jacobin* como parte de una escena editorial más amplia. No es una revista teórica como *Historical Materialism*; fundamentalmente, es una publicación orientada a las masas, que no se esfuerza por ser una publicación del movimiento, amplia y basada en reportajes, como *In These Times* o *The Nation*. En algunos aspectos estamos tratando de ser el equivalente de lo que *The New Republic* es para los liberales. Ni siquiera me importa utilizar la palabra «cultura media». *Jacobin* no se parece a nada en este espacio: es explícitamente marxista, es programáticamente socialista; sin embargo, nuestro objetivo es dirigirnos a la mayor cantidad de gente posible.

Habéis publicado mucho sobre cuestiones internacionales, pero ¿sería correcto decir que Jacobin está principalmente orientada al contexto doméstico estadounidense?

Sí y no. En términos del número de artículos, creo que publicamos más sobre Oriente Próximo y el norte de África desde una perspectiva marxista que cualquier otra revista, especialmente *online*. Y eso es también algo de nuestro contenido más popular, que llega a cientos de miles de personas. Pero también diría que sería muy fácil, como radicales estadounidenses, mirar constantemente hacia el exterior; mirar a otros problemas y formaciones políticas en oposición a nuestro débil y fragmentado movimiento socialista en este país. Creo que el mejor servicio que podemos ofrecer a la gente en la llamada periferia y en otros lugares

es construir un vibrante movimiento socialista que pudiera combatir al imperialismo estadounidense en casa. También creo que hay algo más difícil y también más noble en centrarse en las luchas en Estados Unidos, en oposición a luchas más avanzadas en otros lugares. Eso es algo que resaltamos en comparación con otras publicaciones: nosotros entendemos las particularidades estadounidenses y tenemos algunas ideas de lo que haría falta para construir realmente un movimiento aquí.

¿Los grupos de lectura de Jacobin son parte de ese esfuerzo?

Cuando comencé con la revista, quería que la gente la leyera para que pensara en sí misma como miembro activo de un proyecto político. Me preocupaba que *Jacobin* apareciera simplemente como un producto de consumo, algo que tiene buen aspecto y se disfruta leyendo, y me preocupaba especialmente nuestro éxito entre los modelos literarios de la izquierda liberal; desde luego, está bien que estemos convenciéndoles, pero no queríamos que vieran a *Jacobin* como una versión más radical de *n+1*, o que les atrájeramos porque seamos menos pesimistas que *The Baffler*. El proyecto político más amplio de reconstruir el movimiento socialista en Estados Unidos es la única razón de que exista la revista. Así que nuestra estrategia es producir los recursos necesarios para ese proyecto y crear espacios donde la gente pueda reunirse y discutir ideas es una manera de utilizar la revista para instigar algo más real y concreto, y menos efímero, que la experiencia de la lectura. Actualmente, no hay ningún lugar al que pueda ir la gente si quiere hablar de política socialista, al margen de unirse a alguna organización de cuadros. Personalmente, creo que unirse a una organización de cuadros en el periodo actual es un salto que pocos están dispuestos a dar; no tengo nada en contra de los que lo hacen, a menudo hacen un trabajo bueno y honorable, pero los grupos de lectura de *Jacobin* son una buena alternativa o, por lo menos, un complemento para que la gente pueda vincularse y discutir ideas sin las cargas organizativas que a menudo impone esa clase de activismo. Puede que en diez, quince o veinte años haya organizaciones que recojan mucha de la energía que de otra manera se dirigiría a cosas como los grupos de lectura, y eso será algo bueno.

¿En qué medida está Jacobin alimentando cambios en la cultura política estadounidense en los últimos años?

Creo que ha habido una cierta clase de cambio. Ya no encuentras a tanta gente defendiendo activamente al sistema; hay una sensación de

abatimiento, una sensación de que no se puede cambiar el sistema, pero hay menos defensa activa. Esto ha sucedido en mi generación, y creo que deja una apertura para mostrar a la gente que sí hay una alternativa. Indudablemente, hay una audiencia para la idea de que el empobrecimiento que está sufriendo la gente es realmente muy fácil de arreglar; técnicamente tenemos muchos recursos para hacerlo, las únicas barreras son políticas. Generacionalmente, creo que también ha habido un cambio en la percepción del socialismo. Cuando cayó el Muro de Berlín, surgió la idea de que eso abriría el camino para un pensamiento socialista democrático que no estuviera atado por los paradigmas de la Guerra Fría. Pero rápidamente se hizo evidente que eso no era cierto, hubo un tremendo giro hacia la derecha, y en la década de 1990 la vida para la gente en el antiguo bloque oriental, y más en general, en el mundo en vías de desarrollo, era considerablemente peor que cuando existía la Unión Soviética. Ahora podemos estar llegando al punto en el que el socialismo ya no está estrechamente asociado con la URSS. Por ejemplo, según la encuesta Pew de 2011, la gente en Estados Unidos con edades entre los diecinueve y los treinta años tiene unos sentimientos más positivos hacia el socialismo que hacia el capitalismo. Desde luego, lo que ellos entienden por socialismo es algo parecido al Estado del bienestar escandinavo, pero eso sigue siendo un progreso frente a la asociación con gulags y desfiles militares.

Al mismo tiempo, el giro hacia la izquierda que la gente tiende a ver en el panorama editorial de Nueva York a menudo está sobrevalorado; no hay duda de que es un acontecimiento saludable, pero estamos hablando de círculos verdaderamente pequeños. Muchos de los logros más significativos que se han hecho organizativamente han beneficiado a la derecha. Los progresistas a menudo describen al Tea Party como un movimiento creado artificialmente, pero hay un cierto grado de energía de base que le ha ayudado a hacer progresos, por ejemplo, contra el derecho al aborto. Ha habido algunos cambios, y hay una apertura para los que estamos en la izquierda, pero yo diría que estamos en el comienzo mismo de lo que necesitamos hacer.

¿Cuál fue la relación de Jacobin con el movimiento Occupy?

La mayoría de nosotros estuvimos implicados como individuos; estuvimos en las universidades o en los principales centros urbanos donde se produjeron las ocupaciones. En aquel momento llevábamos solamente un año en la calle y teníamos una tirada de menos de 1.000 ejemplares.

No tuvimos ningún papel en la organización, aunque creamos un foro que se convirtió en uno de los acontecimientos más importantes de Occupy, en parte porque la *freelancer* Natasha Lennard perdió su trabajo en *The New York Times* después de participar en él. También publicamos *online* algunos artículos sobre *Occupy* que fueron muy leídos en su momento. Ciertamente, abrió espacio para *Jacobin*, en parte porque la gente buscaba algo que no fuera ni la política prefigurativa de los anarquistas ni el estilo de liberalismo de MoveOn.org. Simplemente por ser socialistas ofrecíamos una alternativa política más convincente, no solo la crítica moral y ética del capitalismo, sino una transición verosímil hacia una sociedad que lo reemplazara.

Has hablado de que Jacobin funciona en un terreno intermedio entre el leninismo y la socialdemocracia. ¿Qué significa eso en términos de estrategia? ¿Supone una cierta clase de política de Frente Popular?

Es cierto que no consideraríamos a los liberales como nuestros enemigos y que concebiríamos una acción común con ellos donde fuera posible. También resulta útil hacer una distinción entre el Partido Demócrata y una parte de su base. La corriente principal del partido, como está representada por Obama y por los tipos más tecnocráticos del Democratic Leadership Council, mantiene perspectivas económicas diametralmente opuestas a una sustancial parte de las bases, que todavía hacen suyas las ideas del *New Deal*, la Gran Sociedad, el bienestar, los bienes sociales, etcétera. Si queremos construir actualmente un movimiento de oposición socialista o incluso liberal de izquierdas, a la izquierda de la corriente principal del Partido Demócrata, sus votos y su apoyo tendrán que venir de parte de esa gente; tenemos que conectar con ellos y tenemos que dirigir nuestro activismo hacia ellos.

¿Sin embargo, no hay una tensión entre las perspectivas socialdemócratas y socialistas radicales que se ofrecen en Jacobin?

No lo creo. Algún día, en un escenario soñado en el que tengas un movimiento socialista presionando por una plena propiedad social, por ejemplo, y que encuentre una activa oposición de la burguesía, entonces tendrías un choque. Pero ese debate está muy lejos en el futuro. A corto y medio plazo no creo que haya ninguna tensión entre los dos polos. Sin embargo, hay tensiones con nuestros partidarios liberales. Una de las razones por las que *Jacobin* ha crecido tanto es porque estamos

atrayendo a liberales que están interesados por las ideas de izquierdas, y por el momento para ellos cumplimos un papel útil; tener a alguien inteligente a su izquierda les permite asumir su posición natural como centristas. Pero no está claro que tuviéramos esa clase de apoyo por parte de esta gente si hubiera realmente un movimiento adecuado que presentara opiniones radicalmente opuestas a las suyas o, por lo menos, que desafiara su dominio dentro de un amplio movimiento de la izquierda.

¿Cuál es la opinión de Jacobin sobre la Administración de Obama?

Obviamente, Obama representa un elemento centrista en la política estadounidense; hay gente mucho más reaccionaria que él, algo que han utilizado los liberales para bloquear cualquier oposición o movimiento a la izquierda de Obama. Nosotros rechazamos esa clase de chantaje y estamos en total oposición a la Administración de Obama. Como antiimperialistas, nos oponemos a cualquier intervención, en ninguna circunstancia, de los Estados capitalistas; por ello nos hemos opuesto en términos muy enérgicos a las intervenciones en Libia y ahora en Siria. Al mismo tiempo, no hay duda de que un montón de gente, que votó a Obama en los estados «indecisos» porque no quería que ganara la derecha, actuó lógicamente. En 2012, no teníamos realmente una posición editorial, pero la perspectiva general entre nosotros era que no había ningún candidato al que votar en esas elecciones, la mayoría de nosotros en estados no «indecisos» votamos por candidatos de terceros partidos. Parecía tener sentido votar a Obama en un Estado «indeciso» donde no había ninguna opción progresista, como hicieron muchas formaciones sindicales y progresistas, pero la lógica de esa posición era impedir cualquier oportunidad de elegir un candidato de la izquierda en el futuro.

¿No hay un deber político de centrar los ataques sobre la Casa Blanca como el enemigo número uno?

Desde luego; hemos estado señalando eso y continuamos haciéndolo. A diferencia de la mayoría de la izquierda estadounidense, nosotros no nos subimos al carro de los progresistas-por-Obama. Hay una diferencia muy grande entre encogerse de hombros ante la gente que vota por Obama en lugares como Virginia y alabar realmente la presidencia de Obama como algo que representa una esperanza. Fundamentalmente, nuestra tarea principal es tratar de construir movimientos de protesta, pero esto es algo que no puedes hacer de la nada; la vieja frase de Marx es que la

gente crea su propia historia, pero no lo hace en las condiciones que ella elige, y creo que esto se aplica ahora perfectamente. Lo que se necesita es construir movimientos hasta que lleguemos al punto en que las opciones electorales sean realmente viables.

¿Cuál es el siguiente paso para Jacobin?

Tengo un plan a tres años y otro a cinco. En tres años tendríamos que ser capaces de alcanzar una tirada estable de pago de 25.000 ejemplares, que sería mucho más elevada que los máximos históricos alcanzados por cualquier publicación de nuestra clase, con nuestra política. A no ser que las condiciones políticas cambien, en algún momento vamos a alcanzar un límite máximo, pero creo que será muy por encima de los 25.000 ejemplares. Si piensas en una publicación como *Adbusters*, que ofrece principalmente una política anticonsumista, tenía una circulación máxima de más de 100.000 ejemplares. Lo consiguió a través de lo llamativos que eran su contenido y su presentación visual. Hay montones de maneras de que *Jacobin* pueda alanzar una tirada de pago muy elevada. Acabo de idear una que es resucitar el «Appeal Army» de J. A. Wayland. Su periódico, *The Appeal to Reason*, representante del ala derecha del Partido Socialista de Estados Unidos, fue la publicación socialista de mayor tirada en la historia de Estados Unidos, y a comienzos de la década de 1900 era el cuarto periódico de mayor tirada del país, con más de medio millón de ejemplares, un millón más en las ediciones especiales. Parte de ello se debió a la red de voluntarios que vendían las suscripciones. Creo que para impulsar nuestra tirada podríamos utilizar cosas como esas que los editores burgueses no podrían hacer. Además de eso, tenemos planes para enviar un cuarto de millón de correos electrónicos en los próximos dos años. Y queremos desarrollar nuestra infraestructura en la parte final del proceso; nuestros sistemas de cobro por el acceso, de suscripción y demás son propios y construidos para nuestras necesidades. Con los grupos de lectura el objetivo es recaudar suficiente dinero, de manera que podamos contratar a un segundo organizador. Es muy difícil para una sola persona el coordinar tantos grupos. Y desde luego me gustaría contratar más personal de edición y producción para repartir más la carga y pagar más a los redactores.

Pero se trata fundamentalmente de un proyecto político. Queremos llegar al mayor número de gente posible, no por tener una gran tirada, sino como medio de levantar una bandera para una determinada variedad de

socialismo, atrayendo a la gente, politizándola de la mejor manera que podamos, y esperando desempeñar algún pequeño papel en la aparición de unos movimientos que nos lleven al punto en que una revista como *Jacobin* tenga como mucho una función auxiliar, porque no pensamos que una revista deba desempeñar el papel de una organización. En última instancia, lo que necesita un movimiento socialista son militantes que se muevan en la calle y después, finalmente, un partido de masas.

¿Es ese el plan a cinco años?

Más probable el plan a veintisiete años... Realmente estaría muy contento si para cuando me muera hay una corriente de oposición en Estados Unidos entre el 5 y el 7 por 100 que se identificara como socialista o que apoyara a un candidato socialista. Si sucediera eso en el centro del mundo imperialista, se crearía un gran espacio para otros y permitiría que el eslabón débil del capitalismo se rompiera en algún sitio. Podríamos presionar y hacer grandes avances en esa situación y estar preparados no solo para reaccionar ante las crisis capitalistas, sino para sacar provecho de ellas.

DANIEL FINN

REPENSAR LA REPÚBLICA DE IRLANDA

Fintan O'Toole y la crisis irlandesa

PARECE EVIDENTE QUE la crisis de la zona euro se ha estabilizado, de momento, en los términos dictados por Bruselas, Frankfurt y Berlín. Casi no merece la pena recordar aquí el precio que se ha pagado para preservar la moneda única y apoyar un sistema bancario disfuncional: desde Atenas a Dublín, el desempleo masivo sigue siendo una carga agobiante. Sin embargo, parafraseando a Tolstoi, cada país rescatado sufre su desgracia de manera diferente. Grecia ha sido testigo de la oposición más tormentosa, con el surgimiento de Syriza como una potencial fuerza contrahegemónica, aunque frágil. En España, los años de protestas en la calle han comenzado a dejar su marca en el sistema político y hay una tormenta en ciernes por la independencia de Cataluña. Las sucesivas huelgas en Portugal han conseguido que el Tribunal Constitucional bloquee los recortes en los salarios del sector público y las pensiones. En Irlanda, sin embargo, donde la economía ha sido estrujada para reembolsar los créditos malos de los bancos británicos, franceses y alemanes, la resistencia permanece muda. Los ministros del Gobierno presumen de su habilidad para imponer recortes «excepcionales» en el gasto público sin provocar malestar social¹. Por su parte, los funcionarios europeos han señalado a Irlanda en repetidas ocasiones como ejemplo de buena ciudadanía para sus rebeldes colegas de la periferia de la zona euro, con gran satisfacción de los medios de comunicación locales.

Pero, aunque las protestas masivas han sido comparativamente pocas en Irlanda, no ha sido por falta de fogosas invectivas polémicas contra las

¹ Harry McGee, «Public service reforms have been “remarkable” claims Howlin», *The Irish Times*, 14 de enero de 2014.

elites gobernantes por parte de los escritores locales. El columnista de *The Irish Times* y principal intelectual público del país, Fintan O'Toole, ha sido el más destacado en términos de impacto y visibilidad. El libro de O'Toole *Ship of Fools* (2009), publicado al comienzo de la crisis, supuso un ataque demoledor contra la cultura del amiguismo y la economía basada en la burbuja, fomentada por los líderes políticos de Irlanda. Fue pronto seguido por *Enough is Enough* (2010), otra arremetida contra los mitos de la República de Irlanda, que proponía un programa completo de reformas con cincuenta acciones concretas. ¿Hay algún escritor en otro país de la Unión Europea, o la OCDE, que haya publicado una crítica tan exhaustiva de la trayectoria de la clase dirigente en el poder, con tal profusión de detalles condenatorios y con una prosa tan brillante? Las últimas obras de O'Toole forman parte de una serie que se remonta a la década de 1980 y muestra su formidable altura como analista social. Para tratar de explicar la «excepción irlandesa» resulta de utilidad presentar los escritos de O'Toole en mayor profundidad: ¿en qué se diferencia el carácter crítico de su obra, qué explicación causal ofrece de los apuros de su país y qué salidas puede aportar a la trayectoria de Irlanda tras la crisis?

Vida y época

Nacido en 1958, O'Toole se crio en Crumlin, uno de los complejos residenciales de clase obrera cerca del centro de Dublín, que construyó el Fianna Fáil en la década de 1930 como parte de su programa de eliminación de los barrios pobres. Construido barato, el nuevo barrio estaba mayoritariamente falto de infraestructuras sociales, con la reveladora excepción, como O'Toole recordaba más tarde, de «un magnífico cuartel de granito de la policía que dominaba el barrio y era de lejos el mejor edificio de Crumlin, hasta que se construyó la iglesia definitiva»². El padre de O'Toole era conductor de autobús, tenía pasión por la literatura y su héroe era George Bernard Shaw; su educación estuvo a cargo de los Hermanos Cristianos, una congregación religiosa católica cuya dieta tradicional de nacionalismo empalagoso y conformidad social contrastaba nítidamente con el signo de la época:

Mientras los estudiantes de París estaban en las barricadas y mi padre y los otros conductores de autobuses de Dublín se ponían en huelga, yo leía en *Our Boys* sobre Maurice, que tenía una novia decente, se apuntó a la Sociedad de San Vicente de Paúl y se convirtió en un buen chico: «Se llevaba mejor con

² Fintan O'Toole, *Black Hole, Green Card: The Disappearance of Ireland*, Dublín, 1994, p. 119.

su jefe. Antes, siempre estaba pidiendo un aumento de sueldo, o intentando conseguir una tarea más fácil, o algo así. Pero ahora no le importaba que le dieran la tarea más pesada, y la más sucia, y siempre estaba dispuesto a cambiar su turno para ayudar a algún otro chico»³.

O'Toole se graduó en el University College de Dublín, adonde llegó a mediados de la década de 1970, cuando la agitación del campus de los años anteriores ya había comenzado a calmarse. El escenario político y social que encontró O'Toole al comienzo de su carrera periodística era de lejos el más conservador de todos los países de Europa Occidental. Las antiguas estructuras de poder reaccionario se habían derrumbado en España, Portugal y Grecia, donde los partidos de izquierda y los sindicatos militantes lideraban la resistencia contra las dictaduras y las revueltas generacionales transformaban las culturas nacionales. Sin embargo, en la República de Irlanda los pilares gemelos de la hegemonía conservadora, civil y religiosa, parecían inquebrantables. La política nacional seguía todavía el modelo establecido en los primeros años del Estado, con dos partidos de derecha, el Fianna Fáil y el Fine Gael, que a menudo cosechaban más del 80 por 100 del voto entre ellos, mientras que un pequeño y anémico Partido Laborista luchaba por romper la barrera del 15 por 100, que servía a veces de soporte en coalición con el Fine Gael. Este sistema de «dos partidos y medio» provenía de una escisión en el movimiento por la independencia nacional a causa del Tratado Anglo-Irlandés de 1921: el bando favorable al tratado salió victorioso de una breve guerra civil y gobernó el Estado Libre Irlandés durante su primera década. Su vehículo político, Cumann na nGaedheal, más tarde rebautizado Fine Gael, retuvo sus características originales: un partido de clérigos, hombres de negocios y granjeros poderosos.

Por su parte, el Fianna Fáil se había convertido en el principal refugio para los que seguían sin aceptar el tratado a finales del década de 1920, cultivaba una imagen mucho más populista, con la que ganaba el apoyo de los trabajadores del campo y la clase obrera urbana. Sin embargo, cuando llegó al Gobierno por primera vez, en 1932, el partido siguió las principales líneas de la política económica desarrollada por sus oponentes, retocando el ultraconservador Estado Libre en lugar de transformarlo. Entre 1932 y 1981, el Fianna Fáil gobernó en solitario, excepto durante diez años. Había poco margen para una política explícita de clase en esta configuración. Un modesto periodo de bonanza económica en la década de 1960 potenció la militancia obrera (en un determinado momento, la República ostentó

³F. O'Toole, *The Ex-Isle of Erin: Images of a Global Ireland*, Dublín, 1997, pp. 84-85.

el índice más alto de huelgas del mundo desarrollado) y envalentonó brevemente al Partido Laborista hasta el punto de que presentó sus propias exigencias y prometió acabar con el duopolio conservador. Cuando la recesión global sumergió a la economía irlandesa en un declive en picado a partir de 1979, tal atrevimiento pasó al olvido: la coalición Fine Gael-Partido Laborista se alternó con el Fianna Fáil durante la década de 1980, gobernando en ambos casos con recortes profundos en el gasto público, altos índices de desempleo y emigración masiva⁴.

Una segunda característica distintiva del panorama irlandés era el fuerte control de una Iglesia agresivamente autoritaria sobre las costumbres sociales y culturales de la República. Gramsci afirmó una vez que «nadie se ata a sí mismo al catolicismo como norma de vida, incluso aunque se declare abiertamente católico. Un católico integral, es decir, uno que aplicara las normas católicas en cada una de las acciones de su vida, parecería un monstruo»⁵. El especial y monstruoso logro del catolicismo irlandés fue intentar hacerlo y conseguirlo durante una época, con un coste psicológico desolador para una gran franja de la población del país. A lo largo del siglo XIX, un código puritano muy rígido fue injertado en una población campesina que tradicionalmente había sido mucho más relajada en sus formas de observancia religiosa. Esto se convirtió en uno de los atributos distintivos del nuevo Estado irlandés en las décadas posteriores a la independencia. En la década de 1970, el control de la Iglesia fue cuestionado por valientes vanguardias liberales y feministas que desafiaron la prohibición del divorcio, el aborto y los anticonceptivos. En la siguiente década, vigorizados por la visita papal de 1979, que atrajo a un tercio de la población a gigantescos espectáculos al aire libre, los defensores del poder católico lanzaron un contraataque contra la liberalización social. La década de 1980 fue testigo de una guerra de desgaste implacable entre el bloque conservador-clerical y sus oponentes laicos. En 1983 se impuso por medio de un referéndum la prohibición constitucional sobre el aborto (que ya estaba proscrito por ley) y los intentos de legalizar el divorcio fueron derrotados en otro plebiscito celebrado tres años después⁶.

⁴ La aparición de nuevas fuerzas políticas hacia el final de esa década (los Demócratas Progresistas, en la derecha; el Partido de los Trabajadores, en la izquierda) apuntó al posible final de la antinatural supervivencia del sistema de dos partidos y medio.

⁵ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971, p. 351.

⁶ En comparación, Italia había levantado la prohibición sobre el divorcio en un referéndum en 1974; Portugal liberalizó su ley de divorcio en 1977 y España siguió el mismo camino en 1981.

Para agravar el clima de pesimismo nacional, el largo conflicto de Irlanda del Norte no daba señales de autoconsumirse. El vecino más cercano de la República (otra herencia de la lucha por la independencia nacional, que había dejado a seis provincias del norte bajo el Gobierno británico) se caracterizaba por la discriminación sistemática de su minoría nacionalista católica. Cuando se desplegaron tropas británicas para contener los disturbios civiles a finales de la década de 1960, las esperanzas de alcanzar una reforma se truncaron rápidamente, ya que Londres optó por apoyar al Gobierno unionista sectario con un incremento de las medidas de represión. Cuando abandonó esa política, en la primavera de 1972, ya estaba en marcha una guerra de baja intensidad que enfrentaba al Ejército Republicano Irlandés (IRA) con las fuerzas del Estado británico y los paramilitares unionistas: duraría otras dos décadas, llevándose tres mil quinientas vidas por delante.

Los «años de plomo» de Irlanda del Norte, incomparablemente más destructivos que los de Italia o Alemania Federal, dejaron en gran medida al margen al Estado del sur y a sus ciudadanos, pero, a pesar de ello, imprimieron una profunda huella en la cultura de la República. Los miembros de la clase política del sur querían, sobre todo, evitar que la violencia se desbordase hacia sus dominios y mantener buenas relaciones con Londres dentro de lo posible: cualquier compromiso residual con la unidad irlandesa quedaba eclipsado por estas prioridades. Muchos intelectuales fueron más allá en su reacción hostil ante la campaña del IRA. La mitología nacionalista hubiera sido cuestionada por la nueva generación de historiadores en cualquier caso, y merecidamente; pero la forma que asumió ese cuestionamiento de la sabiduría recibida fue consecuencia directa del conflicto del norte. El «revisionismo», tal como se le llamó, sospechaba intensamente del nacionalismo revolucionario, y sus practicantes a menudo extendían su aversión al moderno IRA a todo el panteón republicano del siglo XVIII en adelante. La otra cara de la moneda de esta escuela era una versión aséptica del papel de Gran Bretaña en los asuntos irlandeses, que frecuentemente llegaba hasta la apología descarada. *Modern Ireland* de Roy Foster, publicado en 1988, proporcionó una síntesis brillante de la historiografía revisionista, a la vez que condensaba muchos de sus defectos⁷.

⁷ Tal como observó un crítico (muy favorable): «Lord Mountjoy, que “mandó con éxito las fuerzas inglesas que echaron a los rebeldes del Pale en 1601-1603”, es descrito como “un hombre humano”. Por otra parte, Napper Tandy, miembro de los Irlandeses Unidos, del que se dice en una nota biográfica que estaba “ensalzado por el folclore nacional”, es descrito por Foster como “el ridículo Napper Tandy”. No sé cómo es posible aplicar tales adjetivos desde la perspectiva del siglo XX a cualquier figura del siglo XVI, especialmente a una figura enviada por Inglaterra a Irlanda con

Dentro de esta pléyade, las afinidades de O'Toole se decantaban por las fuerzas de la liberalización y la modernización social y por la reacción revisionista contra el nacionalismo irlandés. Desde siempre sus pasiones habían sido la literatura y el teatro: estudió Filología Inglesa y Filosofía en UCD, y comenzó su carrera profesional como crítico de teatro en la guía del ocio *In Dublin*, para pasar después a desempeñar el mismo cometido en el *Sunday Tribune*. O'Toole amplió su campo de acción escribiendo reportajes políticos y culturales en *Magill*, una revista mensual de actualidad donde ocupó el cargo de director durante un año, 1986-1987 (*Magill* proporcionó una plataforma de lanzamiento para varias carreras periodísticas: el novelista Colm Tóibín fue uno de los predecesores de O'Toole en la dirección editorial). Al mismo tiempo, O'Toole estaba trabajando en su primer libro, un estudio del dramaturgo Tom Murphy, cuyas primeras obras habían provocado la furia y la denuncia eclesiástica⁸. En 1988, el año en que cumplió los treinta, O'Toole fue contratado por *The Irish Times* como articulista y editorialista, lo que le proporcionó una plataforma en el centro de los medios de comunicación respetados de Irlanda; ha permanecido en el periódico desde entonces.

The Irish Times ha seguido una trayectoria curiosa desde que se estableció como portavoz del unionismo irlandés a finales del siglo XIX. Al tener su sede en Dublín, se encontró varado en el nuevo Estado después de la independencia y tuvo que adaptarse al nuevo entorno. Durante gran parte del siglo XX estuvo eclipsado por dos competidores, el *Independent* y *The Irish Press*: cada uno de ellos vendía 200.000 ejemplares diarios en la década de 1950, mientras que el *Times* se quedaba muy detrás con 35.000⁹. En aquel momento era todavía el periódico elegido por la clase media protestante residual, compuesta de comerciantes y profesionales: por esa razón, aunque *The Irish Times* fue siempre un periódico conservador, nunca pudo ser *el* periódico conservador y guardó las distancias con la elite política de Dublín. Como otros bastiones protestantes (Trinity College, las Iglesias anglicana y presbiteriana), *The Irish Times* adoptó una postura de liberalismo social como única opción, que le sirvió para distanciar la línea editorial del periódico de una clase gobernante que era profundamente católica en su *ethos*.

un ejército, ni a cualquier figura del siglo XVIII, por muy ensalzado que estuviera por el folclore nacional [...]; por debajo de la brillante comprensión y la gran originalidad de *Modern Ireland* de Foster, hay una ideología quizá no tan burda como la de los historiadores nacionalistas que escribían los textos escolares en la década de 1920, pero sí igual de evidente», Colm Tóibín, «New Ways of Killing Your Father», *London Review of Books*, 18 de noviembre de 1993.

⁸ F. O'Toole, *Tom Murphy: The Politics of Magic*, Dublín, 1987.

⁹ John Horgan, *Irish Media: A Critical History Since 1922*, Londres, 2001, pp. 62-63.

Durante el largo periodo de dirección de Douglas Gageby (director de 1963 a 1986, aparte de un pequeño paréntesis a mediados de la década de 1970) *The Irish Times* se deshizo de sus lealtades hacia la Commonwealth y comenzó a aumentar su circulación, acercándose gradualmente al *Independent* y a *The Irish Press*. Su liberalismo tradicional resultó una baza positiva cuando Gageby reclutó a una nueva generación de redactores que estaban en sintonía con el emergente movimiento de las mujeres e incluso hizo sitio para una pequeña cohorte izquierdista entre los editorialistas, aunque el propio Gageby era partidario del Fianna Fáil y su líder, Charles Haughey; el hecho de que los temas culturales atrajeran el principal foco de atención a lo largo de la década de 1980 hizo que el posicionamiento principal del periódico pareciera más radical de lo que en realidad era¹⁰. Cuando O'Toole se incorporó a *The Irish Times*, había completado su transformación en un «periódico de referencia», conscientemente cortado con el mismo patrón que *El País* o *Le Monde* (y con parecido sentimiento de su propia importancia). El sucesor de Gageby, Conor Brady, continuó incrementando las cifras de circulación del periódico, al beneficiarse de la desaparición de *The Irish Press* a mediados de la década de 1990: actualmente sus ventas per cápita superan las de *The Guardian*, *The Times*, *The Independent* y el *Financial Times* juntos. Con Brady de director, las preferencias editoriales del periódico recayeron en los que apoyaban la modernización y el programa liberal dentro de unos límites de respetabilidad, desde los Demócratas Progresistas hasta Dick Spring, el líder centrista del Partido Laborista, un clon de Kinnock que aplastó implacablemente el ala izquierdista del partido¹¹.

Temas iniciales

El rápido ascenso de O'Toole debió mucho a sus dotes de escritor, que destacan incluso en un país donde el talento literario no escasea. Su prosa es fluida y controlada, con una facilidad para el detalle y un sentido elegante de las cadencias narrativas. Pero su punto de vista político encajaba también perfectamente en el consenso de *The Irish Times*, al representar la vena liberal del pensamiento convencional. Tres temas principales

¹⁰ Mark O'Brien, *The Irish Times: A History*, Dublín, 2008, pp. 175-176.

¹¹ Más tarde, Brady recordaría su admiración por la purga de la tendencia militante a manos de Spring, cuyos miembros habían «hecho la vida imposible a los ministros laboristas, tratando continuamente de subvertir cualquier política que ellos consideraran que representaba un pacto con los partidos centristas [...] Spring les hizo frente con su propio grupo de fieles acólitos», Conor Brady, *Up With The Times*, Dublín, 2005, p. 210.

atrajeron la atención de O'Toole durante las etapas iniciales de su carrera periodística: el catolicismo, la corrupción y el conflicto del Norte. El declive del poder eclesiástico fue el tema más prominente de todos. Su primera colección de artículos, *A Mass for Jesse James*, tomó el pulso del catolicismo irlandés en la década de 1980, cuando la reacción conservadora estaba en su apogeo. O'Toole opinó que a posteriori la década se consideraría como «una época en la que la separación entre la acción privada y la expresión pública se hizo absoluta. Los valores tradicionales necesitaban ser reforzados públicamente precisamente porque habían dejado de tener sentido privado»¹². Lo acertado de su observación no tardaría en hacerse manifiesto. El golpe más fuerte contra la autoridad religiosa llegó a partir de los escándalos de abuso que comenzaron con el arresto del hermano Brendan Smyth, un depredador sexual en serie que había sido trasladado complacientemente de parroquia en parroquia por sus superiores. Como observó O'Toole, la controversia que se levantó a raíz del caso Smyth fue tanto un síntoma de agitación como un catalizador:

Más que modificar lo que sabemos sobre la realidad, la confirma. Pone cara al conocimiento oscuro y sin faz que ha estado aferrado a la niñez irlandesa durante generaciones. Pone nombre a una verdad innombrable. Por cruda experiencia propia, cientos de miles de personas de Irlanda han sabido durante gran parte de su vida que hay un problema de pedofilia en la Iglesia¹³.

Desde las escuelas donde «el riesgo de ser acosado se daba por supuesto» hasta las instituciones residenciales caracterizadas por el abuso sistemático de los niños a su cargo, las verdades innombrables del catolicismo irlandés se verían expuestas al severo escrutinio público¹⁴. La insolencia con la que la jerarquía de la Iglesia continuó estigmatizando a los que rechazaban las enseñanzas morales católicas, incluso después de que su propio récord de complicidad con los abusos hubiera sido documentado tan profusamente, agravó el malestar.

El sello característico de los artículos de O'Toole sobre la Iglesia durante este periodo era a menudo más balsámico que triunfalista, con la vista puesta claramente en el gran número de católicos irlandeses que habían vivido el desprestigio del clero «no como una liberación, sino como un trauma», al haber visto su fe tan completamente traicionada en «la única cosa que parecía estable y fiable a lo largo de agitadas décadas

¹² F. O'Toole, *A Mass for Jesse James: A Journey Through 1980s Ireland*, Dublín, 1990, p. 9.

¹³ F. O'Toole, *Ex-Isle of Erin*, cit., p. 198.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 198-200.

de cambio»¹⁵. O'Toole tenía mucho interés en reconfortar a este estrato desestabilizado de la población en su camino hacia puntos de vista más tolerantes y pluralistas, argumentando que la práctica cotidiana llevaba mucho tiempo chocando con la doctrina religiosa: «Una de las cosas raras de Irlanda es que quizá sea la única sociedad que ha insistido en proclamar una moralidad pública que en muchos sentidos es peor que nuestros valores privados. Nuestra peculiar forma de hipocresía no ha sido un sepulcro blanqueado, sino uno ennegrecido»¹⁶. En 1997, observó que «los católicos se han hecho profundamente protestantes en su actitud hacia las enseñanzas de la Iglesia [...], el principio más importante del protestantismo (el derecho a la conciencia individual) es aceptado ahora por la gran mayoría de los católicos irlandeses»¹⁷. La asistencia a misa y las ordenaciones eclesíásticas han caído en picado, y el bloque tradicionalista ha sido derrotado en cada una de las batallas de siempre a partir del principio de la década de 1990: el divorcio, los anticonceptivos y la homosexualidad han sido legalizados, aunque la prohibición sobre el aborto todavía está pendiente y los obispos retienen su poder en la educación pública, con el derecho, formalmente consagrado en la ley, a discriminar a profesores y alumnos por motivos religiosos.

El segundo tema principal de la obra de O'Toole fue la crisis de los tradicionales detentadores del poder en la República. El tufo de la corrupción política que emanaba de la jerarquía del Fianna Fáil llegó a su punto culminante durante la controversia provocada por las malas prácticas financieras de la industria cárnica. *The Irish Times* encargó a O'Toole que cubriera un largo juicio que escrutó los negocios de Larry Goodman, el principal exportador de carne de Europa y uno de los hombres más poderosos de Irlanda, que había aprovechado sus contactos con el Fianna Fáil para asegurarse el acceso a importantes dádivas del Gobierno. Más adelante, O'Toole publicó un libro basado en su trabajo durante la investigación, *Meanwhile Back at the Ranch*, cuya parte principal consistía en la reconstrucción meticulosa y paso a paso del informe del tribunal, que había agravado la oscuridad inherente de la cuestión, con una tendencia a meter pullas siempre que fuera posible. El libro situó también el imperio de Goodman en el contexto de una economía que llevaba mucho tiempo dependiendo de la exportación de ganado vacuno, y capturaba con precisión la imagen ridícula del sujeto

¹⁵ *Ibid*, p. 221.

¹⁶ *Ibid*, p. 219.

¹⁷ *Ibid*, pp. 16-17.

en cuestión, cuyo modelo de negocios se basaba casi por completo en la manipulación de los subsidios del Estado, pero cultivaba la imagen de un emprendedor del libre mercado ambicioso y dinámico, retenido por un *establishment* en la sombra, en cuyas filas él, desde luego, no estaba. O'Toole citaba una respuesta ingenua de Goodman a un abogado del tribunal que había observado que Goodman Meats era «dominante» en la industria europea de la carne: «No me gusta la palabra “dominante”. No estoy de acuerdo con eso [...], no nos gusta la palabra “poder”. Es una especie de idea leninista»¹⁸. El magnate de la carne estaba más cerca de la verdad de lo que se imaginaba, porque el punto de vista de Lenin sobre el Estado capitalista representaría una explicación de la realidad irlandesa en los siguientes años mejor que las eternas verdades de la ciencia política de manual.

Partiendo de las pretensiones *antiestablishment* de Goodman, O'Toole presentaba una visión ilustradora de las jerarquías sociales del país, identificando una fractura cultural en el corazón de la burguesía: «Al existir en Irlanda una elite consciente de sí misma, creada por un determinado número de colegios de pago, el estar fuera de esa elite, por mucho poder y riqueza y control de las vidas de otras personas que se tenga, supone darte el lujo de sentirte fuera del *establishment*»¹⁹. Esta casta superior tenía su origen en las décadas previas a la independencia, cuando una elite profesional, preparada por los jesuitas, se había aferrado al Partido Parlamentario Irlandés dispuesta a asumir una posición de autoridad real tan pronto como Irlanda obtuviera la autonomía, antes de encontrarse desplazados por «una muchedumbre de chicos de los Hermanos Cristianos con revólveres Webley» tras el levantamiento de 1916. «Así nació ese fenómeno fascinante: una clase media alta con grandes privilegios y bien establecida que fue privada de la política sin perder sus privilegios económicos en absoluto»²⁰. La fractura que se produjo entonces ha perdurado hasta ahora: mientras que en el Reino Unido la correa de transmisión de los colegios privados coloca a sus alumnos en cada una de las secciones de la clase dominante británica, desde las juntas de la City hasta la primera bancada del Partido Conservador, sus equivalentes irlandeses son menos ecuménicos en su colocación. Aunque la elite de los negocios saca todavía a muchas de sus luminarias del conjunto de

¹⁸ F. O'Toole, *Meanwhile Back at the Ranch: The Politics of Irish Beef*, Londres, 1995, p. 34.

¹⁹ F. O'Toole, *Black Hole, Green Card*, cit., pp. 208-209.

²⁰ *Ibid.*, p. 213. James Joyce fue el producto más famoso, aunque enteramente atípico, de esta clase dominante embrionaria.

colegios privados de Leinster (entre ellos, el magnate de la prensa Tony O'Reilly; el director ejecutivo de Ryanair, Michael O'Leary, y el icono del capitalismo irlandés, Peter Sutherland, que ha sido presidente de BP y Goldman Sachs), la clase política recluta menos candidatos en esos círculos. Por otra parte, la «lógica negativa» descrita por O'Toole («el *establishment* habla a través de la nariz, yo hablo a través del lateral de la boca, por consiguiente, no soy miembro del *establishment*») ha permitido que muchos hombres de negocios irlandeses (especialmente, los constructores) adopten la personalidad marginal y desenvuelta desarrollada por Larry Goodman: «Al final, tenemos dos grupos de personas que tienen un poder inmenso y que, sin embargo, consiguen, por medio de sus mitos complementarios de persecución y marginalización, evitar asumir responsabilidades por el estado de la situación»²¹.

La campaña frustrada a favor de «manos limpias», al comienzo de la década de 1990, formaba parte de la ortodoxia empresarial de *The Irish Times*²², igual que el apoyo al incipiente proceso de paz en Irlanda del Norte: *The Irish Times* estaba muy a favor de llegar a un acuerdo con el Sinn Féin, el brazo político del IRA, mientras que el *Independent* adoptó una posición mucho más hostil. Estos contactos desembocaron en un alto al fuego permanente del IRA, en vigor desde 1997, que despejó el camino a un acuerdo para compartir el gobierno que debían negociar entre los partidos unionistas y nacionalistas el año siguiente. O'Toole fue contratado por *The New York Review of Books* para escribir una serie de artículos que explicaran a sus lectores las negociaciones de paz en el norte²³. Su análisis estaba muy en la línea de la escuela de pensamiento revisionista que absolvía a Gran Bretaña de toda responsabilidad histórica al concentrarse en factores internos: «Aunque los nacionalistas irlandeses suelen considerar la división de la isla por el Parlamento de Westminster en 1920 un repugnante delito británico, en realidad fue el resultado inevitable de las divisiones políticas, económicas y religiosas irlandesas»²⁴. El análisis de O'Toole del periodo moderno también

²¹ *Ibid*, pp. 209, 215-216.

²² Esta cruzada de altas miras, liderada por Dick Spring y el Partido Laborista, embarrancó tras las elecciones de 1992, cuando Spring llevó al Partido Laborista al Gobierno con el Fianna Fáil, lo que provocó un tremendo disgusto a Conor Brady: C. Brady, *Up With The Times*, cit., p. 231.

²³ F. O'Toole «The End of the Troubles?», *NYRB*, 19 de febrero de 1998; «Are the Troubles Over?», *NYRB*, 5 de octubre de 2000; «Guns in the Family», *NYRB*, 11 de abril de 2002; «The Taming of the Terrorist», *NYRB*, 27 de febrero de 2003.

²⁴ F. O'Toole, «The End of the Troubles?», cit.

rebajaba la culpabilidad británica: «La campaña del IRA no ha sido una guerra de liberación nacional, sostenida en nombre de una mayoría contra una minoría opresora de una potencia extranjera. Sus enemigos no han sido regímenes ilegítimos, sino dos democracias liberales (el Reino Unido y la República de Irlanda) y la población protestante mayoritaria en la propia Irlanda del Norte». O'Toole modulaba esta imagen del Reino Unido como un Estado democrático-liberal benigno, enfrentado a la amenaza del terrorismo, haciendo referencia al encarcelamiento de sospechosos sin juicio, la masacre del Bloody Sunday de 1972 y la «línea dura» de Margaret Thatcher hacia los huelguistas de hambre republicanos, pero describía estas acciones como «meteduras de pata», causadas por una «falta de comprensión» por parte de los políticos británicos (sin embargo, a los republicanos irlandeses no les concedía el mismo margen por sus propios «errores»)²⁵.

Al evaluar el papel de Gran Bretaña en Irlanda del Norte, O'Toole permitió que la ideología conservadora obnubilase sus facultades críticas y presentó razonamientos cargados de un fuerte aire de disculpa. Pasó por alto la injusticia flagrante del acuerdo de división que concedió al Partido Unionista una porción de territorio muy por encima de su mandato popular. No había solución ideal para el problema de las identidades en conflicto de Irlanda y los acuerdos impuestos por Londres en la década de 1920 no intentaron proporcionarla, ya que se basaron en los cálculos más sórdidos de la estrategia imperialista. De hecho, el análisis de O'Toole del conflicto moderno blanqueó también el historial de las fuerzas del Estado, cuyos agentes colaboraron ampliamente con los paramilitares unionistas responsables de cientos de asesinatos sectarios (además de los ciento ochenta y seis civiles asesinados directamente por las fuerzas británicas durante el conflicto)²⁶. Hablar de «meteduras de pata» para referirse a estos abusos sistemáticos es evadirse de la realidad. Sobran razones para criticar la campaña del IRA, que, sin lugar a dudas, produjo sus propios horrores, pero no en los términos propuestos por O'Toole.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Para un buen resumen de los hechos, centrado en la década de 1970, véase Anne Cadwallader, *Lethal Allies: British Collusion in Ireland*, Cork, 2013; para ejemplos más recientes de la complicidad del Estado, véase especialmente el informe de 2007, entregado por la que entonces era la Ombudsman de la policía, Nuala O'Loan, sobre el asesinato de Raymond McCord (disponible en la página web CAIN, de la Universidad de Ulster).

Modelos nórdicos

Cuando se firmó el Acuerdo de Belfast, el tétrico panorama económico de la década de 1980 había sido reemplazado por un espíritu triunfalista en la República, según se aceleraba el crecimiento y caía el desempleo. En el prefacio a *The Ex-Isle of Erin*, publicado en 1997, O'Toole informaba a sus lectores de que la economía del «Tigre Celta» irlandés «no estaba ya al acecho, sino en pleno salto», con el PIB per cápita por encima del Reino Unido por primera vez en 1996²⁷. Junto con el impacto psicológico de la liberalización cultural y el proceso de paz de Irlanda del Norte, la bonanza económica de toda la década generó un espíritu de autoestima nacional que perduraría de alguna forma hasta la crisis de 2008. O'Toole estaba ahora firmemente establecido como una de las estrellas del periodismo irlandés: su análisis político para *The Irish Times* se complementaba con una importante producción como crítico de teatro, que incluía una biografía de Sheridan muy apreciada y una «guía radical de Shakespeare» dirigida a los alumnos de enseñanza secundaria²⁸. En el nuevo contexto generado por el auge económico, utilizó su plataforma mediática para exponer su característica visión positiva, que había sustentado anteriores críticas del Fianna Fáil, la Iglesia católica y el IRA: un punto de vista moderado de centroizquierda, convencido de que Irlanda debía emular el modelo nórdico de democracia social.

La exposición más completa de este punto de vista se encuentra en *After the Ball*, que fue publicado por el *think tank* liberal de izquierdas TASC en 2003. El TASC había sido establecido dos años antes con fondos de la Fundación Joseph Rowntree y el filántropo multimillonario estadounidense de origen irlandés Chuck Feeney; O'Toole presidió su consejo asesor junto con una representación de luminarias del centroizquierda irlandés. *After the Ball*, asumía tácitamente que el problema de cómo generar riqueza había sido resuelto: ahora la cuestión era qué iba a hacer Irlanda con los recursos disponibles. O'Toole observó que la inversión irlandesa en protección social era la más tacaña de Europa: «La media de la Unión Europea es del 27,3 por 100 y ningún país gasta menos del 20 por 100. Es decir, excepto Irlanda, que gasta un espectacularmente bajo 14,1 por 100»²⁹. Tras varios años de crecimiento sin precedentes, los niveles de pobreza y desigualdad seguían siendo los segundos más

²⁷ F. O'Toole, *Ex-Isle of Erin*, cit., p.19.

²⁸ F. O'Toole, *A Traitor's Kiss: The Life of Richard Brinsley Sheridan*, Londres, 1997; *Shakespeare is Hard, but so is Life*, Londres, 2002.

²⁹ F. O'Toole, *After the Ball*, Dublín, 2003, p. 62. Es el porcentaje del PIB.

altos de las naciones occidentales, solo por detrás de Estados Unidos. Los pacientes de la medicina privada tenían garantizado el acceso rápido al tratamiento hospitalario, mientras que sus menos afortunados hermanos languidecían en listas de espera, con consecuencias alarmantes para la salud pública.

La tasa de mortalidad general por problemas cardíacos en Irlanda es de 176 por 100.000 habitantes, comparada con 108 en el conjunto de la Unión Europea. En los menores de 65, la tasa de mortalidad por problemas cardíacos es casi el doble de la tasa de la Unión Europea: 46 por 100.000, comparada con el 25 en el conjunto de la Unión Europea. El tratamiento contra el cáncer es a menudo asombrosamente pobre para una sociedad rica y desarrollada. Menos de un tercio de los doce mil pacientes que cada año necesitan radioterapia en Irlanda la reciben. Los pacientes públicos se enfrentan a una espera de tres meses para recibir tratamiento de radioterapia después de ser informados de que la necesitan con urgencia³⁰.

O'Toole rechazó la teoría de que cualquier cambio hacia los niveles escandinavos de impuestos y gasto social liquidaría el auge económico irlandés. El éxito económico de Irlanda nunca había sido solo una cuestión de mantener los impuestos bajos y dejar que el libre mercado sacara adelante su magia: de hecho, debería ser considerado «un producto complejo de los valores de centroizquierda que no ha conseguido terminar con el espectáculo de la miseria social, incluso tras eliminar la excusa que justificaba su existencia». Los factores que contribuían a ello, derivados de tales valores, incluían una inversión a gran escala en educación pública, los fondos estructurales de la Unión Europea, una mayor participación femenina en la fuerza de trabajo y los acuerdos salariales nacionales que garantizaban la paz laboral³¹. Había suficiente espacio de maniobra para hacer viable un programa de reformas socialdemócrata sin comprometer el crecimiento económico.

El último capítulo de *After the Ball* modulaba la imagen de una economía exitosa cuyos frutos simplemente tenían que ser bien utilizados ahora. O'Toole apuntaba una diferencia entre las empresas extranjeras y las de propiedad irlandesa: las primeras, concentradas en sectores como el *software*, los productos químicos y la ingeniería electrónica; las últimas, «todavía peligrosamente dependientes de la exportación de productos

³⁰ *Ibid.*, p. 80.

³¹ *Ibid.*, pp. 168-169, 17-26.

de alimentación al por mayor (principalmente, carne de vacuno y leche en crudo, sin marca y con un valor añadido bajo, y animales vivos, que representan casi la mitad del total de las exportaciones locales, pero menos del 6 por 100 del total)»³². Pero, en general, los lectores no eran informados de los problemas que se estaban acumulando mientras el auge seguía imbatible: en concreto, la dependencia cada vez mayor de la construcción y las finanzas como motores del crecimiento y el aumento espectacular de los precios de transferencia de las multinacionales estadounidenses, a partir de finales de la década de 1990, que distorsionaban completamente las cifras del PIB irlandés³³.

Tampoco se presentaba un análisis de las fuerzas políticas de las que podría esperarse que pusieran el programa de O'Toole en marcha. Sin embargo, los lectores de sus columnas en *The Irish Times* sabían que O'Toole consideraba al Partido Laborista irlandés como el principal vehículo doméstico para sus ideas. Era un ejemplo clásico del triunfo de la esperanza sobre la experiencia: tras haber estado siempre en el ala derecha de la socialdemocracia europea, el partido de centroizquierda de Irlanda no tenía ahora ninguna intención de agitar la paz política. Dick Spring había llevado al Partido Laborista a su cuota de votos más alta en 1992, solo para rebajarla a su nivel previo en la siguiente elección, después de formar coaliciones con los dos principales partidos conservadores. A lo largo de la década de 1990, el antiguo sistema de dos partidos y medio parecía la única posibilidad de continuidad a la que agarrarse, una vez que se demostró efímero el desafío del Partido de los Trabajadores en el flanco izquierdo del Partido Laborista, y con los Demócratas Progresistas contentos de funcionar como socio (muy) menor del Fianna Fáil. El propio Fianna Fáil consiguió revivir tras los escándalos de corrupción de principios de la década de 1990, volviendo a ocupar su lugar en la jefatura del Gobierno en 1997, donde permanecería los siguientes quince años.

El consejo de O'Toole al liderazgo del Partido Laborista fluctuaba enormemente en vísperas de las elecciones nacionales, dependiendo de las posibilidades inmediatas que parecieran abrirse ante ellos. Cuando el Fine Gael perdió casi la mitad de sus diputados en 2002, tras una de las peores elecciones en la historia del partido, un bloque de

³² *Ibid.*, pp. 162-163.

³³ Entre 1990 y 2010 el empleo en empresas de propiedad estadounidense aumentó el 127 por 100, mientras que los ingresos declarados de las mismas empresas aumentaron el 2.457 por 100: Jesse Drucker, «Man Making Ireland Tax Avoidance Hub Proves Local Hero», *Bloomberg*, 27 de octubre de 2013.

centroizquierda, compuesto por el Partido Laborista, los Verdes, el Sinn Féin y los independientes de izquierda, tenía ahora más escaños que el principal rival del Fianna Fáil. O'Toole alentó al Partido Laborista a romper con su socio tradicional para prestar una cohesión mayor a este bloque emergente: «Ningún líder laborista puede convencer a su partido de que el futuro consiste en trabajar con el Fine Gael en lugar de intentar reemplazarlo como segundo partido»³⁴. Pero las posibilidades de que el Partido Laborista se atreviese a ser tan audaz eran nimias, sus componentes del ala izquierda habían sido aplastados definitivamente por Spring y sus aliados a principios de la década de 1990, sus portavoces habían sido cooptados o despedidos. Haciendo uso del instinto certero bien conocido por los estudiosos de la historia del partido, la jerarquía laborista se aferró con ambas manos a la posibilidad de perder una oportunidad, negociando un pacto con el Fine Gael que ayudó a este último a recuperarse en los siguientes cinco años, mientras que el propio Partido Laborista se estancaba y sus posibles socios se quedaban fuera de juego.

Al digerir los resultados de las elecciones de 2007, O'Toole parecía dispuesto a tirar la toalla socialdemócrata: tras haber pasado la mayor parte de la década precedente atacando al Fianna Fáil y a su líder, Bertie Ahern, estaba ahora dispuesto a apoyar una coalición entre este y el Partido Laborista con Ahern de primer ministro. Aunque en su análisis poselectoral criticó al Fine Gael, al Partido Laborista e incluso al Sinn Féin («un partido de protesta que estaba protestando demasiado poco») por su timidez en plantear alternativas, pasó a defender que el Partido Laborista no tenía «ninguna ruta realista hacia el Gobierno, ni ahora ni en el futuro cercano, excepto en coalición con el Fianna Fáil»; el momento de sustituir al Fine Gael como principal partido de la oposición había pasado y lo mejor que se podía hacer con este mal resultado era negociar un acuerdo con Ahern tras su tercer triunfo electoral sucesivo (dejando volar su imaginación, O'Toole proponía que el Partido Laborista podía implementar una reforma radical de los servicios médicos desde dentro del Gobierno, asegurando que «tragarse el orgullo no sería tan amargo»)³⁵. En cualquier caso, tal alianza no se materializó, ya que Ahern llegó a un pacto con el Partido Verde para formar un Gobierno que llevaría a la República a la peor crisis económica de su historia.

³⁴F. O'Toole, «Ahern, master of a quiet revolution that produced a sleek FF machine», *The Irish Times*, 20 de mayo de 2002.

³⁵F. O'Toole, «Rejection of the “same only different”»; «Bertie deal is Labour's best option», *The Irish Times*, 28 y 29 de mayo de 2007.

El maná de Bruselas

Aunque el Partido Laborista no dio señales de poder cumplir los deseos de O'Toole en el frente doméstico, O'Toole tenía en mente a otro supuesto agente para la reforma: la Unión Europea. La obra publicada de O'Toole es testigo de una creciente eurofilia a partir de mediados de la década de 1990. En 1997 se había referido a la «paradoja» de la posición de Irlanda en el mundo moderno: «Su soberanía es una fuerza que se ejercita principalmente renunciando a ella. Su separación hace setenta y cinco años de una unión económica y política, el Reino Unido, se justifica por su pertenencia a una unión económica y política más grande, la Unión Europea»³⁶. En lo que respecta a O'Toole, fue tanto una transformación de calidad como de cantidad. Lejos de constituir otra forma de gobierno extranjero, la integración europea había fortalecido la democracia y la posibilidad de que los Estados actuaran de manera constructiva en beneficio de sus ciudadanos. *After the Ball* fue más lejos todavía, otorgando a la Unión el mérito de evitar un conflicto civil en la década de 1980:

La Unión Europea proporcionó a la conservadora Irlanda la posibilidad de participar en su propia destrucción. ¿Habría desaparecido en cualquier caso? Sí. ¿Habría desaparecido sin una lucha potencialmente desastrosa? Probablemente no. Si analizamos los últimos treinta años, lo asombroso no es que hubiera a veces agrias tensiones sociales en la República, sino que fueran superadas con relativa facilidad. Con altísimos niveles de desempleo y exclusión social, con una lucha feroz entre las fuerzas laicas y religiosas y con un conflicto violento a sus puertas, parece imposible que la sociedad irlandesa fuera capaz de integrar grandes cambios económicos y culturales. Sin la capacidad de la Unión Europea de incorporar a la Irlanda conservadora en un proyecto moderno, se puede afirmar con casi total seguridad que no lo habría conseguido³⁷.

O'Toole expuso su valoración más positiva de la Unión Europea en otro libro para TASC, *Post Washington*, publicado en 2005, que escribió con Tony Kinsella. Subtitulado *Why America Can't Rule the World*, formó parte de una serie de obras escritas por intelectuales de centroizquierda en las que se compara el capitalismo de estilo estadounidense con una variedad europea supuestamente superior (*The World We're In*, de Will Hutton, y *Postwar*, de Tony Judt, son ejemplos destacados del género). La ofensiva principal y polémica de *Post Washington* estaba dirigida contra los analistas que creían que Irlanda debía estar «más cercana a Boston que a Berlín»,

³⁶ F. O'Toole, *Ex-Isle of Erin*, cit., p. 20.

³⁷ F. O'Toole, *After the Ball*, cit., p. 21.

un tropo retórico utilizado por primera vez en 2000 por la líder de los Demócratas Progresistas y viceprimer ministra Mary Harney, que resultó lo suficientemente vacuo como para convertirse en una coletilla del discurso político irlandés. La imagen sombría de la sociedad estadounidense que se reflejaba en *Post Washington* tenía claramente como objetivo servir de reprimenda contra esta tendencia, haciendo que las virtudes europeas destacaran más claramente en el contexto transatlántico.

Kinsella y O'Toole enumeraban los factores que mantenían a Estados Unidos alejado de las sociedades europeas, poniendo un énfasis especial en las características más exóticas del panorama cultural estadounidense, para pasar a describir una hoja de resultados negativa de las tendencias económicas recientes³⁸. Con el equipo de Bush y Cheney en lo más alto de su notoriedad internacional, gran parte del libro se dedicaba a criticar la doctrina de política exterior que sustentaba la «Guerra contra el Terror» y sus raíces en el complejo industrial militar. Un último capítulo describía explícitamente el contraste implícito entre la Unión Europea y Estados Unidos, otorgando a Europa un valor superior, tanto en términos de modelos económicos («el sistema estadounidense de mercado ultralibre no funciona; los derivados de la economía social de mercado europea funcionan») como de relaciones internacionales: «La Unión Europea ha triunfado porque se ha expandido de manera pacífica y voluntaria. Ha extendido su ética (legalidad, democracia y mercado global) mucho más eficazmente de lo que los neoconservadores estadounidenses han extendido la suya»³⁹.

Escrito en un momento en el que las pullas sobre la «vieja Europa» de Donald Rumsfeld estaban todavía frescas en la memoria, el libro exageraba mucho las diferencias entre Washington y Bruselas en las cuestiones de guerra y paz. Una cita del jefe de política exterior de la Unión Europea, Javier Solana, tenía más doble sentido (y, por lo tanto, era más honrada) de lo que los autores parecían creer: «No hay una oposición inherente entre el poder, supuestamente el “método de Estados Unidos”, y la ley, el “método europeo”. La ley y el poder son dos caras de la misma moneda. El poder es necesario para establecer la ley, y la ley es la cara legítima del poder»⁴⁰. El propio Solana difícilmente habría podido ser secretario general de la OTAN si hubiera tenido cualquier objeción de principios contra el militarismo o la hegemonía de Estados Unidos en los asuntos mundiales. Las tensiones sobre Iraq resultaron de corta

³⁸ Tony Kinsella y F. O'Toole, *Post Washington: Why America Can't Rule the World*, Dublín, 2005, pp. 63-81.

³⁹ *Ibid.*, pp. 312, 317.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 217.

duración: además de la presencia de los principales Estados europeos en la «coalición de los dispuestos», cuyos soldados entraron en Bagdad, desde Gran Bretaña y Dinamarca a Italia y Polonia, los principales opositores a la guerra en París y Berlín dieron rápidamente su aprobación a la ocupación que siguió.

La «economía social de mercado», señalada por Kinsella y O'Toole como ejemplo para el mundo, tenía una base igualmente ligera en la realidad. Para empezar, varios países europeos (entre ellos, Irlanda y Gran Bretaña) estaban más cerca del «modelo social» estadounidense que de su idealizado equivalente europeo. En otros países de la Unión Europea de los 15, los ciudadanos disfrutaban de más derechos laborales y mejor acceso a los servicios públicos, pero estos beneficios sociales no debían nada al proceso de integración europea, ya que habían sido conseguidos en el seno de cada Estado-nación. Ninguna de las publicaciones de O'Toole en TASC hacía referencia al marco neoliberal que había sido implantado para la zona euro o a los obstáculos a los que se enfrentaría ahora cualquier objetivo socialdemócrata en Bruselas y Frankfurt: *After the Ball* describía con admiración la idea extinguida ya hace mucho tiempo de una «Europa social» que había propuesto Jacques Delors en la década de 1980, pero no mencionaba los cambios acaecidos desde que se había secado la tinta sobre el Tratado de Maastricht⁴¹.

Estas cuestiones habían sido aireadas en el debate político irlandés durante los referéndums sobre los tratados de Niza y Lisboa, que fueron ambos rechazados por el electorado (en 2001 y 2008 respectivamente) para ser impuestos en una segunda vuelta⁴². Las campañas por el «NO» en Irlanda incluyeron a fuerzas de derecha y de izquierda, planteando análisis opuestos sobre una gama de temas y siguiendo trayectorias de organización diferentes. El sentimiento público general detrás de los votos por el «NO», probablemente, se debía más al rechazo del *establishment* político y a un deseo de dar a sus líderes una sonora bofetada que a cualquier crítica ideológica explícita de la Unión Europea. Aunque debamos,

⁴¹ F. O'Toole, *After the Ball*, cit., pp. 18-19. O'Toole se había referido explícitamente a las limitaciones impuestas por Maastricht en sus artículos sobre la campaña de las elecciones generales de 1992, pero parecía haberse olvidado después de aquellas trabas: «Avoiding the hard choices»; «Promises blowing in the wind», *The Irish Times*, 18 y 24 de noviembre de 1992.

⁴² Debido a una sentencia de los tribunales de la década de 1980, los Gobiernos irlandeses están obligados a solicitar la aprobación popular de los nuevos tratados europeos: algo que molesta enormemente a los funcionarios de la Unión Europea, cuya aversión hacia tales consultas es bien conocida.

por lo tanto, tener cuidado de presentar los referéndums como evidencia de un cambio hacia la izquierda en la opinión popular, el hecho es que la izquierda eurocrítica ha sido una fuerza política real durante la última década y media: al contrario que los euroescépticos de derecha, cuyos intentos de capitalizar las cuestiones de Niza y Lisboa en las urnas fueron coronados por un fracaso rotundo.

Sin embargo, O'Toole respondió al surgimiento de este electorado progresista, que prometía mucho más para el futuro que los lentos esfuerzos del Partido Laborista, dejándolo de lado. Al pedir el voto para el «sí» en las cuatro ocasiones, concentró sus ataques en los elementos más reaccionarios del bando del «NO», y acusó a los que hacían campaña por el «NO» desde la izquierda de falsedad en sus argumentos: «El proceso que quieren que temamos es, de hecho, un proceso progresista y civilizado que puede ser utilizado para apoyar luchas políticas reales de la gente contra el poder»⁴³. La trayectoria que siguió la política irlandesa a partir de la crisis cuenta su propia historia: la línea divisoria entre los que dieron su apoyo a los tratados europeos y los que hicieron campaña en contra se sitúa casi exactamente en la división actual entre los que abogan por una sumisión a la Troika y los que están dispuestos a desafiar su autoridad.

La clase descartada

Tras la confianza de O'Toole en sujetos absolutamente inapropiados para hacer reformas, desde el Partido Laborista a la Unión Europea, subyace una comprensión inadecuada del electorado social que puede ser movilizado por tal programa. *After the Ball* enumera una serie de grupos marginales que quedaban «fuera» del Tigre Celta irlandés: mujeres y niños, gays y lesbianas, inmigrantes y solicitantes de asilo, *travellers* [nómadas irlandeses] y personas con diversidad funcional. No cabía duda de la discriminación que sufrían estos sectores sociales, pero había un grupo que destacaba por su ausencia: la clase obrera. O'Toole podría haber razonado que en Irlanda, como en otros lugares, los asalariados estaban lejos de constituir un estrato social monocromo cuya experiencia vital fuera más o menos idéntica: pero lo mismo se podría decir *a fortiori* de las mujeres o los niños, lo que no le impidió incluirlos en la lista de los que sufrían discriminación en la sociedad irlandesa. En *Post Washington*, Kinsella y O'Toole descartaron el concepto en su totalidad como una reliquia del pasado: «En nuestras

⁴³ F. O'Toole, «The real fight has always been to achieve social justice», *Irish Times*, 3 de junio de 2008.

sociedades posindustriales no tiene casi sentido hablar de una clase obrera en los términos del siglo XIX [...], la sociedad del siglo XXI puede dividirse en tres sectores sociales: una elite rica, una clase baja y una clase media enorme con diferentes estratos»⁴⁴.

De este pasaje se podría deducir que el análisis de clase no ha evolucionado desde el *Manifiesto comunista*, no ha hecho ningún intento de lidiar con las mutaciones en el terreno social del capitalismo avanzado. Ralph Miliband, entre otros, defendió una definición de la clase obrera como «todas aquellas personas cuya *fuerza de trabajo* principal, y normalmente única, es la venta de su fuerza de trabajo o las prestaciones del Estado, o ambas; cuyo *nivel de ingresos* les sitúa en los grupos de ingresos más reducidos; y cuyo *poder individual* en el trabajo y en la sociedad en general es bajo o casi inexistente». Miliband se refirió también a la presencia de una clase media baja subprofesional, cuyos miembros estarían más dispuestos a aliarse con la clase obrera propiamente dicha de lo que había estado dispuesta la pequeña burguesía tradicional, y que también podían entrar en la lucha laboral por sí solos⁴⁵. Se puede aceptar o rechazar estas definiciones, pero claramente representan un cambio de la imagen estereotipada del proletariado industrial victoriano a la que aludían Kinsella y O'Toole, y las mismas ofrecen un fundamento mejor para la acción política que la idea de una inmensa clase media, sin estratos especificados, que se sitúa por encima de un subproletariado empobrecido y excluido.

Para O'Toole era más fácil mantener esas nociones debilitadoras durante los años de auge, cuando el número de días perdidos por huelgas cayeron a mínimos históricos, especialmente gracias al sistema de acuerdos salariales nacionales conocidos como «cooperación social». La breve referencia de O'Toole a este proceso en *After the Ball* le da un giro positivo: al adoptar el corporativismo, los dirigentes sindicales de Irlanda habían demostrado tanto un pragmatismo inteligente como un interés por la justicia social⁴⁶. Cuando un grupo de maquinistas de tren que se habían apuntado a una escisión sindical se quedó fuera del acuerdo en el año 2000, O'Toole reaccionó con un ataque incisivo contra los huelguistas acusándoles de pretensiones «aristocráticas» y comparando su liderazgo sindical «anticuado» con la sabiduría que se encontraba en los otros sectores del movimiento sindical irlandés:

⁴⁴ F. O'Toole, *Post Washington*, cit., p.39.

⁴⁵ Ralph Miliband, *Divided Societies: Class Struggle in Contemporary Capitalism*, Oxford, 1989, pp. 22-23, 47 (en cursiva en el original).

⁴⁶ F. O'Toole, *After the Ball*, cit., p. 26.

«Sutil, sofisticado y político en el sentido más amplio»⁴⁷. El análisis retrospectivo de su colega Gene Kerrigan sobre el experimento corporativo es mucho más certero:

Aunque la «cooperación social» produjo estabilidad, dio a los líderes sindicales cierto estatus y permitió que estos pudieran presumir de algunos logros sociales, hubo que pagar un precio. La sociedad era cada vez más desigual. La afiliación a los sindicatos bajaba. Era más difícil organizar al creciente número de trabajadores temporales y a tiempo parcial; un número cada vez mayor de empresas estaba activamente en contra del sindicato. Entre las bases, donde no había nada que hacer excepto aceptar los acuerdos negociados por los líderes sindicales, el músculo del movimiento se había quedado atrofiado. Toda una generación de cargos sindicales no había tenido nunca la experiencia de organizar una huelga o una campaña de ningún tipo y tampoco era muy hábil en el proceso de reclutamiento. La afiliación a los sindicatos en 1980 representaba el 55 por 100 de la fuerza de trabajo. En 1999, era el 38 por 100. En 2010, llegaría al 31 por 100⁴⁸.

El corporativismo tuvo también un efecto funesto sobre las organizaciones comunitarias de la clase obrera, que habían supuesto un desafío significativo para el Estado y sus prioridades en la década de 1980 antes de ser absorbidas y neutralizadas durante el periodo subsiguiente mediante la utilización de los fondos del Gobierno para empujar a dichos grupos fuera de las campañas políticas y hacia la provisión de servicios. El auténtico legado de los años de «cooperación» fue haber abierto la puerta al *thatcherismo* furtivamente, al contrario de lo que sucedió en Gran Bretaña: evitando el trauma de la derrota, pero también el recuerdo de la lucha. La debilidad relativa de la movilización social en Irlanda desde 2008 no puede entenderse sin tener en cuenta estos antecedentes. Sin un movimiento obrero dinámico en el centro del bloque social capaz de imponer sus demandas al sistema político irlandés, no había ninguna posibilidad de que el programa para las reformas de O'Toole se plasmara en algo real.

⁴⁷ F. O'Toole, «Train drivers' mystique no longer makes sense», *The Irish Times*, 15 de agosto de 2000. La polémica de O'Toole, por otra parte, profundamente convencional, estaba salpicada de algunos comentarios excéntricos sobre el lugar de los trenes en la cultura popular («en algún lugar del imaginario de los hombres mayores de cuarenta años, el maquinista de una locomotora cabalga eternamente sobre los raíles»), lo que le pareció muy divertido al líder de la huelga Brendan Ogle: B. Ogle, *Off the Rails: The Story of ILDA*, Dublín, 2003, pp. 222-223.

⁴⁸ Gene Kerrigan, *The Big Lie: Who Profits from Ireland's Austerity?*, Londres, 2012, p. 29. Kerrigan, que escribe en el *Sunday Independent*, el periódico superventas de Irlanda, está más cercano en términos políticos a O'Toole que cualquier otro columnista de los medios de comunicación irlandeses. Sus diferentes puntos de vista sobre la «cooperación social» pueden reflejar un salto generacional: Kerrigan es mayor que O'Toole y comenzó su carrera periodística escribiendo en la publicación trotskista *Worker* durante la época dorada de la militancia obrera irlandesa en la década de 1970.

Después de la crisis

El espectacular ascenso de Irlanda a lo más alto de la escala europea fue seguido por una caída igualmente dramática después de que el colapso de Lehman Brothers precipitara una debacle financiera global. La economía irlandesa sufrió la mayor caída en el PNB de cualquier nación industrializada durante los primeros tres años de la crisis, a la vez que el desempleo crecía del 4,6 por 100 en 2007 al 14,2 por 100 en julio de 2011⁴⁹. El coste de rescatar a los bancos principales creció exponencialmente, alcanzando finalmente los 70.000 millones de euros: un pasivo aplastante para una de las economías más pequeñas de la zona euro. En 2013, Eurostat estimó que Irlanda había absorbido el 42 por 100 del coste *total* de la crisis bancaria europea: una parte mayor que la de Alemania, incluso en términos absolutos, y muchísimo mayor cuando el tamaño de sus economías respectivas se tomaba en cuenta⁵⁰. El coste prohibitivo de la garantía bancaria, ahora considerada infame, dejó a Irlanda en manos de la Troika a finales de 2010, enterrando para siempre el triunfalismo de los años de auge económico.

O'Toole respondió a esta calamidad con un giro hacia la izquierda justo cuando *The Irish Times* estaba virando en la dirección opuesta. Con el declive del poder eclesiástico desde la década de 1990, el periódico había perdido el perfil discrepante que podía haber tenido en el pasado, y su contingente de izquierda residual fue erosionado gradualmente por fallecimientos o jubilaciones, dejando a O'Toole como una voz aislada en las páginas editoriales, donde prevalecían el amiguismo y la complacencia. El propio O'Toole fue ignorado a la hora de buscar un nuevo director cuando Conor Brady lo dejó en 2002: el consejo de dirección optó en su lugar por Geraldine Kennedy, una antigua diputada de los Demócratas Progresistas. La depresión que comenzó en 2008 ha visto a *The Irish Times* dar rienda suelta a su naturaleza conservadora de siempre como el autoproclamado defensor de «la clase media irlandesa» y el principal hinchador de la Troika. Los articulistas más influyentes del periódico han defendido continuamente un cambio de régimen permanente en la esfera económica que arrebatara todas las decisiones importantes de las manos de los políticos electos como protección contra las tentaciones «populistas».

⁴⁹ Stephen Kinsella, «Is Ireland really the role model for austerity?», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 36, núm. 1, enero de 2012.

⁵⁰ Anne Cahill, «42 per cent of Europe's banking crisis paid by Ireland», *Irish Examiner*, 16 de enero de 2013.

En este escenario, las obras de O'Toole posteriores a la crisis sobresa- len todavía más. *Ship of Fools* se publicó en 2009, seguido de *Enough Is Enough* en 2010 y *Up the Republic* en 2012: el último título es una colec- ción de ensayos editada por O'Toole en la que sus propias contribuciones representan una cuarta parte del libro. *Ship of Fools* presenta la explica- ción del autor sobre la crisis, mientras que los dos siguientes responden a la petición de un programa alternativo que pueda servir de guía a una acción política constructiva. Además, O'Toole ha continuado escribiendo su columna semanal en *The Irish Times* y ha tenido con regularidad apa- riciones en la radio y la televisión cuestionando la respuesta del Gobierno a la crisis. Su análisis ha sido probablemente la alternativa más influyente ante el consenso sofocante compartido por los tres partidos principales y el grueso de los medios de comunicación irlandeses.

Ship of fools supuso una acusación virulenta de los políticos, banque- ros y constructores que habían destrozado la economía irlandesa. Los Gobiernos del Fianna Fáil que habían gobernado de 1997 a 2011 habían «practicado la economía de la estupidez supina, viendo cómo una explosión controlada del crecimiento se convertía en una conflagración demencial y tratando de apagar el fuego con gasolina»⁵¹. Habían apo- yado la caótica burbuja inmobiliaria al proporcionar incentivos fiscales lucrativos a los constructores, desembolsando 330 millones de euros de dinero público para subsidios a la construcción de hoteles para los que no había demanda y 2.000 millones de euros en planes de «renovación» que construyeron hogares donde nadie quería vivir. En 2006 el sector de la construcción representaba el 19 por 100 del empleo total y casi un cuarto del PNB irlandés: el doble de la media en Europa Occidental⁵².

Tales prácticas venían de lejos. O'Toole repasó la tolerancia del esta- mento gobernante ante la evidente delincuencia presente en el sector financiero durante la década de 1970 y 1980: una época en la que el Estado perdió miles de millones de ingresos tributarios a causa de varias maquinaciones concebidas para evadir impuestos organizadas por sus propios bancos ante las que los inspectores del Gobierno reaccionaban

⁵¹ F. O'Toole, *Ship of Fools: How Stupidity and Corruption Sunk the Celtic Tiger*, Londres, 2009, pp. 19-20.

⁵² *Ibid*, pp. 116-118. La cuota de la construcción en la economía española repre- sentaba el 15,7 por 100 del PIB en 2007. La cifra europea se expresa también en términos de PIB: debido a los precios de transferencia y a la repatriación de los beneficios de las compañías extranjeras; el PNB es un marcador más útil para la economía irlandesa (como excepción en Europa Occidental, el PNB de Irlanda es significativamente más bajo que su PIB).

ante la evidencia de los delitos con todo el tacto y la discreción de «una tía soltera que cotillea la ventana de un vecino y sin querer le observa disfrutando de una fiesta privada e íntima»⁵³. El *modus operandi* de la banca irlandesa no había cambiado en absoluto entre tanto, aunque sus dirigentes se habían hecho indudablemente más ambiciosos: Anglo Irish, la lucha de los constructores, que dejaría deudas estratosféricas que habrían de ser pagadas con dinero público después de la crisis, vio cómo sus activos se incrementaban de 15.800 millones de euros en 2001 a casi 100.000 millones siete años más tarde, incluyendo 44.000 millones de euros, tan solo en Irlanda⁵⁴, en concepto de préstamos inmobiliarios que pronto demostrarían no tener ningún valor. La misma cultura de impunidad se aplicó en una escala superior en el International Financial Services Centre (IFSC). Inaugurado con grandes fastos por el Gobierno de Charles Haughey a finales de la década de 1980, el IFSC proporcionó todos los beneficios de un paraíso fiscal sin el estigma de estar ligado a micro-Estados como Bermudas o las Islas Caimán. En 2005, tres cuartas partes de toda la inversión extranjera fue destinada a este centro, que se convirtió en el centro neurálgico de «una espectacular triple corona tricontinental del trapicheo: el fraude más grande de Europa, la quiebra más grande de la historia australiana y una estafa de 500 millones de dólares en Estados Unidos»⁵⁵.

Peculiaridades de los irlandeses

Además de codicia e incompetencia, ¿cuáles fueron las causas profundas que identificó O'Toole? En el capítulo inicial del libro señaló que la crisis había sido «inducida por un cóctel letal de ideología global y costumbres irlandesas»⁵⁶. La ideología aludida era, huelga decirlo, la del capitalismo neoliberal de libre mercado, que había elegido a Irlanda como uno de sus grandes triunfos durante la bonanza económica. Pero cuando llegó el momento de juntar las piezas de su narrativa, O'Toole cargó todo el peso de la explicación en la otra cara de la cuestión, refiriéndose a los rasgos culturales irlandeses, anclados en «fantasmas del siglo XIX», como el factor decisivo:

Una primitiva ansia de propiedad territorial premoderna creó el nuevo feudalismo en el que una elite infló los precios del suelo y provocó un auge fatal de la propiedad inmobiliaria. El sistema político, encarnado de manera

⁵³ *Ibid.*, p. 57.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 197-198.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 126, 140. El fraude: Parmalat. La quiebra: HIH Insurance. La estafa: AIG.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 23-24.

especial por el Fianna Fáil, permaneció anclado en la maquinaria política del Tammany Hall del Partido Demócrata de los irlandeses estadounidenses del siglo XIX [...], en los negocios y especialmente en la banca, subsistió una actitud anárquica ante la ley y la moralidad, anclada tanto en la costumbre colonial de tratar de engañar a la autoridad como en una cultura religiosa que consideraba el sexo, en lugar del dinero, como la divisa del pecado [...], los heroicos poderes de la negación, la habilidad para saber y no saber al mismo tiempo, que había sido inculcada por las circunstancias particulares de la historia irlandesa, permaneció intacta⁵⁷.

En esta lectura, el mayor problema de Irlanda había sido su incapacidad para hacerse verdaderamente moderna y sacudirse el polvo del pasado. El efecto de tales observaciones solo podía oscurecer la dinámica social del auge de la construcción irlandesa y fomentar el tipo de fatalismo cultural que O'Toole había deplorado activamente en otros contextos. Las burbujas de los precios de los activos y las crisis financieras han sido características recurrentes de la época neoliberal. En vísperas de la crisis, se podían encontrar mercados inmobiliarios salvajemente hipertrofiados en cuatro países occidentales (Irlanda, España, Gran Bretaña y Estados Unidos) con una amplia gama de idiosincrasias políticas y culturales: grandes y pequeños, protestantes y católicos, monarquías y repúblicas, colonizados y colonizadores. Solo este hecho sugeriría la necesidad de una perspectiva más amplia que la que enfatizaba las «circunstancias particulares de la historia irlandesa».

Esto no es óbice para dejar pasar esos factores que hicieron a Irlanda especialmente vulnerable a tales aficciones. Pero hablar de una «primitiva ansia de propiedad territorial y premoderna» se acercaba de manera incómoda a la palabrería confusa sobre un supuesto «gen irlandés de la propiedad inmobiliaria», que se ha convertido en una coletilla para los expertos conservadores. En un momento determinado, O'Toole afirmó, sin proporcionar su fuente, que «el 87 por 100 de las unidades familiares irlandesas son propietarias de sus hogares, comparado con una media de la Unión Europea del 61 por 100»; sin embargo, Eurostat daba una cifra del 78 por 100 para 2007 contra una media europea del 73,6 por 100, situando a Irlanda en decimotercer lugar de los 29 países citados⁵⁸. La excepción irlandesa en este campo está muy exagerada. Si hay una tendencia superior hacia la propiedad de la vivienda en algunos

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 214-215.

⁵⁸ *Ibid.*, p.102; *Europe in Figures: Eurostat Yearbook 2010*, Luxemburgo, 2010, p.332. Los veintinueve países citados eran los veintisiete de la Unión Europea más Islandia y Noruega; la media para la Unión Europea de los 15 era del 71 por 100.

países europeos, no hace falta buscar sus raíces en una vinculación primordial a la tierra derivada de memorias ancestrales de desposesión; se pueden identificar causas más inmediatas, particularmente el deterioro de la vivienda pública provocado por sucesivos Gobiernos irlandeses⁵⁹.

Podría decirse que una versión más selectiva del «gen de la propiedad inmobiliaria» afecta a los miembros de la elite empresarial irlandesa. Mientras que los préstamos bancarios aumentaron el 466 por 100 en el espacio de una década después de que el impuesto sobre las ganancias de capital fuera recortado drásticamente en 1998, solo el 2,5 por 100 de esos fondos fueron hacia el tan cacareado sector de la industria de alta tecnología; la construcción y el sector inmobiliario atrajeron el 28 por 100, mientras que la propiedad comercial inmobiliaria absorbió la parte del león⁶⁰. Pero la avalancha hacia la especulación inmobiliaria fue posibilitada por la gran afluencia de capital de los bancos de Estados Unidos, Reino Unido y la zona euro, que eliminaron cualquier barrera a la expansión del crédito que podría haber sido impuesta por el tamaño de la economía irlandesa. La «actitud anárquica ante la ley y la moralidad» a la que O'Toole se refiere también era característica de la práctica bancaria de Wall Street y la City de Londres, donde no se debía a la doctrina religiosa católica o a la herencia del colonialismo. La rotación de personal entre los bancos de inversión principales y el Departamento del Tesoro de Estados Unidos se llevó a cabo con una jovial desvergüenza que eclipsó los notorios tenderes de captación de fondos del Fianna Fáil. Este rasgo de la cultura política estadounidense tuvo un impacto mucho mayor sobre la burbuja inmobiliaria de Irlanda que la influencia de Tammany Hall.

No hubo nada especialmente irlandés en una burguesía que canalizó gran parte de su riqueza hacia la especulación financiera e inmobiliaria, ni tampoco en un Estado que trabajó sin descanso para facilitar tales inclinaciones. La principal maldición de Irlanda no ha sido la modernización incompleta, sino su entrega total a la «modernidad» en su forma predominante: el capitalismo financiarizado neoliberal. Desde la crisis no se ha podido discernir un cambio de vocación. El Ministerio de Medio Ambiente decidió arrendar el excedente de viviendas de los constructores privados, en lugar de comprarlo directamente. No estaba en juego ningún ahorro del coste, pero la lógica de clase era impecable, tal

⁵⁹ Conor McCabe, *Sins of the Father: The Decisions that Shaped the Irish Economy*, Dublín, 2013, pp. 32-60.

⁶⁰ Seán Ó Riain, «The Crisis of Financialization in Ireland», *Economic and Social Review*, vol. 43, núm. 4, invierno de 2012.

como observaron Peadar Kirby y Mary Murphy: «Al optar por arrendar en lugar de comprar estas casas, esta política rescata a los constructores y transfiere la riqueza nacional del Estado al sector privado, en lugar de actuar como un mecanismo de reconstrucción del parque de vivienda social nacional»⁶¹. Las ambiciones de la clase gobernante van más allá de generar otra burbuja inmobiliaria doméstica: los planes en marcha ahora pretenden complementar el IFSC con un «Centro de Servicios de la Propiedad Internacional» que podría convertirse en un «centro global de excelencia» para dicha actividad⁶². El énfasis de O'Toole en los «fantasmas del siglo XIX» solo desvió la atención de estos cambios impecablemente modernos.

Una república nueva

O'Toole describió su siguiente obra, *Enough Is Enough*, como una respuesta a la pregunta más recurrente en la gira de promoción de *Ship of Fools*: «¿Y ahora qué hacemos?». El libro lleva el subtítulo *How to Build a New Republic*, preparando el terreno para señalar su predilección por «la democracia republicana» como base de una política alternativa. El libro comienza con una anécdota sobre Samuel Beckett que también aportaría el título a su siguiente obra. A Beckett le habían pedido una contribución a un importante volumen en el que los escritores tomaban partido sobre la Guerra Civil española: su respuesta «típicamente lacónica» fue enviar una postal con el mensaje UPTHEREPUBLIC! [¡VIVALAREPÚBLICA!]. Sin embargo, tal como observó O'Toole, esta clara declaración de apoyo a la causa republicana «también llevaba algo más que era típico de Beckett, una ironía sardónica»:

Al apropiarse de un eslogan irlandés que había sido utilizado tanto por el Sinn Féin como por el Fianna Fáil, y que tenía poco atractivo para él, Beckett estaba riéndose tanto de sí mismo como de Irlanda. Sabía muy bien que ser un republicano en Irlanda significaba algo bastante diferente de lo que significaba en un contexto europeo más amplio. Beckett resumió así en trece letras la extraña situación de un país en el que las personas que se consideraban a sí mismas republicanas podían estar en desacuerdo con las realidades políticas de la propia República⁶³.

⁶¹ Peadar Kirby y Mary Murphy, *Towards a Second Republic: Irish Politics after the Celtic Tiger*, Londres, pp. 133-134.

⁶² Presumiblemente, el funcionario que ideó este plan utilizó el mítico gen de la propiedad inmobiliaria como coartada: «Consideramos esto una manera de proporcionar una salida a la obsesión irlandesa por la propiedad, históricamente tan individualizada, para que se profesionalice», Aubrey Robinson, «The Reboot of Irish Property Finance», *Irish Left Review*, vol. 1, núm. 2, otoño de 2013.

⁶³ F. O'Toole, *Enough Is Enough: How to Build a New Republic*, Londres, 2010, p. 21.

Las personas familiarizadas con la historia de Irlanda recordarían que unos pocos años más tarde, cuando Beckett trabajaba como correo de la Resistencia de la Francia ocupada, los líderes de lo que quedaba del IRA habían contactado con el espionaje alemán y estaban cooperando con agentes del Tercer Reich. Este episodio subrayaba la ambigüedad del «republicanismo» en el contexto irlandés: muy a menudo, el término ha sido sinónimo de nacionalismo militante; sin embargo, su asociación con una forma particular de gobierno ha sido mucho más débil. La alusión a Beckett pretendía limpiar el objetivo neorrepblicano de O'Toole de tales connotaciones, pero en la búsqueda de un contrapeso histórico que reforzara su programa se lanzó, a pesar de todo, a la búsqueda de material en la tradición republicana existente. En *Up the Republic!* comparó favorablemente el manifiesto feniano de 1867 con la más conocida proclamación de Pascua de 1916:

No se invoca a Irlanda como una entidad abstracta, llamando a «sus hijos a defender su bandera». Las referencias de 1867 al país son concretas: «el suelo de Irlanda»; «el pueblo irlandés». Por otra parte, la proclamación de 1867 menciona ciertas cuestiones ausentes en 1916: una forma republicana de gobierno (tanto contra la «oligarquía» como contra «la maldición del gobierno monárquico»); la injusticia económica («la opresión de la clase obrera»); y la igualdad económica («Nuestro objetivo es fundar una república basada en el sufragio universal, que asegure a todas las personas el valor intrínseco de su trabajo»). Para más inri, la proclamación de 1867 se resiste a incluir ideas de solidaridad religiosa o étnica como base para la República de Irlanda. Es explícitamente laica: «Nos declaramos también a favor de la absoluta libertad de conciencia y la completa separación de Iglesia y Estado». Y no crea una simple oposición entre «irlandés» e «inglés». Declara la guerra a «las langostas aristocráticas, ya sean inglesas o irlandesas, que se han comido el verdor de nuestros campos»⁶⁴.

Enough Is Enough convirtió el Programa Democrático, adoptado por el Parlamento proscrito de Irlanda durante la Guerra de la Independencia, en una de sus referencias fundamentales, citando las promesas del documento de establecer un servicio de salud pública y ocuparse del bienestar de los niños y los mayores, en lugar del «sistema de las *Poor Laws* odioso, degradante y extranjero» que había sido establecido bajo el dominio británico⁶⁵.

La búsqueda por parte de O'Toole de puntos de referencia en el legado feniano daba una idea de hasta qué punto la crisis había hecho que las antiguas certezas se tambalearan. Sin embargo, su excursión a través de la historia llevaba todavía la pesada huella del dogma revisionista.

⁶⁴ F. O'Toole (ed.), *Up the Republic! Towards a New Ireland*, Londres, 2012, p. 12.

⁶⁵ F. O'Toole, *Enough Is Enough*, cit., pp. 22-23.

Cuando O'Toole echaba la culpa de la división de Irlanda exclusivamente al nacionalismo irlandés, citando la advertencia de James Connolly de que llevaría a un «carnaval de reacciones» en ambas partes de la isla dividida, no daba a los lectores sentido alguno de lo que Connolly quería decir realmente⁶⁶. Criticó a la clase política del sur que se oponía a la división de Irlanda, de quienes se decía que habían creado «el sentimiento de que el Estado irlandés era un acuerdo temporal; como mucho, una mera estación de paso en el camino hacia una auténtica república para Irlanda Unida que surgiría en algún momento del futuro»⁶⁷. Este punto de vista exageraba el grado en el que la mayoría de los políticos del sur se involucraba en realidad en el tema de la unidad irlandesa como un objetivo alcanzable. O'Toole ignoraba una barrera mucho más importante para el logro de las esperanzas progresistas gestadas durante la lucha de la independencia nacional y que se codificaron en el Programa Democrático. La guerra civil de 1922-1923 terminó con el triunfo de los elementos más conservadores de la sociedad irlandesa del sur, que habían apoyado a las fuerzas favorables al tratado: el Estado Libre que surgió del conflicto respondía a la necesidad de tener un gobierno que estuviera decidido a mantener el orden social ante los desafíos desde abajo: notoriamente, del movimiento sindicalista, que había crecido espectacularmente cuando el levantamiento republicano estaba en su apogeo. Una carta redactada por el jefe de Gabinete del Estado Libre, Eoin O'Duffy, en agosto de 1922, iba al fondo de la cuestión: «Si el Gobierno es capaz de aniquilar esta revuelta, cualquier intento de insurrección por parte del laborismo en el futuro será fútil»⁶⁸. Para O'Toole, dada su gran desconfianza en el republicanismo de corte irlandés, tales cuestiones siguieron siendo un tabú.

⁶⁶ *Ibid*, p.24. El fundador del marxismo irlandés había llamado a la resistencia radical ante una medida que estaba destinada, según él, a tener consecuencias desastrosas: «Este plan [...] significará un carnaval de reacciones, tanto en el norte como en el Sur, hará que las ruedas del progreso retrocedan, destruirá la futura unidad del movimiento obrero irlandés y paralizará todos los avances mientras dure. El Partido Laborista debe plantarle cara radicalmente, el Partido Laborista en el Ulster debe luchar contra él hasta la muerte, si fuera necesario», Peter Berekford Ellis (ed.), *James Connolly: Selected Writings*, Londres, 1997, p. 275. Hubo una vena marxista en la historiografía revisionista, principalmente representada por Paul Bew y Henry Patterson, que se posicionó en contra del pensamiento de Connolly sobre la cuestión nacional. El punto de vista de O'Toole sobre la división debe mucho más a Bew y Patterson, cuya erudición ha ponderado en varias ocasiones, de lo que debe a Connolly (desde entonces Bew ha cambiado las teorías althusserianas de sus primeras obras por un escaño en la Cámara de los Lores nombrado por los unionistas).

⁶⁷ *Ibid*, p. 30.

⁶⁸ Charles Townshend, *The Republic: The Fight for Irish Independence*, Londres, 2013, p. 432.

La ofensiva principal de la argumentación de O'Toole en *Enough Is Enough* fue evocar un nuevo orden político que encarnara el espíritu de los valores republicanos de una forma que su predecesor nunca había conseguido. Esta petición de reforma constitucional podía apuntar en dos direcciones. La construcción de un nuevo marco político en países como Bolivia o Venezuela había formado parte de una insurgencia cívica amplia contra el poder de las elites tradicionales. Sin embargo, los analistas que habían convertido «reforma» en una palabra de moda desde 2008 no habían pensado en tales modelos. Una sucesión aparentemente interminable de editoriales en *The Irish Times* había tapado la verdadera cuestión de quién ejercía el poder en la sociedad irlandesa, proponiendo en su lugar el tipo de juego institucional que cambiaría todo para que todo permaneciese igual. La transición de Italia hacia la Segunda República, pensada para asegurar la «normalización» de su cultura política y que, sin embargo, se encontró al servicio de un canalla libidinoso de bronceado permanente, ofrece un precedente significativo de tales frivolidades.

El programa de O'Toole para la reconstrucción política (un sistema electoral nuevo, comités parlamentarios más fuertes, devolución del poder al gobierno local) no podía ser desechado con tanta facilidad al estar ligado a un programa económico serio que planteaba las cuestiones de la vivienda, el servicio de salud, las pensiones y la educación. *Enough Is Enough* terminaba con una lista de cincuenta propuestas de acción que incluían el comienzo del seguro médico universal, en lugar del modelo de dos niveles existente, que segrega a los pacientes según sus ingresos, y un programa de choque de vivienda social, que sería financiado con el dinero actualmente desviado a los suplementos de renta y beneficios fiscales de los propietarios inmobiliarios particulares⁶⁹. El objetivo perseguido era admirable: detener y cambiar el sentido de la transformación de bienes públicos en mercancías proporcionadas por medio del mercado, al establecer un sistema de provisión universal basado en la necesidad más que en la capacidad de pago. Sin embargo, la apuesta de O'Toole por la democracia republicana fue detenida en el umbral de las salas de juntas. Dio por supuesto que las empresas privadas seguirían siendo los actores dominantes de la vida económica, al proponer simplemente que «a nadie se le debe permitir estar en las juntas de más de tres empresas con cotización en bolsa» y apelando al propio interés ilustrado

⁶⁹ F. O'Toole, *Enough Is Enough*, cit., pp. 240-244. Una omisión sorprendente de la lista de reformas fue una ley coherente de reconocimiento de los sindicatos, que podría haber proporcionado un puente entre el programa de O'Toole y el poder social necesario para llevarlo a cabo.

del capital irlandés: «El enfrentamiento entre la actividad comercial exitosa, por una parte, y la honradez, por otra, no es solo equivocado, sino fatal. Los negocios sostenibles a largo plazo no se levantan sobre las oportunidades aprovechadas, el encubrimiento de fraudes, ineptitudes y la repetición de los mismos crasos errores una y otra vez»⁷⁰.

En un momento en el que el sector bancario irlandés era totalmente dependiente de la financiación pública para sobrevivir, resultaba reveladora la reticencia de O'Toole a tener en cuenta toda extensión de los principios republicanos al centro de trabajo. Su propio ensayo *Up the Republic!* identificaba varios «ismos» que habían impedido a Irlanda convertirse en una auténtica república (catolicismo, nacionalismo, localismo, clientelismo, incluso mercantilismo), pero dejaba fuera el capitalismo⁷¹. El análisis más extenso de los asuntos económicos en el libro, una contribución del filósofo político irlandés Philip Pettit, se ocupaba principalmente de atacar la propiedad pública de los bancos. Se decía que «una larga tradición» imponía la conclusión de que «los asuntos de todos no son de nadie y que, en general, como señala Aristóteles, la gente cuida mejor su propiedad que lo que pertenece a todos»⁷². Si prescindimos de sus referencias filosóficas, el artículo de Pettit simplemente reafirmaba el dogma más manido de «lo privado = bueno, lo público = malo» en un registro más elevado, defendiendo que la regulación gubernamental de la economía sería suficiente para contener sus tendencias destructivas e ignorando la captura sistémica de tales reguladores por la elite bancaria: también en Irlanda⁷³.

Aguas sin explorar

Tras haber ignorado totalmente el tema en *Ship of Fools* y *Enough Is Enough*, O'Toole sacó a colación con cautela la cuestión de Europa en *Up the Republic!*, señalando que el estatus actual de Irlanda «no era diferente del tipo de autonomía que se suponía que entraría en vigor en 1914: autonomía local sin control fiscal o presupuestario. Excepto que dicho control no reside en Inglaterra, sino en Alemania»⁷⁴. Su tenaz eurofilia se quebró finalmente tras el anuncio de los términos impuestos por la Troika en su programa de rescates en noviembre de 2010: «El sádico placer del castigo ha triunfado sobre la sensata

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 235, 233.

⁷¹ F. O'Toole, *Up the Republic!*, cit., pp. 33-38.

⁷² *Ibid.*, pp. 174-175.

⁷³ El mismo O'Toole proporcionó una documentación amplia de tal complicidad en el caso irlandés: F. O'Toole, *Ship of Fools*, cit., pp. 146-148.

⁷⁴ F. O'Toole, *Up the Republic!*, cit., p. 10.

apreciación de que una Irlanda esclavizada por la deuda no sirve de nada a nadie [...], el aberrante acuerdo de ayer convierte la vergüenza de Irlanda en el oprobio de Europa»⁷⁵. En 2012, O'Toole instaba a sus lectores a rechazar el tratado fiscal de la Unión Europea, calificando un voto al «NO» como «un acto responsable de ciudadanía europea, que alentaría el cambio de dirección sin el que la Unión Europea se destruirá a sí misma»⁷⁶. Sin embargo, este desencantamiento no ha venido acompañado de ningún replanteamiento crítico de sus posiciones previas.

En el ámbito doméstico, las intervenciones de O'Toole desde que la Troika asumió el control de la política económica irlandesa han sido bastante erráticas. Se planteó presentarse a las elecciones generales de 2011 formando parte de una alianza «sin partidos» poco definida que nunca llegó a ponerse en marcha. El Fianna Fáil sufrió la peor derrota de su historia, a la vez que el apoyo a los partidos de izquierda y centroizquierda fue más alto que nunca: el Partido Laborista, por sí solo, ganó el 19 por 100 de voto. Tras las elecciones, O'Toole habló de la necesidad de «una reafirmación radical de la soberanía irlandesa, una revuelta popular, no solo contra el Fianna Fáil, sino contra el rescate bancario y también contra el acuerdo UE-FMI» y advirtió al Partido Laborista que pagaría caro su entrada en el Gobierno con el Fine Gael⁷⁷. Como era de prever, la dirección del partido ignoró su consejo. El entusiasmo con el que los ministros laboristas se dedicaron a vilipendiar a los desempleados y vender los activos públicos fue equiparable solamente al enfado y el pavoneo con el que respondieron a cualquier crítica. Los votantes emitieron un veredicto apropiado a esta actuación en los comicios europeos de 2014: el apoyo al Partido Laborista se derrumbó y el partido se encontró sobrepasado por la izquierda por el Sinn Féin, con un programa socialdemócrata en contra de la Troika. En su primera columna en *The Irish Times* tras conocerse los resultados, O'Toole pareció haber perdido la esperanza de que el Partido Laborista pudiera redimirse: «Un movimiento progresista amplio prosperará si puede juntar cuatro grandes asuntos (resolver el tema de la deuda, una reforma democrática radical, justicia social y un progreso económico sostenible) en una propuesta

⁷⁵ F. O'Toole, «Abysmal deal ransoms us and disgraces Europe», *The Irish Times*, 29 de noviembre de 2010.

⁷⁶ F. O'Toole, «Treaty a mere clause in contract yet unseen», *The Irish Times*, 22 de mayo de 2012.

⁷⁷ F. O'Toole, «Radical change is what we really need», *The Irish Times*, 1 de marzo de 2011.

coherente [...], el Partido Laborista ha dejado de ser un vehículo creíble para tal propuesta»⁷⁸.

Este es un territorio desconocido para O'Toole, que siempre ha parecido más cómodo posicionándose a la izquierda de la corriente predominante que manteniéndose totalmente fuera del consenso, y sería sorprendente que su giro tras la crisis llegara mucho más lejos. Una observación llamativa de su biografía de Richard Brinsley Sheridan podría aplicarse al propio autor: «Siempre tenía cuidado de hablar *dentro* del lenguaje aceptado por la política contemporánea, de captar las palabras y los pensamientos que pululaban a su alrededor y transformarlos en significados nuevos [...], en lugar de proponer modos alternativos de comprensión o sentimiento, se manejaba únicamente con los que le llegaban, pero tomaba el control y los hacía suyos»⁷⁹. Las limitaciones de este procedimiento retórico son obvias. La amplitud y el calibre de la obra de O'Toole demandan respeto: no hay muchos escritores, si es que hay alguno, en otros países de Europa, con un alcance y un impacto comparable en el debate público. Merecerá la pena, por mucho tiempo, el análisis de sus libros y ensayos, con sus fortalezas y debilidades. Pero se necesitará una crítica más radical de las estructuras de poder irlandesas y europeas para perturbar la complacencia de sus elites.

⁷⁸ F. O'Toole, «From tragedy to farce: Labour's big mistakes in 1918 and 2011», *The Irish Times*, 27 de mayo de 2014.

⁷⁹ F. O'Toole, *A Traitor's Kiss*, cit., pp. 203-204 (en cursiva en el original).

AMBICIÓN VERSUS DEBER

Publicamos aquí dos sucintos artículos incluidos en una sección de *Il Romanzo*, el análisis de la forma novelística editado en cinco volúmenes por Franco Moretti y publicado por Einaudi entre 2001 y 2003, la sección titulada «El paisaje interior» y dedicada a obras del siglo XIX que ejemplifican el nuevo mapa de las pasiones. Uno de ellos, el estudio de Rossana Rossanda que plantea *El idiota* de Dostoievski como una rara representación de la bondad en la literatura, ya fue publicado en NLR 18. En este número, Francesco Fiorentino y Enrica Villari abordan dos valores opuestos, la ambición y el deber, utilizando como ejemplo clásico de la primera *Rojo y negro*, de Stendhal, y *Middlemarch*, de George Eliot, como ejemplo clásico del segundo. Ninguno de estos textos de notable elegancia requiere por separado una introducción específica. Conjuntamente, sin embargo, ofrecen una aguda ilustración de contrastes dentro del universo moral y político de las letras francesas e inglesas en la época posterior a Waterloo. La admiración de Stendhal —nunca ciega— por la figura de Napoleón, a cuyas órdenes sirvió en Rusia, y el aborrecimiento del orden de la Restauración, se hacen explícitos en la narrativa de su novela. Menos conocidas son sus incisivas opiniones sobre la sociedad inglesa, sobre la cual redactó un estudio sistemático tras la última de sus tres visitas a dicho país, en 1826: todavía controlada por una aristocracia egoísta, una clase media impermeable a cualquier idea no conectada con el beneficio, obreros reducidos a máquinas pensantes, una cultura saturada por las compulsiones del trabajo y la religión —«horrible tristesse de l'Angleterre, une vie pure de joie»— cuya habla generalizada era la jerga. Eliot, cuando ayudaba a editar *Westminster Review*, con la que Stendhal tuvo relación en sus tiempos benthamitas, tradujo a David Strauss, a Feuerbach y a Spinoza. Pero el escepticismo religioso nunca se convirtió en radicalismo político: compartiendo la visión de Carlyle sobre la Revolución Francesa, temerosa de la violencia de las masas en 1848, rechazaba incluso a Manzini, a quien consideraba un conspirador peligroso. En la época de sus grandes novelas, siguió siendo una conservadora cautelosa, que aconsejaba a los trabajadores varones que no intentasen medrar y declinaba cualquier apoyo al sufragio femenino. Para ella la figura de la ambición era un intrigante sin escrúpulos, como el villano personaje de *Romola*. Su antítesis era el modesto sentido del deber, libremente elegido y practicado mejor en la vida personal, que se convierte en la ética de *Middlemarch*. Era una lección compatible con la sociedad victoriana, cuya reina se encontraba entre los admiradores de Eliot. Enrica Villari acaba su interesante reflexión sobre la novela con un pasaje de un defensor francés de la visión que Eliot tenía del mundo, contraponiéndola a la de Zola. El primer crítico que planteó una teoría darwiniana de la evolución literaria, Ferdinand Brunetière, es hoy recordado principalmente por ser uno de los principales defensores del veredicto contra Dreyfus.

FRANCESCO FIORENTINO

LA AMBICIÓN

Rojo y Negro

LA AMBICIÓN FUE durante mucho tiempo objeto de censura, un motivo de vergüenza¹. No podemos pronunciar la palabra «ambicioso» —escribía La Mothe Le Vayer a mediados del siglo XVII— «sin dejar una mancha sobre la persona de la que hablamos, tan indefectible es su connotación negativa»². En cuanto «desmedida pasión por la gloria y la fortuna» (así la definía el diccionario de Antoine Furetière en 1690), la ambición era concebida como una forma de concupiscencia, no por los bienes materiales (como la avaricia) ni por los placeres sensuales (como la lujuria), sino por el poder y lo que se habría denominado éxito. Su objetivo no era tanto el tener como el ser. Desviaba la atención del único bien real, puesto que (nuevamente de acuerdo con Furetière) «la verdadera ambición solo busca la recompensa de la admisión en el cielo». Cualquier otro tipo era condenado por teólogos y predicadores, en consonancia con los pronunciamientos expresos en la bibliografía patristica y en la *Summa Theologica*.

La reprobación religiosa encontró eco en cierta desconfianza laica. El propio Montaigne, en gran medida impasible ante la ambición, aun reconociendo su intensidad como pasión, no mostró consideración alguna por los efectos de la misma. El rechazo de Charron, por su parte, era explícito³. En el Antiguo Régimen, en el que la identidad estaba determinada por el rango, que a su vez estaba determinado por el nacimiento (uno nacía aristócrata, o burgués, al igual que no mucho antes

¹ Esta es una traducción de «L'ambizione: *Il rosso e il nero*», incluido en Franco Moretti (ed.), *Il romanzo*, Roma, 2001, vol. 1.

² François de La Mothe Le Vayer, *Oeuvres*, París, 1662, vol. 2, p. 88.

³ Michel de Montaigne, «La historia de Espurina», en *Ensayos completos*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003; Pierre Charron, *De la Sagesse*, París, 1607, pp. 118-123.

podría haber nacido siervo), la ambición era tabú porque alimentaba un impulso contrario al orden natural y a la voluntad divina. Quienes la deploraban, clérigos o seglares, coincidían en que su principal síntoma era una especie de fiebre ávida, una agitada tensión nerviosa que consumía la vida. A comienzos del siglo XVIII, el gran predicador Massillon dio voz elocuente a este diagnóstico:

La ambición, ese insaciable deseo de elevarse por encima de otros, e incluso un regocijo por la caída de otros, ese gusano en el corazón que le roba la paz; esa pasión que suscita toda intriga y conmoción de la mente, que instiga la revolución en los países y diariamente exhibe al mundo nuevos espectáculos, que se atreve a todo y no cuesta nada, condena a la infelicidad a quien por ella está poseído⁴.

Mientras la novela europea describió solo las pasiones heroicas y las aventuras de la movilidad geográfica –no social–, la ambición no podía constituir una virtud moral de sus protagonistas. Si eran jóvenes, estaban, en todo caso, agitados por otros sentimientos. Pascal, *La Rochefoucauld* y *La Bruyère* coincidían en que la ambición era una pasión de viejos. La antropología de los sentimientos del siglo XVII (a este respecto, también muy distinta de la del siglo XIX) esperaba que los jóvenes se dedicasen al amor. Tanto el decoro como la verosimilitud tendían en consecuencia a excluir la ambición de las novelas. Pero la sociedad y la literatura de la época no podían condenarla sin apelar a una virtud que permitiese una sublimación cristiana y aristocrática de acciones y aspiraciones por lo demás reprobables: los héroes se volvieron «magnánimos»⁵.

El ascenso de los arribistas

El siglo XVIII contempló, como sabemos, la erupción de nuevos protagonistas e ideas en las novelas inglesas y francesas: ya no trataban de pobres pícaros enfrentados a las peripecias de la supervivencia, ni de príncipes que ponían sus conquistas a los pies de la amada, sino de jóvenes de extracción campesina, atractivos para las mujeres, capaces y ansiosos de ascender

⁴ Jean-Baptiste Massillon, «Sermons», en *Oeuvres Choiesies*, París, 1868, vol. 2, p. 438.

⁵ Teorizada primero por Aristóteles, la magnanimidad era –como observaba René-Antonin Gauthier– «un ideal específicamente pagano, opuesto al ideal cristiano de la humildad», que sería combinada con ella, sin embargo, «por Santo Tomás de Aquino, en un asombroso golpe de genialidad» (René-Antonin Gauthier, *Magnanimité*, París, 1951, p. 489). Con ejemplar habilidad jesuita, el renombrado padre Galluzzi sostenía que «la humildad es el reverso de la magnanimidad, no su opuesto». Véase Marc Fumaroli, *Héros et orateurs: Rhétorique et dramaturgie cornéliennes*, Ginebra, 1996.

en la jerarquía social. El *paysan parvenu* de Marivaux, Jacob, sería el primero de una infinita línea de provincianos que consiguen llegar a París para «mejorar y ser alguien»⁶. Un siglo después, Julien Sorel y Lucien de Rubempré tendrán un objetivo similar. Pero Jacob, aun siendo un próspero trepador social, no está representado como un ambicioso: carece del ansia febril y de la astucia estratégica del tipo. El punto de inflexión en su vida se produce por azar. Sale en defensa de alguien atacado en la calle por tres asaltantes, inconsciente de que se trata del conde D'Orsan, sobrino del primer ministro. Actúa por un impulso generoso, y es recompensado precisamente por ser inocente de cálculo alguno. La completa rehabilitación de la ambición está aún lejos. En los protagonistas de las novelas de la segunda mitad del siglo, de hecho, a menudo la ambición mutará en una búsqueda de reforma moral de la sociedad. Dichos protagonistas –la *Nouvelle Heloise* es un ejemplo– parecen haber perdido la espontaneidad de Jacob, su vitalidad campesina libre de neurosis. En esta narrativa, quien está excluido de la buena sociedad no busca una posición en ella: pone en duda los principios en los que se basa dicha sociedad.

Fue la Revolución la que redimió la ambición. Hérault de Séchelles, miembro del Comité de Seguridad Pública, fue autor de una colección de máximas, en el espíritu de Chamford o Laclous, publicada en 1802, ya fallecido el autor, con el título de *Teoría de la ambición*⁷. Para entonces, la ambición había encontrado su protagonista emblemático. No solo había llegado un provinciano de la pequeña nobleza al cargo de emperador de los franceses, sino que toda una generación de talentos había encontrado recompensas muy superiores a los más desafortunados sueños posibles en el pasado: sus hermanos y generales, Bernadotte y Murat, se convertirían en reyes. La trayectoria de Napoleón legitimaba todas las aspiraciones. Cuando él cayó, la Restauración se dedicó a reprimir el lamento de una generación de Juliens Sorels por la desaparición de las oportunidades que sus padres habían disfrutado. La ambición se volvió subversiva. Pero su condena fue tan breve como la propia Restauración. Pronto se transformó en uno de los principios en los que se basaría la sociedad liberal. Dejó de ser el estigma de un alma innoble para convertirse en un don del que el propio Estado podía beneficiarse. Hasta

⁶ Pierre de Marivaux, *Le paysan parvenu* [1735-1736, inacabada], parte V. Los historiadores de la Francia del siglo XVIII coinciden en que, lejos de aumentar, el ascenso social a las filas de la nobleza descendió de hecho durante este periodo: hacían falta al menos cuatro generaciones para conseguirlo. La literatura no reflejaba esta sociedad, en el mejor de los casos, articulaba sus esperanzas y temores.

⁷ Edición más reciente: Hérault de Séchelles, *Théorie de l'ambition*, París, 2005.

su degeneración podía ser redimida, sostenía el más lúcido y coherente teórico francés del liberalismo:

La corrupción que nace de maquinaciones ambiciosas es mucho menos fatal que la derivada de cálculos innobles. La ambición es compatible con mil cualidades generosas: probidad, valentía, imparcialidad e independencia. La avaricia, con ninguna. No podemos excluir a los hombres ambiciosos de los cargos públicos; pero mantengamos a distancia a los avariciosos⁸.

Un nuevo modo novelístico

La novela del siglo XIX se convirtió, en paralelo, en el género literario apto por naturaleza para representar la ambición triunfante en un universo burgués. Había evidentes razones ideológicas para ello, puesto que el sentimiento democrático aportaba energía para el dinamismo de esta sociedad posrevolucionaria, así como uno de los mejores puntos de observación para registrar la resistencia de la realidad al deseo individual. Pero estaba también en funcionamiento una lógica narrativa eminentemente técnica. La ambición es una pasión antilírica, que requiere giros y cambios repentinos: produce relatos. De esta conjunción surgió una forma de narrativa verdaderamente nueva: junto con la novela de amor más tradicional, apareció la novela sobre la ambición. *Rojo y negro* puede considerarse su inauguración.

La famosa interpretación de la novela efectuada por René Girard dio por primera vez visibilidad a la importancia fundamental de Napoleón en el texto⁹. Es el ejemplo de la trayectoria napoleónica lo que anima a Julien en sus ambiciones y lo sostiene en la dura disciplina necesaria para hacerlas realidad. La lejanía entre Napoleón y el espacio del protagonista (en términos de Girard, es un mediador externo, no interno) da al joven un toque de quijotismo: a la sombra de un modelo tan desproporcionado, a menudo parece incongruente, incluso ridículo. Al mismo tiempo, sin embargo, lo libera de cualquier mezquindad. Puede que la grandeza del mediador externo dificulte la percepción de la realidad por parte del protagonista, pero también establece un prototipo elevado en su batalla con dicha realidad.

El ejemplo de Napoleón se le aparece a Julien en los momentos decisivos de su vida. Hace que rechace, en consecuencia, la propuesta de su

⁸ Benjamin Constant, *Principes de politique*, París, 1815, p. 52.

⁹ René Girard, *Mensonge romantique et vérité romanesque*, París, 1961.

amigo Fouqué de abandonarlo todo y retirarse al campo por la idea de que pronto va a cumplir veintiocho años, una edad en la que «Bonaparte había realizado sus mayores hazañas». Estas fechas límite impuestas a sí mismo tienen fuerza coercitiva para Julien. Atento a Napoleón, su ambición asume el chantaje del tiempo. En el jardín de Vergy, inspirado de nuevo por su héroe –y sin mayor enemigo que una encantadora e indefensa dama de provincias–, Julien resuelve tomar de la mano a la señora de Rênal, imponiéndose un reto a sí mismo: «En el momento exacto en el que el reloj marque las diez, haré realidad lo que llevo todo el día prometiéndome a mí mismo hacer esta noche; o subiré a mi cuarto y me volaré los sesos». A las diez, no puede esperar más. La velocidad del ascenso del emperador ha acortado su longevidad. Quienes son jóvenes en una sociedad posrevolucionaria –la juventud moderna– deben realizar sus ambiciones de inmediato, antes de envejecer. Si no, se producen fracasos.

La novela de Stendhal sitúa en primer plano la función esencial del tiempo en los relatos sobre la ambición: no solo del futuro, sino también del pasado, con el que aquellos que prosperan –los *parvenus*– se ven casi siempre atrapados en una relación intensa y perversa. El pasado debe ser enmascarado o mistificado, por constituir una amenaza para el presente. Los vestigios de una condición más humilde no pueden sino poner en peligro las posiciones más elevadas que estos personajes han alcanzado. Es una ley inexorable del ascenso social: el pasado constituye una carga, el peso de una condición inferior que se debe olvidar y, ante todo, conseguir que los demás olviden.

Pero, como señalaba Georges Blin, Julien es atípico a este respecto¹⁰. No reprime el pasado. Puede decirle a Mathilde: «No piense, señorita de La Môle, que he olvidado mi posición en la vida. Le haré entender y sentir que está usted traicionando a un Croisenois por el hijo de un aserrador». Lo que algunos especialistas en Stendhal han denominado complejo de inferioridad¹¹ deriva –como dice Mathilde– de su «vivo e innato sentido de las distinciones sociales», que constantemente hiere su orgullo, haciéndole intolerable cualquier ocultamiento de la desigualdad. Para Julien, discípulo de Rousseau (a quien puede incluso criticar por su condescendiente debilidad por los aristócratas), el mundo está dividido en clases antagonistas.

¹⁰ George Blin, *Stendhal et les problèmes de la personnalité*, París, 1958, tomo 1, pp. 191-205 y en particular p. 199. Es recomendable leer todo el capítulo titulado «Se voir inférieur», un insuperado análisis de esta constante stendhaliana.

¹¹ Empezando por René Schwob, «Notes sur Stendhal», en *Revue Hebdomadaire*, 29 de julio de 1939.

«Ella es buena y dulce –se dice a sí mismo de la señora de Rênal–, siente un vivo afecto por mí, pero ha crecido en el bando de los enemigos. Deben temer sobre todo a los hombres valientes, que, tras una educación decente, carecen del dinero necesario para hacer carrera». En el discurso que pronuncia ante el jurado, reconoce que pertenece a la sección más peligrosa de los «plebeyos»: aquellos que tienen acceso a la cultura, pero no al privilegio. Es a un tiempo un individuo ambicioso y un solitario héroe de la lucha de clases. No quiere encajar, sino ganar. Tras una hipócrita fachada de intachables buenos modales acecha el fuego de la sedición.

Hasta que piensa que ha llegado, Julien –a diferencia de aquellos que en diversas calidades se sienten rebajados al tratar con él– no oculta sus orígenes modestos. El caballero de Beauvoisis no puede admitir que se bate en duelo con un criado; debe fingir que su rival es hijo natural de un amigo del marqués. A su vez, mientras se preparan para convertirse en parientes suyos, el marqués y Mathilde deben borrar el pasado de Julien. Y de ese modo, con un conjuro que solo los poderosos pueden efectuar, Julien Sorel se transforma en el señor caballero Julien Sorel de La Vernaye, y después simplemente en señor de La Vernaye. «Cómo te agradezco, querido padre —comenta Mathilde— que me hayas rescatado del nombre de Sorel». El hijo del aserrador se convierte en hijo de nadie; no solo se trata de un certificado de nacimiento menos comprometedor que la realidad social de su origen, sino también más cercano a la realidad moral de su nueva condición, mientras que él empieza a dudar de si será realmente hijo de su padre.

Julien no puede, sin embargo, escapar de una inexorable ley de la ambición: los orígenes humildes siempre acarrearán el riesgo de que un pasado indecoroso pueda resurgir y deshacer el brillante presente. Su caída se producirá cuando el espacio-tiempo de sus provincianos comienzos en la vida interfiera con el de su éxito material: por la carta que la señora de Rênal le envía al marqués de La Môle.

Cálculo

En la ambición, el futuro –entendido ante todo como la capacidad de predecir y calcular– desempeña una función aún más esencial que el pasado. Cada movimiento encuentra su razón de ser en la contemplación de los movimientos futuros. Un paso erróneo puede arruinar para siempre –o, en cualquier caso, durante mucho tiempo– las oportunidades de avanzar,

devolviendo al participante a la primera casilla. La ambición presenta su aspecto más feroz en dichos cálculos, y Julien solo sigue despertando simpatía porque parece inocente de ellos. La modestia de su punto de partida es tan desproporcionada respecto a sus aspiraciones que estas son necesariamente muy nebulosas («las acciones más heroicas», «hacer cosas extraordinarias»), puesto que es imposible especificar cualquier ruta que conecte dos extremos tan distantes. Otros personajes ambiciosos de la novela –Valenod, Frilair, los seminaristas– tienen objetivos claros y cercanos. Quieren ser alcaldes, obispos, curas de parroquias ricas, y despliegan tácticas adecuadas para alcanzar dichos objetivos. Por el contrario, Julien percibe atisbos de un futuro mejor mediante la fantasía, no mediante el cálculo. Sus acciones parecen guiadas bien por una emulación imposible de Napoleón, bien por una delicadeza de mente que lo lleva a preferir a los mejores entre quienes le rodean, aunque no sean los más capaces de ayudarlo. En el seminario elige, en consecuencia, de confesor al austero abate Pirard, y no al intrigante Castanède, el ayudante que priva a Pirard de autoridad. Esa elección nunca será revocada, aunque pronto demuestra ser un error que lo expone a la persecución. Pero si observamos más de cerca, demuestra no ser en absoluto un error, puesto que gracias a Pirard –a pesar de toda su austeridad, también un *parvenu*– Julien acabará ocupando el puesto de secretario del marqués de La Môle. La elección de Pirard estaba, de hecho, en consonancia con sus aspiraciones, que difieren completamente de sus compañeros seminaristas, muertos de hambre que sueñan con una parroquia humilde en la que poder establecerse, que deben congraciarse –y saben cómo– con los Castanèdes y los Frilairs, a quienes son moral y pragmáticamente afines. Aunque Julien se esfuerza también por agradecerlos, no lo consigue. Su elección de Pirard resulta un gesto productivo, porque es congruente con los elevados objetivos que se ha impuesto a sí mismo. *Rojo y negro* nos demuestra que diferentes tipos de ambición, que exigen elecciones mutuamente incompatibles, pueden coexistir unas junto a otras; que los velocistas pueden compartir la misma pista que los corredores de media distancia, pero no la misma carrera.

En consecuencia, a pesar de que parece no hacerlo, Julien está calculando. El peso del futuro sobre su presente solo aparece en toda su crudeza cuando debe renunciar a cualquier ambición. En la cárcel, la perspectiva de una sentencia de muerte resuelve sus expectativas: «Una a una, hubo de arrancar de su corazón cada una de las esperanzas de su ambición con las fatídicas palabras: voy a morir». La prerrogativa de dejar de perseguir un objetivo –la abolición del futuro– le aligera el

corazón: «Ya no me queda nada que hacer en la tierra», se dijo Julien, y cayó en un profundo sueño». Por primera vez es devuelto a la plenitud del presente: «La vida no le resultaba en absoluto tediosa, lo veía todo bajo una nueva luz, y ya no sentía ambición alguna. Raramente pensaba en la señorita de La Môle». La desaparición de la ambición con la cercanía de la muerte libera a Julien y le permite acceder a la sinceridad.

Quizá sea exactamente el deseo de una ligereza de corazón, alcanzable solo mediante el rechazo de la ambición, lo que explica en parte el intento de matar a la señora de Rênal, cuya motivación parece, de lo contrario, incoherente e inadecuada en la novela. Porque un gesto tan extremo contradice cualquier cálculo. Tras la carta enviada por ella, Julien aún podría haber superado la resistencia del marqués presionando a través de una Mathilde afligida y embarazada. Podría haber negociado una boda apresurada o, al menos, una gran suma de dinero y un discreto traslado a otra parte. Por supuesto, una vez puesta en peligro su posición por la acusación de aventurero que hace su examante, serían necesarios esfuerzos mucho mayores incluso que los del pasado, no ya para adquirir posiciones, sino para recuperarlas, no para progresar, sino sencillamente para no volver a caer. Los regalos del marqués de La Môle a su futuro yerno, que debían procurarle respetabilidad, ya lo han transformado de hecho: «Una fortuna tan imprevista y sustancial para un hombre tan pobre lo hizo ambicioso». Por un golpe de suerte, el hijo de un aserrador, sin ubicación social segura, se ha unido al bando de los privilegiados, y su ambición ha experimentado una alteración. El «Todo está perdido» con el que la carta de Mathilde le informa de las reacciones del padre es entonces moral y material. Al disparar contra la señora de Rênal, Julien se libera a sí mismo de una vez por todas de la responsabilidad de su futuro, y de hacer nuevos cálculos.

El final de Julien

De acuerdo con Michel Crouzet:

Julien se rebajaría a sí mismo si meramente desease algo y lo obtuviese. Suya es la ambigüedad de una ambición sin término positivo, que parece exigir desagravio a una insoportable inferioridad social, en revuelta contra el «horror del desdén», pero que debe despreciar todo lo que delate su propia inferioridad y la superioridad de otros, y todas las ventajas que ellos poseen y él debería exigir. Cuando el juicio llega, ni siquiera quiere deberles la vida a otros¹².

¹² Michel Crouzet, *Le Rouge et le Noir: Essai sur le romanesque stendhalien*, París, 1995, p. 121.

¿Es la de Julien, por lo tanto, una ambición carente de objeto? ¿Podría constituir un mero impulso de corregir la carencia original que deberá permanecer irremediablemente insatisfecha para siempre? Su ambición parece ser, de hecho, producto del orgullo, y agotarse con la conquista de una posición en la que él no necesita temer la burla de los demás. Siempre corre, por lo tanto, el riesgo de la contradicción en sí misma: al exigir el desagravio de una inferioridad, acaba por reconocerla como tal. Si bien podría parecer que esa búsqueda de respeto deja a un lado las cosas materiales, en la realidad social (y en la novela «realista» que pretende representarla) una posición que atrae dicho respeto no es mera cuestión de actitud moral: depende también de la posesión de bienes materiales y privilegios. En la medida en que la renta de Julien se limita a un generoso salario y el prestigio deriva de servir a una familia noble, no hay base suficiente para eso. Pero con un cargo militar, tierras propias, veinte mil francos al año y un nombre aristocrático –además de la perspectiva de casarse con Mathilde–, está garantizado. Julien ha conseguido lo que quería. El final del capítulo xxxiv de la segunda parte es explícitamente una conclusión:

Después de todo, pensó, mi novela está acabada y el mérito es solo mío. He logrado hacerme amar por este monstruo del orgullo –añadió mirando a Mathilde–; su padre no puede vivir sin ella, y ella no puede vivir sin mí.

Bajo esta fría luz se muestra la cruel complacencia del hombre ambicioso, que trata a los otros como meros medios, desprovisto de sentimientos y que se aprovecha de los sentimientos de los demás. Si la novela hubiese terminado aquí, Julien habría sido un trepa social con cierto encanto y pocos escrúpulos, que obtiene lo que desea: todo menos «un arribista que nunca arriba», en una fórmula que gusta a los stendhalianos. Y a su modo habría sido un final feliz.

«Mi novela está acabada»: en la conclusión de su *Bildungsroman*, Julien emplea prácticamente las mismas palabras que Waverley. Para el protagonista de la novela de Walter Scott, marcan el final de la juventud y de la irresponsabilidad¹³. En el caso de Julien, declaran el logro de una posición social. En cuanto piensa que ha llegado, la ambición se convierte en conformismo y su historia pierde potencial novelístico. Esta es en cierta medida la diferencia entre la novela histórica y la realista (y quizá también entre la novela inglesa del siglo XIX, «más moral», y la francesa, «más amoral»).

¹³ «Nuestro viaje ha acabado»: véase Enrica Villari, «Romance and History in Waverley», en Franco Marucci y Emma Sdegno (eds.), *Athena's Shuttle: Myth, Religion, Ideology from Romanticism to Modernism*, Milán, 2000, pp. 106-107.

El verdadero final real de *Rojo y negro*, sin embargo, invierte la postura moral del protagonista. En la cárcel, Julien abandona las ambiciones y asume la sinceridad de sentimientos y relaciones. Si no «llega» a nada es porque ha perdido los deseos de un *arriviste*, que ahora le parecen inferiores. Ante nosotros no se encuentra tanto un vestigio de la antigua incompatibilidad de la ambición con la moral como la prefiguración de una nueva incompatibilidad, que marca la novela futura. Lo que resultará irreconciliable es la entronización general de la ambición como sentimiento prosaicamente pequeñoburgués, socialmente fomentado y compartido por igual por los Juliens, los Valenods y los seminaristas, y la legitimación literaria de esa apoteosis.

ENRICA VILLARI

EL DEBER

Middlemarch

MIDDLEMARCH ES UNA novela ambientada en una ciudad provinciana de Inglaterra en la era de reforma que comenzó en la década de 1830¹. Sus dos jóvenes protagonistas, Dorothea Brooke y Tertius Lydgate, desean contribuir a «cambiar un poquito el mundo». A diferencia de muchos personajes de novela del siglo XIX, impelidos por un impulso de poseer y consumir (dinero, éxito, posición social), ellos se mueven por el impulso opuesto: entregarse a una causa o cumplir con un deber. Pero en su caso no se trata de responsabilidades tradicionales, sino solitarias vocaciones modernas. Kierkegaard escribía en 1843 que era un error considerar el deber como un conjunto de normas externas. En tal caso, la vida ética sería fea y aburrida: «Si lo ético no tuviese una conexión mucho más profunda con el ser personal, sería siempre muy difícil defenderlo contra lo estético»². La fascinación del siglo XIX por el deber no era «un amor a la ley por sí misma, sino una preocupación por la higiene del yo»³. El deber, que ha dejado de ser abstracto, podía convertirse en tema legítimo de una novela.

En la obra de George Eliot, el deber –incluso el tradicional– nunca es mera conformidad con un dogma. Es, por el contrario, una faceta básica de una personalidad equilibrada. Ya para los personajes humildes de sus primeras novelas, en las que el deber podría parecer un mero acatamiento de la tradición, lo que importa no es la pequeña tarea realizada, sino la forma en que dicha tarea se convierte en parte constitutiva de su ser. «Mantener la

¹ Esta es una traducción de «Il dovere: *Middlemarch*», en Franco Moretti (ed.), *Il romanzo*, Roma, 2001, vol. I.

² Søren Kierkegaard, «El equilibrio entre lo estético y lo ético en la formación de la personalidad», en S. Kierkegaard, *Lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*, Madrid, 2007.

³ Lionel Trilling, «In Mansfield Park», *Encounter*, septiembre de 1954.

cocina impecablemente limpia –como Proust dice en sus notas sobre *Adam Bede*– es un deber esencial, casi religioso, y también atractivo»⁴. El deber se convierte en un valor en sí mismo. En un relato corto titulado «Brother Jacob», escrito diez años antes que *Middlemarch*, Eliot había demostrado que –como cualquier otra forma de cambio social– la emancipación de las mujeres frente al trabajo doméstico no conducía necesariamente a una existencia más elevada y más noble, sino que podría engendrar desidia y corrupción moral, disolviendo la personalidad en el consumo pasivo de placer y lujuria⁵. Dorothea y Lydgate no corren este riesgo tan moderno: su dignidad radica en resistirse al principio del placer en nombre de una vocación más elevada. Pero, como son modernos, tienen que forjar para sí mismos, ellos solos, un nuevo sentido del deber. Sus deberes son subjetivos, no impuestos por ley alguna. Dominadas por este imperativo ético, sus vidas son relatos de errores y fracasos existenciales.

Dorothea no tiene aún veinte años. En posesión de una sustancial dote, y tan fuera de lugar en *Middlemarch* como «una elegante cita de la Biblia –o de cualquiera de nuestros mayores poetas– en un párrafo del periódico de hoy», adopta un método singular para buscar marido. Desdeña los deberes tradicionales de una esposa y madre. Su mente es «teórica» e «inclinada por naturaleza a una concepción elevada del mundo que francamente pudiera incluir la parroquia de Tipton y su propia norma de conducta allí». Así que decide casarse con Casaubon, un hombre de profundo saber y suficientemente mayor como para ser su padre. Ella lo ve como un Locke o un Pascal modernos, un gran hombre con el que compartir su proyecto. Es un error fatal. El pobre Casaubon no puede cumplir las expectativas de su esposa. Acaba comprendiendo que su búsqueda de conocimiento está destinada al fracaso, y este amargo reconocimiento lo hace inadecuado como maestro y como marido de Dorothea. El matrimonio resulta un doloroso fiasco.

Lydgate es tan poco convencional como Dorothea. Desprecia los privilegios de su nacimiento aristocrático y venera a los grandes médicos del pasado. Después de estudiar medicina en las grandes capitales de Europa, ha rechazado el atractivo de la metrópoli para retirarse a *Middlemarch*, donde planea reformar la práctica médica (estableciendo un hospital para curar fiebres) y emprender una atrevida investigación

⁴ Marcel Proust, *Contre Sainte-Beuve*, ed. de Pierre Clarac, París, 1971, p. 65.

⁵ Véase Enrica Villari, «Introducción» a George Eliot, *Jacob e suo fratello*, Venecia, 1999, pp. 9-34, esp. pp. 23-29.

anatómica (esperando descubrir el tejido humano original). Su vocación es «hacer un trabajo pequeño y bueno para Middlemarch, y un gran trabajo para el mundo». Pero el desastroso matrimonio con una mujer derrochadora y frívola lo carga de deudas elevadas y acaba convertido en un médico rico y de moda en Londres, autor de un tratado menor sobre la gota. Universalmente considerado un hombre de éxito, «él siempre se ha visto a sí mismo como un fracaso».

Leslie Stephen consideraba que todos los personajes de Eliot ilustraban un tema común, del que Dorothea y Lydgate podrían considerarse variantes. Se nos pide, pensaba ella, que simpaticemos con las nobles aspiraciones de almas generosas y apasionadas, sabiendo que «no pueden recibir plena satisfacción dentro de las condiciones habituales en este mundo prosaico»⁶. Pero no es así. Esta versión novecentista de la relación entre el yo y el mundo solo era para George Eliot una verdad a medias, porque era una verdad demasiado reconfortante:

Algunos caballeros han constituido una asombrosa figura literaria mediante el descontento general con el universo considerado como una trampa de tedio en la que sus grandes almas han caído por error; pero la sensación de un yo estupendo y un mundo insignificante puede tener sus consuelos. El descontento de Lydgate era mucho más difícil de soportar; era la sensación de que había una existencia grandiosa en el pensamiento y en la acción efectiva que lo rodeaba, mientras que su yo estaba siendo constreñido en el miserable aislamiento de los temores egoístas, y las vulgares ansias de que se produjesen acontecimientos capaces de aliviar dichos temores⁷.

Es cierto que el fresco de la sociedad de *Middlemarch* no es menos convincente que el de las novelas de Balzac en su descripción de la «entorpecedora presión filamentososa de las pequeñas condiciones sociales, con su frustrante complejidad», y que Eliot creía que no había criatura alguna «con un ser interior tan fuerte como para no estar enormemente determinado por lo que hay fuera de él». Pero el fracaso de Dorothea y de Lydgate tiene más que ver con el carácter de sus vocaciones y la naturaleza problemática de sus modernas ideas del deber. Dorothea se figura el deber como algo salido de una novela:

Estaría obligada a aprenderlo todo entonces [...]. Sería mi deber estudiar para poder ayudarlo mejor en sus grandes obras. No habría nada trivial en nuestras vidas. Las cosas cotidianas significarían para nosotros las cosas

⁶ Leslie Stephen, obituario anónimo sobre George Eliot, *Cornhill Magazine*, febrero de 1881, en David Carroll (ed.), *George Eliot: The Critical Heritage*, Nueva York, 1971, p. 482.

⁷ Todas las referencias son a la edición de *Middlemarch* de Penguin.

más grandes. Sería como casarme con Pascal. Yo debería aprender a ver la verdad con la misma luz que la han visto los grandes hombres. Y después debería saber qué hacer, al hacerme mayor: debería saber cómo era posible llevar una gran vida aquí –ahora– en Inglaterra.

A través del deber se imagina a sí misma elevándose por encima de la banalidad del mundo, del mismo modo confuso que Emma Bovary fantasea con hacerlo mediante el placer, en su primera experiencia adúltera:

Ingresaba en un reino maravilloso donde ya todo sería pasión, éxtasis, delirio. Una inmensidad azulada la rodeaba, las cumbres del sentimiento resplandecían en su imaginación y la existencia rutinaria quedaba relegada a lo lejos, allá abajo, sumida en la penumbra, apenas visible desde las alturas⁸.

En su extraña similitud de sentimiento e imaginación quijotesca, la heroína del deber y la heroína del placer son primas. Dorothea se entrega a románticas fantasías sobre el uno en igual medida que Emma sobre el otro. Casaubon resulta tan decepcionante para Dorothea como Rodolphe para Emma. En un punto crucial de su existencia, Emma experimenta una crisis mística, prueba de que la búsqueda absoluta del placer y su negación absoluta pueden responder a la misma necesidad. Una sensación de *ennui* y rechazo de la vida ordinaria son la raíz de ambos. Es este rechazo el que distingue la llamada moderna de las concepciones tradicionales del deber. «Mantener la cocina impecablemente limpia» no tiene atractivo alguno para Dorothea, y no simplemente por razones de clase.

Desde el comienzo, en el «Preludio» de la novela, el motivo de estas tardías santas Teresas indica que el destino de una vocación elevada en un mundo prosaico será el tema de *Middlemarch*. Relacionado con él, está el culto al héroe en Thomas Carlyle. Podría decirse de Dorothea y Lydgate que reaccionan a lo que para Carlyle era el mayor enemigo del heroísmo: la «doctrina de los motivos» como suprema fuerza motriz en el universo, la cual –decía él– enseñaba que «no puede haber sino un mísero amor al placer, temor al dolor; que el hambre, de aplauso, de dinero, de cualquier vianda que sea, es el hecho supremo en la vida del hombre»⁹. Pero el lamento inicial por el

⁸ Gustave Flaubert, *Madame Bovary*, Barcelona, 1988, p. 192.

⁹ Thomas Carlyle, *On Heroes, Hero-Worship & The Heroic in History*, Oakland, 1993, p. 149. Se ha descuidado la influencia de Carlyle en Eliot, pero fue fundamental. Toda la obra de esta, con su celebración del realismo y los atractivos de la vida cotidiana, puede interpretarse como un antídoto al culto de Carlyle a lo heroico, pero sería impensable sin Carlyle y sin lo que Eliot describió como la vitalidad de las «peligrosas paradojas» de aquel. Véase «Thomas Carlyle», *Leader*, 27 de octubre de 1855, en George Eliot, *Selected Essays, Poems and Other Writings*, Harmondsworth, 1990, pp. 343-348, esp. p. 344.

destino de estas santas Teresas tardías, a las que se les niega la oportunidad de una vida épica, ha desviado demasiado a menudo la atención del hecho de que la novela se construye, si no contra la idea del heroísmo propiamente dicha, sí ciertamente contra las nociones del deber sublimemente abstractas que abrigan sus principales protagonistas.

Al comienzo de la novela no puede sino impresionarnos la nobleza de carácter de Dorothea. Pero también los rasgos negativos que la acompañan. Su sentido del deber adopta la forma de adoración al héroe —«los héroes convertidos en hombres de letras» en la visión de Carlyle— que ella dirige a Locke, Pascal, Milton, Hooker y todos los demás grandes sabios del pasado. La consecuencia es una concepción libresca y abstracta del deber, teñida del fanatismo de sus antepasados puritanos. El ascetismo que hace a Dorothea rechazar los placeres más sencillos (negarse a heredar las joyas de su madre, abandonar la equitación, casarse con un marchito anciano) no está libre de un fuerte sentimiento de superioridad hacia su hermana Celia, cuyos deseos son más mundanos. Al elegir a Casaubon, es tan insensible a las verdaderas necesidades de él como Casaubon lo es a las de ella, algo que el famoso aparte del capítulo XXIX deja claro: «Una mañana, varias semanas después de llegar a Lowick, Dorothea (pero ¿por qué siempre Dorothea? ¿Era el punto de vista de Dorothea el único posible en lo referente a este matrimonio?)». El elevado ascetismo de su idea del deber al comienzo de la novela no la ha inmunizado contra lo que Eliot denomina nuestra «estupidez moral»:

Todos nosotros nacemos en la estupidez moral, tomando el mundo como una ubre para alimentar nuestros yos supremos: Dorothea había empezado pronto a emerger de dicha estupidez, pero sin embargo le había sido más fácil imaginarse dedicándose al Sr. Casaubon, y volverse sabia y fuerte gracias a la fuerza y la sabiduría de él, que concebir esa distinción que ya no es reflejo, sino sentimiento —una idea forjada en la franqueza de la percepción, como la solidez de los objetos— de que él tenía un centro equivalente de sí mismo, en el que las luces y las sombras siempre deben caer con cierta diferencia.

Esta es la idea más significativa y recurrente de la novela, a la que Eliot retorna de manera casi obsesiva; encuentra trazas de estupidez moral en los lugares y en los personajes más sorprendentes, empezando por la propia Dorothea. La estupidez moral es el obstáculo con el que tropiezan todas las falsas nociones del deber en la novela. Principalmente, la devoción religiosa de un maestro del autoengaño, el puritano banquero Bulstrode. Él es el hombre moderno por antonomasia, que tergiversa la ley superior de la religión a su propia voluntad:

Era simplemente un hombre cuyos deseos habían sido más fuertes que sus teóricas creencias, y que gradualmente había convertido la gratificación de sus deseos en satisfactoria coincidencia con esas creencias. Si esto es hipocresía, es un proceso que se muestra ocasionalmente en todos nosotros, sin importar nuestra confesión religiosa.

Esta miopía egoísta, de la que están imbuidas las imaginaciones románticas de Dorothea (como las de Emma Bovary), es un rasgo común de casi todos los personajes. Reflexionando sobre la elección de marido de Dorothea, Will Ladislaw concluye que «debe de haberse forjado su propia idea romántica de este matrimonio», y no se equivoca. Y Rosamond, que no se deja fascinar por el verdadero Tertius Lydgate, sino por la proyección que de él hace, y el atractivo de su «buena cuna». Está también la idea romántica de Casaubon y Lydgate acerca de las mujeres, tan irrealista como la de Dorothea y Rosamond.

Dorothea empieza a liberarse de la «estupidez moral» cuando su noción del deber cambia, debido a la infeliz experiencia de su matrimonio. Las cosas empiezan a desmoronarse en la luna de miel en Roma. Dorothea comprende el abismo entre su fantasía del matrimonio con un gran erudito y la realidad de un hombre seco y amargado por su fracaso intelectual. Pero la historia no acaba ahí. Para Dorothea, la belleza arquitectónica y artística de Roma forma un doloroso contraste con la mísera condición de sus habitantes. Con una arraigada desconfianza puritana hacia las artes visuales, se pregunta cuál es la relación entre el arte y la vida. Ante la ingenua comprensión de que no coinciden, Dorothea no duda en hacer su elección. La magnificencia de la Roma católica le enseña que «en el mundo hay muchas cosas más necesarias que los cuadros». Este paréntesis estético de la novela, en el que se habla mucho de arte, de artistas y del romanticismo alemán, marca un paso esencial en la modelación del destino de Dorothea. De vuelta a Inglaterra, le dice a su tío, el señor Brooke, que la aversión que siente por las imágenes pintadas de Tipton Grange deriva del contraste de estas con la pobreza y el sufrimiento de los jornaleros agrícolas que las rodean. El disfrute de su belleza formal le parece «un intento malicioso de encontrar placer en lo falso, mientras que no nos importa lo dura que es la verdad para los vecinos que se encuentran fuera de nuestras paredes». Hay la misma desconexión entre su abstracto sentido del deber inicial y la realidad de su desagradable e infeliz marido:

Ya no luchaba contra la percepción de los hechos, sino que se ajustaba a la percepción más clara de los mismos; y ahora, cuando miraba fijamente el fracaso de su marido, y más aún la posible conciencia que él pudiese tener del fracaso, parecía contemplar la única senda en la que el deber se volvía ternura.

En una escena memorable, Dorothea, superada por el resentimiento ante el duro trato que le da Casaubon, se obliga a considerar «una letanía de tristezas pintadas y de gritos silenciosos», los del hombre al que ahora le habían diagnosticado una enfermedad cardíaca y que «por primera vez se encontraba mirando a los ojos de la muerte». En último término, la simpatía triunfa sobre el resentimiento. Es casi de madrugada. Dorothea espera que su marido salga de la biblioteca, y provoca el milagro de las únicas palabras amables que él pronuncia en toda la novela. Un deber concreto sustituye al abstracto, mientras la introvertida y elevada absorción de Dorothea en sí misma se transforma en ternura y compasión. Esta es la secreta verdad en el centro de la historia de Dorothea.

En «The Fate of Pleasure», Lionel Trilling sostiene que la espiritualidad moderna desplegada por el protagonista de las *Memorias del subsuelo* de Dostoyevski –solitario, lleno de amargura, que rechaza despectivamente el consuelo– era el resultado lógico de una reacción contra la creencia de comienzos del siglo XIX, expresada por Wordsworth, de que «el grandioso principio elemental del placer» constituía «la dignidad desnuda y nativa del hombre». Trilling añade que precisamente «porque se produjo en un momento determinado», esta espiritualidad «puede considerarse un modo de pensamiento no necesario, sino contingente»¹⁰. La historia de Dorothea es una crítica contemporánea temprana a esta forma de espiritualidad moderna. Cuando, al final de la novela, Celia le pregunta por qué se entregó a Casaubon, Dorothea responde: «Por supuesto, me entregué a él porque era mi deber; ese era mi sentimiento hacia él». Al final Dorothea se casa con Ladislav, un hombre veinte años más joven que Casaubon con el que tendrá dos hijos, demostrando que el deber no exige la mortificación de la carne y la renuncia a la vida que inspiraron su anterior matrimonio. Finalmente, Dorothea acaba pareciéndose al administrador de fincas Caleb Garth y su hija Mary, los personajes más tradicionales de la novela, comparados a menudo con las figuras de Jane Austen. Para ellos, la lealtad protectora a su aprendiz Fred Vincy y la ética de trabajo han sido todo el tiempo deberes atractivos. Pero para la santa Teresa de *Middlemarch* dicho conocimiento es resultado de un doloroso proceso de aprendizaje que parte de la peligrosa desconexión moderna entre el deber y ese placer que constituye la única verdadera conexión que tenemos con la vida.

¹⁰ Lionel Trilling, «The Fate of Pleasure», en L. Trilling, *Beyond Culture: Essays on Literature and Learning*, Londres, 1965, pp. 57-88, esp. pp. 58 y 79.

La vocación de Lydgate no carece de conexión con la vida o con la experiencia. La profesión médica —«la mejor del mundo» porque ofrece «la alianza más directa entre la conquista intelectual y el bien social»— lo protege de los peligros de la exaltación en las solitarias vocaciones modernas. Su interés por todos sus pacientes garantiza esa percepción de la vida real que falta en la infructuosa búsqueda de una «clave para todas las mitologías» emprendida por Casaubon, cuya carencia de dicha percepción es delatada por su reacción ante la disconformidad planteada por su antiguo amigo Carp, la cual «permanecía encerrada en un cajoncito del escritorio de Casaubon, y en un oscuro apartado de su memoria verbal». Pero también los fracasos de Lydgate tienen profundas raíces en una concepción heroica del deber.

Porque dicha concepción no deja espacio para las obligaciones menores. El primer error de Lydgate, al comienzo de la relación con Bulstrode, que será su ruina, es aceptar el chantaje del banquero, votando a favor de Tyke, y no de Farebrother, como su conciencia le habría dictado. Considera que la elección entre Tyke y Farebrother para nombrar al nuevo capellán del hospital es demasiado trivial como para prestarle atención, ocupado como está en el gran proyecto de un Nuevo Hospital para Fiebres en Middlemarch y con unos descubrimientos científicos que, piensa él, salvarán la vida de millones de personas. «En sus habitaciones de estudiante, había previsto su acción social de un modo muy distinto»; es decir, de un modo mucho más elevado. Lydgate considera el tema del capellán inferior a él, y decide no optar por ninguno y dejar que el asunto siga su curso. Llega tarde a la reunión del comité, y el destino se venga: el suyo es el voto de calidad. Sin mayor reflexión, opta por la causa injusta. Pero el «asunto de la capellanía se convirtió en un punto amargo en su memoria, un caso en el que este mezquino medio de Middlemarch había sido demasiado fuerte para él». En la grandiosa concepción del deber que tenía Lydgate, tampoco hay espacio para el dinero o las mujeres. Sin embargo, las deudas y su matrimonio con Rosamond serán las razones por las que sus aspiraciones fracasan.

Otros han observado que el dinero —la herencia negada a Will y después rechazada por él cuando Bulstrode se la ofrece; las dificultades económicas del clérigo Farebrother; las deudas de Fred y Lydgate; el infame codicilo del testamento de Casaubon— desempeña una función crucial en la novela. En ningún otro novelista encuentra la ética comercial protestante una expresión tan clara: es un deber, una forma de responsabilidad moral, reconocer la importancia del dinero. Dar el

dinero por sentado –como hacen Fred, Lydgate y Rosamond– es una forma de egoísmo y corrompe tanto como la avaricia compulsiva que en el entierro del terrateniente Featherstone transforma a sus parientes en «carnívoros cristianos». Lo que hace a Eliot «fascinantemente original es que para ella la negativa a entender las realidades económicas que subyacen a las distinciones de clase constituye una especie de vulgaridad»¹¹, y que rechaza como algo banal las visiones exaltadas de la existencia en las que un yo noble se enfrenta a un mundo indigno. Contra estas, su novela ofrece un pródigo examen de las «manchas de vulgaridad» de Lydgate, esos prejuicios que él comparte con «los hombres ordinarios del mundo» y que sus elevadas concepciones le impiden reconocer.

En una carta escrita a John Blackwood mientras trabajaba en *Middlemarch*, Eliot explicaba que su objetivo era demostrar «la acción gradual de las causas ordinarias, no de las excepcionales»¹². En el verano de 1870, con la escritura de *Middlemarch* en marcha, ella y su compañero Lewes leyeron juntos en voz alta *Las ilusiones perdidas* de Balzac. Las referencias explícitas o implícitas a Balzac, «quizá el novelista más maravilloso»¹³, aparecen constantemente en la escritura de Eliot, como si él se situase en sus antípodas ejemplares. No hay en *Middlemarch* ningún Carlos Herrera maligno pero irresistible, sino la fuerza resistible de esa «entorpecedora presión filamentososa de las pequeñas condiciones sociales, y su frustrante complejidad». La epistemología de las causas extraordinarias cede el paso a una epistemología de las ordinarias. La historia de las ilusiones perdidas de Lydgate muestra que, a pesar de sus genuinas aspiraciones de mejorar el mundo y mejorarse a sí mismo, acabará admitiendo que debe «hacer como los demás hombres, y pensar qué le agrada al mundo y le permitirá a él ganar dinero». Es un relato de las presiones pequeñas, recurrentes y sutiles a las que él se somete sin advertirlo, porque no llevan la aterradora máscara de Herrera, sino la apariencia inocua de una cara bonita:

Porque en la multitud de hombres de mediana edad que se dedican a sus vocaciones en un curso cotidiano determinado para ellos del mismo modo que el nudo de sus corbatas, siempre hay muchos que en otro tiempo quisieron modelar sus propias hazañas y alterar un poco el mundo. La historia de cómo acabaron pareciéndose a la media y aptos para ser empaquetados

¹¹ David Daiches, *George Eliot: Middlemarch*, Londres, 1963, p. 47.

¹² Carta escrita el 24 de julio de 1871, en Gordon S. Haight (ed.), *The George Eliot Letters*, vol. v, 1869-1873, New Haven, 1955, p. 168.

¹³ George Eliot, «The Morality of “Wilhelm Meister”», *Leader*, 21 de julio de 1855, en G. Eliot, *Selected Essays, Poems and Other Writings*, cit., pp. 307-310, especialmente la p. 309.

por docenas, rara vez se cuenta, ni siquiera en su conciencia; porque quizá su ardor por el trabajo generoso y no remunerado se enfrió tan imperceptiblemente como el ardor de otros amores de juventud, hasta que un día su yo anterior empezó a caminar como un fantasma en su propia casa, asustado por los nuevos muebles. ¡Nada hay en el mundo más sutil que el proceso de cambio gradual de estos hombres! Al comienzo lo inhalaban sin saber; tal vez usted y yo les hayamos echado el aliento, infectándolos, al pronunciar nuestras falsedades acomodaticias o al sacar nuestras estúpidas conclusiones; o quizá se produjo con las vibraciones de una mirada de mujer.

Es el presagio de Rosamond, mucho antes de que Lydgate la conozca. Acabará llamándola «mi albahaca», «maravillosamente florecida en el cerebro de un hombre asesinado».

La epistemología de las causas ordinarias explorada en *Middlemarch* tuvo una importancia fundamental en la historia cultural del siglo XIX. Supuso devolver a los individuos la responsabilidad por sus acciones, reabriendo un espacio en el que la antigua noción del deber recuperó su valor. En aquel momento significó también ir contra otro dogma innecesario que empezaba a calar en la mejor tradición literaria francesa, como de inmediato entendieron los críticos literarios franceses de la década de 1880, que contrapusieron el ejemplo de Eliot a la narrativa de Zola:

Creemos que todo hombre determina su propio destino, que es el creador de su propia felicidad o el autor inepto y criminal de su propio infortunio. Es una forma de concebir la vida. Zola cree, por el contrario, que «el vicio y la virtud son productos, como el vitriolo y el azúcar» y que formamos una sustancia maleable, moldeada por una combinación aleatoria de circunstancias. Es otra forma de concebir la vida¹⁴.

¹⁴ Esta es la respuesta de Ferdinand Brunetière a Zola en *Revue des deux Mondes*, 15 de febrero de 1880, citada en John P. Couch, *George Eliot in France: A French Appraisal of George Eliot's Writings, 1858-1960*, Chapel Hill (NC), 1967, p. 88.

GOPAL BALAKRISHNAN

EL ABOLICIONISTA I

SE DIRÍA QUE la contraposición entre el primer Marx y el Marx tardío es hoy un tema de poca actualidad. En estos momentos, el interés por la obra de Marx, en contraste con épocas anteriores, se circunscribe especialmente a la teoría económica de sus años de madurez, hasta el punto de excluir su obra anterior. El hecho de que sus escritos tempranos se asocien con la filosofía siempre ha atenuado su atractivo para aquellos más inclinados al empirismo, mientras que, en estos días, su reputación de humanismo, teleología y eurocentrismo puede disminuirlos a los ojos de los más teóricos. En cualquier caso, las discusiones sobre la continuidad intelectual de intenciones a lo largo de las diferentes fases demarcadas de su obra se produjo en un contexto político en el que esto era aún un asunto de cierta importancia doctrinal. La percepción de lo que estaba en juego tras la periodización de la carrera filosófica, y, por ende, metodológica, de Marx se desvaneció en gran medida coincidiendo con el final del marxismo occidental en tanto que formación histórica, específica y heterodoxa del movimiento obrero.

Sin embargo, bien pudiera ser que la sensación de familiaridad con la que se recibe este viejo contexto ideológico pueda ahora ceder ante nuevos hallazgos que replanteen el problema de la distinción entre un periodo temprano y un periodo maduro de una forma radicalmente nueva. Existe, de hecho, una unidad previamente no identificada en los dos principales periodos de la carrera intelectual de Marx, así como una ruptura entre ellos que ha permanecido oculta tras un velo de palabras y nombres demasiado familiares. El énfasis del presente artículo, que es un trabajo en dos partes de una obra más extensa, recae en la unidad del «joven Marx». Lo que veremos ahora, específicamente, es un

relato de los supuestos sociojurídicos y económicos que subyacen en la primera articulación del materialismo histórico que construyó Marx¹. Estos apuntalan una concepción del Estado, de la naturaleza de las clases y de la trayectoria de su lucha que difiere en aspectos fundamentales de la que encontraremos en su teorización posterior. El desafío histórico-intelectual reside en explicar, y no limitarse a describir, el patrón que unifica el desarrollo del pensamiento de Marx a lo largo de la década que va de 1842 a 1852. Considero el conjunto de los textos producidos durante esos años como un único bloque conceptual y deseo recalcar la continuidad de una única problemática respecto a los mismos, lo cual exige que nos apartemos de la secuencia cronológica convencional y que registremos los sucesivos desplazamientos de posición con respecto a una serie de influencias fundamentales, que van desde Bruno Bauer hasta Ludwig Feuerbach, desde Adam Smith y Jean-Baptiste Say hasta Ricardo y otros autores. Aunque el contenido de las elaboraciones teóricas de Marx no pueda reducirse a la pauta conceptual formal de sus inversiones, sí es cierto que este patrón estructuró tanto la crítica de Marx de la autodeterminación imaginaria de la sociedad a través de la forma Estado, como su primera crítica de las supuestas leyes de la economía política en tanto que mistificaciones de la anarquía brutal de la competencia, así como la perspicaz síntesis de estas dos críticas que se articulaba en su concepción de una pauta del desarrollo histórico que conduciría al comunismo. El patrón de su trayectoria a lo largo de esta década nos aclara el significado de la ruptura de 1848-1852, cuando su primera exposición unificada sobre los orígenes, las pautas de desarrollo y la abolición revolucionaria del Estado y de la sociedad civil se desmoronó como resultado de la derrota. El año 1848 suele considerarse con frecuencia una cesura en la historia europea, pero aún no hemos aprehendido completamente su importancia como punto de inflexión en la evolución del pensamiento de Marx. Espero demostrar que, a partir de una periodización que no se base tanto en una ruptura epistémica como en la experiencia de una derrota política histórica decisiva que despejó el camino para la conceptualización de una transformación estructural subsiguiente, pueden surgir nuevas perspectivas tanto para el Marx temprano como para el Marx maduro.

¹ Mi comprensión de estas cuestiones ha contraído una deuda importante con el artículo de Robert Brenner «Marx's First Theory of the Transition to Capitalism», en *Marx en perspective*, París, 1985, y, de manera más general, con su explicación sobre los orígenes del capitalismo.

¿Qué era el marxismo?

El tema de todos los escritos de Marx entre los años 1842 y 1852 es la figura sociojurídica de la sociedad «civil» o «burguesa» moderna, concebida como una fase de transición en el paso del antiguo régimen a la condición de la emancipación humana, mientras que los escritos económicos posteriores describen un concepto, previamente no articulado, de un modo de producción capitalista, cuya lógica de desarrollo se desplegaría a lo largo de una época de duración indeterminada. Antes de elaborar esta teorización posterior del modo de producción capitalista, Marx tenía tendencia a concebir la sociedad burguesa como la fase de disolución del antiguo régimen y no como una forma autónoma de sociedad con una dilatada historia de desarrollo ante ella. La diferencia entre «sociedad burguesa» y «modo de producción capitalista» no afecta únicamente a la adecuada periodización y comprensión del corpus de Marx, sino que se encuentra en el corazón de una serie de enigmas que rodean los orígenes, las pautas de desarrollo y los límites últimos de las formas de sociedad que emergieron del colapso del antiguo régimen europeo, de la modernidad y de sus consecuencias. Para el lector de habla inglesa, una traducción habitual del alemán ha contribuido a ocultar esta distinción. En las ediciones inglesas de Marx, el término *bürgerliche Gesellschaft* se traduce como «sociedad civil» y como «sociedad burguesa». Los traductores de las *Collected Works* explican el principio de su variación:

Marx y Engels emplean el término *bürgerliche Gesellschaft* («sociedad civil») de dos maneras diferentes: (1) para denotar el sistema económico de la sociedad, con independencia del estadio histórico de desarrollo, la suma total de las relaciones materiales que determinan las instituciones políticas y las formas ideológicas, y (2) para denotar las relaciones materiales de la sociedad burguesa (o esa sociedad en su conjunto), del capitalismo. El término, por lo tanto, se ha traducido, según su contenido concreto y su contexto dado, bien como «sociedad civil» (en el primer caso) o como «sociedad burguesa» (en el segundo)².

El problema de esta decisión es que oculta la imbricación del carácter socioeconómico con el carácter jurídico de una sociedad civil fundada sobre la institución de la propiedad privada. En inglés, la oposición de

² Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, 50 vols., Nueva York, Progress Publishers (Moscú), Lawrence and Wishart (Londres) e International Publishers (Nueva York), 1975-2005, vol. 5 (1976), p. 593 (nota 35 de la página 89). En adelante *MECW*. El autor cita siempre esta edición, aunque ha modificado alguna de las traducciones.

Estado y «sociedad civil» claramente evoca la oposición entre lo público y lo privado, una distinción esencialmente legal, de una manera que la oposición de Estado y «sociedad burguesa» no hace. Mientras que es evidente que el término «sociedad civil» se refiere probablemente a algo diferente del objeto de los escritos económicos posteriores de Marx, no puede decirse lo mismo de «sociedad burguesa». La traducción camufla la identidad de sociedad civil y sociedad burguesa y establece una identidad ilusoria entre esta última y «el modo de producción capitalista»³. Esto no es un mero descuido, sino que expresa el supuesto, casi universalmente aceptado, de que la concepción del capital y de sus leyes de acumulación, tal y como se entienden en el *Manifiesto comunista*, no era fundamentalmente diferente de la que se puede encontrar en los escritos económicos posteriores. Se asume que las diferencias implican desplazamientos terminológicos entre una masa de pequeños cambios conceptuales, pero no que haya un cambio fundamental de registro sociohistórico.

El empleo por parte de Marx del término *bürgerliche Gesellschaft* a lo largo de la totalidad de sus escritos hasta *El capital* es un testimonio de la persistencia de los problemas de categoría sociojurídica que planteaba el novedoso dualismo de Estado y sociedad civil que Hegel describía en su *Filosofía del Derecho*. La crítica de Marx a Hegel comienza rectificando su equivocada concepción del orden de determinación entre las dos esferas, para de esta manera poner en evidencia el significado histórico y el curso futuro de las luchas de clases y constitucionales contemporáneas. Como es ampliamente sabido, Marx pronto llegó a la conclusión de que el destino de la sociedad burguesa solo podría identificarse a través de la comprensión y la crítica de la economía política. Los problemas que definen los diferentes periodos de la obra de Marx no tienen tanto que ver con la oposición de idealismo y materialismo como con concepciones agudamente diferentes de lo que suponía esta crítica.

En el periodo que ahora estudiamos, Marx concebía esta crítica como una manera de sacar a relucir y sopesar lo que ya estaba implícito en esa ciencia paupérrima, pero no como un modo de ofrecer alternativa alguna por su parte en forma de una explicación positiva. En esta tarea podía apoyarse en la opinión, que entonces prevalecía, de que la sociedad europea moderna estaba emprendiendo un proceso de comercialización,

³ En un texto clásico, Althusser insistía en la no identidad teórica de «sociedad civil» y «fuerzas y relaciones de producción», pero después rechazaba el empleo de «sociedad burguesa» considerándolo simplemente una «mala traducción» (*Pour Marx*, París, 1965 [ed. cast.: *La revolución teórica de Marx*, México DF, Siglo XXI, 1967]).

que se desplegaba según una lógica de suma cero casi malthusiana y que culminaría en un estadio estacionario⁴. Aunque él rechazaba *este* escenario del fin de la acumulación, no había aún experimentado esa fe ciega que le permitiría afirmar que la acumulación continuada conduciría inexorablemente a una desigualdad en la riqueza aún mayor entre el capital y el trabajo, al empobrecimiento de las masas y a las guerras civiles⁵. La sociedad civil de la Europa continental era un orden jurídico de propiedad privada, así como una economía comercial protofabril, pero no una sociedad que ya se hubiera encaminado por la senda del desarrollo capitalista que ya se había desbrozado en Inglaterra. El joven Marx, como Hegel antes de él, entendía el desarrollo económico inglés en los términos de la concepción de la comercialización de Adam Smith, pero modificada por las premisas más pesimistas, casi malthusianas, de Ricardo, que descartaba cualquier alza de los salarios reales. Por lo tanto, Marx, como antes lo había hecho Hegel, tendía a mezclar las condiciones de la emergencia de la sociedad civil francesa a partir de la monarquía absoluta con el desarrollo paralelo del capitalismo inglés.

La crítica de Hegel

La *Filosofía del Derecho* de Hegel debería leerse como la culminación del pensamiento político moderno temprano, dividido entre la problemática de la soberanía, por una parte, y de la riqueza de las naciones, por la otra. Francia era el *locus classicus* del Estado soberano y de la dialéctica del poder constituyente, o de la realeza *versus* la soberanía popular, que estaban contenidos en su mismo concepto. Por el contrario, Inglaterra se concebía como el *locus classicus* de la sociedad civil y de la dialéctica,

⁴ «Por razones que Smith y sus sucesores argumentaron convincentemente, la hipótesis era que tras un tiempo el impulso de crecimiento se consumiría detenido por cambios endógenos al propio proceso de crecimiento, lo cual, a su debido tiempo, provocaría un estadio estacionario. Además, los economistas clásicos, sin ambigüedad alguna, dudaban de si incluso el nivel de los salarios reales que entonces prevalecía podría mantenerse indefinidamente. Futuras reducciones eran más probables que futuros incrementos. Una mejora regular y sustancial de los salarios reales para la masa de la población era una quimera utópica, no una posibilidad que una persona racional y bien informada pudiera plausiblemente considerar, por mucho que pudiera desear que así ocurriera», Edward Anthony Wrigley, *Continuity, Chance and Change*, Cambridge, 1990, p. 3 [ed. cast.: *Cambio, continuidad y azar: el carácter de la revolución industrial inglesa*, Barcelona, Crítica, 1993].

⁵ Véase Thomas Piketty, *Le capital au XXI^{ème} siècle*, París, 2013 [ed. cast.: *El capital en el siglo XXI*, México DF, FCE, 2014]. La definición de capital «smithiana» que emplea Piketty, entendida como el ahorro acumulado, no está tan alejada de la que defendía el joven Marx, aunque Piketty se equivoca al decir que el Marx posterior se adscribe a una versión malthusiana extrema de esta concepción.

interna a ella, del progreso económico a través de la anarquía de la competencia, la polarización de la riqueza y de la pobreza, la sobreproducción y la expansión exterior. Hegel había presentado estos dos procesos, estas dos historias paralelas del Estado soberano y de la sociedad civil, como las dos caras de un orden unificado que requería una síntesis mediadora bajo los rasgos de las instituciones de la Prusia posnapoleónica. La experiencia de la ruptura de esta síntesis a principios de la década de 1840 desencadenó una dialéctica entre los términos de esta oposición, un patrón dentro del cual se articularon las subsiguientes experiencias políticas y descubrimientos intelectuales de Marx. Implícito en esta oposición conceptual de Estado y sociedad civil o burguesa se encontraba un proceso histórico que resultaba de la inversión del orden de determinación entre ellos, del desencadenamiento de sus despiadadas leyes económicas, que conducirían a la abolición de sus relaciones de clase constitutivas. Para Marx, como para otros pensadores de su entorno, el sistema hegeliano no era sencillamente otro sistema en la historia de la filosofía, sino la culminación de esa historia, del pensamiento *existente hasta el momento*. Ir más allá de Hegel suponía, por lo tanto, romper con el orden del mundo hasta el momento existente. La crítica de la economía política completaba y superaba la crítica de Hegel y ambas convergían en una concepción de la historia del triunfo y de la inminente disolución de la sociedad civil o burguesa.

El rechazo de Marx de la sustancia de la concepción hegeliana de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil se basaba en una crítica de su forma conceptual, entendida como un sistema circular en el que todos estos momentos se presuponían los unos a los otros; un diseño que excluía determinaciones más precisas de los momentos separados de ese todo, de los conceptos propios de esos niveles. Fue en este contexto en el que Marx aprovechó el método de Ludwig Feuerbach, que invertía las relaciones teológicas sujeto-predicado de la filosofía especulativa de Hegel para argumentar que el concepto hegeliano de la Constitución estaba plagado de contradicciones porque partía de la premisa de que el Estado en cuanto forma era quien otorgaba a la historia sus límites y su continuidad, mientras que la sociedad civil era una esfera derivativa que había emergido en su interior como un «predicado» necesario o como una autodeterminación de este sujeto subyacente. Por el contrario, afirmaba ahora Marx, la sociedad civil era el sujeto unificador o el sustrato de la historia. Sin embargo, allí donde Hegel había reconocido la modernidad de la sociedad civil como una esfera específica derivada de la categoría primaria del Estado, la inversión «materialista» de esta

relación sujeto-predicado presuponía la continuidad transhistórica de la sociedad civil como la instancia determinante. La *bürgerliche Gesellschaft* era el sujeto de la historia, desde los primeros momentos de la división del trabajo hasta su inminente abolición.

Antes de llegar a esta concepción de la historia de la sociedad civil (su primera versión del materialismo histórico), Marx había articulado su patrón básico mediante formas constitucionales radical-democráticas, sin las especificaciones de la economía política. Sorprendentemente, había pasado por alto el agudo análisis que el propio Hegel había hecho de las crisis comerciales y de la pauperización para así poder centrarse en la concepción hegeliana de la división de poderes dentro de la denominada monarquía constitucional, llegando entonces a la conclusión de que las consecuencias radicales de un conflicto constitucional, desencadenado por la separación del Estado y la sociedad civil, no podían pensarse definitivamente sin entender las divisiones internas que esta separación había provocado en la sociedad civil. Estas divisiones solo podían explicarse a través de las leyes de la competencia mediante las cuales la riqueza se divide en las tres formas de ingreso (renta, beneficio y salario), que designan a los protagonistas de una lucha de clases cada vez más intensa. La crítica de la economía política conducía a identificar una ley de la acumulación que culminaba en una polarización de clase absoluta que, a su vez, inexorablemente, conducía a su propia abolición y, con ella, a la abolición del Estado, la propiedad privada y la familia.

Al igual que el resto de los jóvenes hegelianos, Marx sostenía que toda relación particular y toda forma no basada directamente en la universalidad humana debería abolirse. La variante específica de Marx de esta convicción se podría describir mejor como «abolicionismo». Los jóvenes hegelianos sostenían que la religión, el Estado y la propiedad merecían perecer (con concepciones diversas de lo que esto supondría), porque la crítica había demostrado que eran artefactos de la servidumbre y de la ignorancia humanas. En el siglo anterior, la crítica ilustrada había vaciado el antiguo régimen, haciendo así posible y necesaria la revolución. La abolición de los privilegios feudales mediante un acto de la Asamblea constituyente revolucionaria francesa configuraba el caso paradigmático de la disolución de las divisiones particularistas de estatus mediante una asociación que actúa en nombre de la humanidad. Para Marx, lo universal de la condición humana era aquello que estaba constitutivamente excluido de las formas particulares que, «en el orden

mundial existente», cualificaban a los individuos para ser miembros de pleno derecho de la raza humana: familia, propiedad y prueba de ciudadanía. Estas formas particulares no eran mediaciones entre lo individual y lo universal, sino que existían realmente en un estado de oposición extrema a lo universal, a la multitud «informe» de individuos que debían pasar de ser nada a serlo todo, en la fórmula del abate Sieyès.

La materialización de la filosofía

El desarrollo de la filosofía del derecho tardía de Hegel y la importancia que adquirió en el pensamiento de los jóvenes hegelianos, por encima de todos, en el de Marx, deben entenderse en su relación con el momento histórico: Prusia en las primeras décadas del siglo XIX⁶. Tras la estrepitosa derrota en Jena en 1806, un grupo de oficiales y burócratas fieles al régimen inició un proyecto de reformas administrativas de amplio alcance, que estableció el nuevo sistema universitario, un nuevo orden militar, la apertura a las corrientes modernas de la teología protestante y el comienzo de la transformación de la nobleza *juncker* en terratenientes capitalistas. Una camarilla de funcionarios afines, que incluía a Alexander von Humboldt y Carl von Clausewitz, atrajo a Hegel a sus filas. Prusia adquiría ahora una naturaleza enigmática y dual, era un antiguo régimen que se automodernizaba. El ímpetu de la era reformista continuó tras la victoria sobre Napoleón, aunque se enfrentó a una oposición cada vez más decidida desde dos frentes distintos: quienes habían esperado que se formaría una nueva comunidad nacional desde abajo por parte del pueblo llano que se había alzado contra Napoleón, y los tradicionalistas que trataban de conservar el antiguo orden. La filosofía de Hegel apuntaba contra estas dos caras de la oposición a las políticas prusianas de la era de la reforma: el populismo romántico y el autoritarismo evangélico. Tras la muerte de Hegel, en 1831, el apogeo de su escuela filosófica, que se había prolongado durante quince años, inició su declive a medida que sus oponentes empezaban a triunfar en la lucha por el posicionamiento académico y el patrocinio oficial. Los seguidores de Hegel tenían aún un poderoso patrocinador en la persona del ministro de Cultura, Karl vom Stein zum Altenstein, pero con su muerte, acaecida una década más tarde, su fortuna se hundió con rapidez.

⁶ Para profundizar en este contexto, consúltese Jonathan Toews, *The Path Towards Dialectical Humanism, 1805-1841*, Cambridge, 1980; Warren Breckman, *Marx, the Young Hegelians and the Origins of Radical Social Theory*, Cambridge, 2001; Stathis Kouvelakis, *Philosophy and Revolution: From Kant to Marx*, Londres, 2003. Querría agradecer a Michael Heinrich y Charles Post sus útiles críticas y sugerencias sobre versiones anteriores de este ensayo.

¿Cuál era el atractivo de la filosofía de Hegel para sus mecenas oficiales durante la década de reformas que se registra tras la derrota napoleónica? Marx explicaba el contexto del impacto explosivo de esta extraña nueva lengua hablando de la era de la censura, que se extiende entre 1819 y 1830 y que coincide con el apogeo de los hegelianos:

En aquel tiempo, el único campo literario en el que se podía aún sentir el pulso de un espíritu vivo, el campo filosófico, dejó de hablar alemán, porque el alemán había dejado de ser la lengua del pensamiento. El espíritu hablaba en palabras misteriosas e incomprensibles porque a las palabras comprensibles ya no se les permitía ser comprendidas⁷.

Excepto para los círculos internos de los iniciados académicos, su filosofía era tan ininteligible entonces como lo sigue siendo hoy para la mayoría de la gente culta, pero su mensaje era claro: aquello que era real (la prosaica época moderna, individualista, que los rodeaba) no era una caída desde alguna otra condición (la bella *polis* griega, la Edad Media orgánica), sino que era racional, tenía una *raison d'être*, y la misión de la filosofía era identificar y exponer esa razón.

Los hegelianos conservadores solían representar la brecha entre las normas racionales y los hechos más sórdidos del statu quo como racional en sí mismo, aunque en un sentido más misterioso y superior. Los denominados jóvenes hegelianos no solo rechazaban estas apologías, sino que acabaron por concluir que la filosofía, en tanto que interpretación de la razón que había tras un mundo aparentemente irracional, suponía la perpetuación de este último. Esta racionalidad esotérica, que dependía de su opuesto, era en sí defectuosa. La filosofía era intrínsecamente cómplice de la perpetuación de un antiguo régimen secularizado a medias que, sencillamente, no era capaz de reconocer a sus súbditos como seres racionales y libres. Para los jóvenes hegelianos el formato de toda crítica era la crítica de la religión cristiana: la dualidad agustiniana de un valle de lágrimas y de una salvación prometida en otro mundo. La

⁷ K. Marx, «Debatten über Preßfreiheit und Publikation der Landständischen Verhandlungen», *Rheinische Zeitung*, núm. 128, 8 de mayo de 1842, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, 45 vols., Berlín/DDR, Dietz Verlag, 1956-1990, Band 1, 1976, p. 36 (de ahora en adelante, *MEW*) [«Das einzige Literaturgebiet, in welchem damals noch lebendiger Geist pulsierte, das philosophische, hörte auf, deutsch zu sprechen, weil die deutsche Sprache aufgehört hatte, die Sprache des Gedankens zu sein. Der Geist sprach in unverständlichen, mysteriösen Worten, weil die verständlichen Worte nicht mehr verständig sein durften»]; «Debates on Freedom of the Press and Publication of the Proceedings of the Assembly of the Estates», Supplement, en *MECW*, cit., 1975, vol. 1, p. 140.

crítica de la teología pretendía despertar a la nación de su servidumbre voluntaria y poner en marcha la disolución del viejo orden en Alemania. En una formulación posterior, Marx capturó la premisa central de esta corriente efímera:

La crítica de la religión culmina con la enseñanza de que el hombre es el ser supremo para el hombre, por lo tanto, con el imperativo categórico de derrocar cualquier relación en la que el hombre sea un ser corrupto, esclavizado, olvidado y despreciado⁸.

Por lo tanto, estos discípulos del recientemente fallecido Hegel llegaron repentinamente a considerar su sistema como la lógica enrevesada de este mundo dividido y decadente. Podría decirse que la lectura que Marx hacía de Hegel era unilateral⁹. Pero era precisamente la multilateralidad del sistema hegeliano, su falta de definiciones directas sobre las que se pudiera desarrollar un conocimiento positivo de la situación histórica contemporánea, lo que de improviso lo hacía inútil ante las inminentes situaciones de «o lo uno o lo otro».

Antiguos y modernos

Para los hegelianos de izquierda, los años centrales del siglo XIX constituían la última fase de la era cristiana, la última en la que el hombre estaría sometido a poderes ajenos a su propia creación. Una larga edad media de dualismo religioso-temporal llegaba a su fin, junto con el amanecer de la era humana. En este sentido, podría decirse que los jóvenes hegelianos se quedaban por detrás de la explicación del maestro de cómo la subordinación de la Iglesia al Estado provocó la separación y el conflicto entre el Estado y la sociedad civil, el combate del «poder» y la «riqueza» que había dramatizado en la *Fenomenología*. Los jóvenes hegelianos eran el producto

⁸ K. Marx, «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie. Einleitung» [1843], *MEW*, cit., Band I, pp. 378-391 [«Die Kritik der Religion endet mit der Lehre, daß der Mensch das höchste Wesen für den Menschen sei, also mit dem kategorischen Imperativ, alle Verhältnisse umzuwerfen, in denen der Mensch ein erniedrigtes, ein geknechtetes, ein verlassenes, ein verächtliches Wesen ist», p. 385]; «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law. Introduction», *MECW*, cit., 1975, vol. 3, p. 182 [ed. cast.: *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-textos, 2014].

⁹ Marx no había leído nada de la obra de Hegel anterior a la *Fenomenología*. Poseía un conocimiento profundo de esta última, así como de la *Lógica*, la *Enciclopedia lógica* y la *Filosofía del Derecho*, y de las conferencias sobre filosofía de la historia, sobre la historia de la filosofía y sobre estética. Consúltese Norman Levine, *Marx's Discourse with Hegel*, Nueva York, 2012. Por supuesto, Hegel era aún en parte una figura viva y, por lo tanto, el tono de la crítica de Marx era muy diferente del que adoptan los estudios académicos posteriores sobre Hegel.

de un ambiente aún provinciano que no podía apreciar la relevancia de las reflexiones del maestro sobre la riqueza de las naciones. La afirmación de que *le doux commerce* descartaba el regreso de cualquier variante del austero bien común de los antiguos tenía un pedigrí que se remontaba a Benjamin Constant y que los radicales veían con sospecha. El primer Marx no reconocía, en primera instancia, ninguna discontinuidad entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos que no pudiera superarse:

Solo este sentimiento, que se esfumó del mundo con los griegos y que, bajo la cristiandad, desapareció entre la neblina azul de los cielos, puede de nuevo transformar a la sociedad en una comunidad de seres humanos unidos por sus intenciones más excelsas, en un Estado democrático¹⁰.

Esta relación con la antigüedad no impedía que abrazara ávidamente la modernidad, si bien, en este momento, quizá existiera una sutil diferencia de actitud entre Marx y Engels sobre este asunto. Engels citaba a Heinrich Heine: «No somos romanos, nosotros fumamos tabaco»¹¹, una afirmación que ambos podían suscribir, aunque en el caso de Marx habría que matizarla. El tenue mantenimiento de este vínculo enigmático con la Antigüedad persistió hasta 1852, cuando la rechazó con vehemencia en los pasajes memorables que inician *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Antes de toparse con los problemas de la economía política –las formas del intercambio dependientes de la sociedad civil que operan con el rigor de ley– Marx tendía a pensar en el mundo atomista de la sociedad burguesa en términos de la forma de personalidad legal que los juristas romanos desarrollaron en el contexto de disolución de todos los lazos sustanciales de ciudadanía y parentesco¹².

¹⁰ K. Marx, carta a Arnold Ruge, septiembre de 1843, *MEW*, cit., Band 1, 1976, pp. 338-339 [«Nur dies Gefühl, welches mit den Griechen aus der Welt und mit dem Christentum in den blauen Dunst des Himmels verschwindet, kann aus der Gesellschaft wieder eine Gemeinschaft der Menschen für ihre höchsten Zwecke, einen demokratischen Staat machen»]; *MECW*, cit., vol. 3, p. 137.

¹¹ F. Engels, «Das Fest der Nationen in London» [diciembre de 1845], *MEW*, cit., Band 2, 1972, pp. 610-624 [«Wir sind keine Römer, wir rauchen Tabak», p. 612]; «The Festival of Nations in London», *MECW*, cit., 1976, vol. 6, p. 4.

¹² Las controversias entre los partidarios del derecho romano y del derecho germánico se remontaban a varios siglos atrás y adquirieron una nueva importancia en el contexto ideológico de los debates que se suscitaron durante los conflictos de la Restauración acerca de los principios que subyacen a la codificación legal. En la *Filosofía del Derecho*, Hegel había negado que el derecho romano poseyera incluso el criterio mínimo de racionalidad, puesto que su desarrollo unilateral de los derechos de propiedad absolutos hacía imposible distinguir entre personas y cosas. Aunque Hegel llegó a entender los tiempos modernos como, en cierto sentido, una era germánica, abogaba, a diferencia de Montesquieu, por extirpar cualquier vestigio de derecho feudal,

Roma entonces se perfilaba como aquel mundo que había surgido de la disolución de la *polis* clásica, un mundo de átomos subjetivos desatados, regulados por las leyes de la guerra y de la propiedad privada, un mundo que con el tiempo se había agotado y se había hundido bajo el despotismo de los césares. Esta nivelación hacia abajo y ese sometimiento del mundo antiguo al despotismo universal eran para Hegel y los jóvenes hegelianos el crisol del cristianismo, la religión de una trascendencia imaginaria de un mundo desenraizado y esclavizado. El final de la era cristiana posclásica se entendía, por lo tanto, como una especie de regreso a sus orígenes atomizados, pero con la expectativa, que emanaba de las transformaciones y revueltas espirituales que iban ocurriendo, de la abolición de todos los poderes ajenos. La alternativa al avance resuelto de la emancipación era una nueva era de cesarismo, que desembocaría en la barbarie¹³.

Los jóvenes hegelianos predecían que la próxima era de emancipación implicaría tanto una repetición como una trascendencia de la Ilustración. El rechazo de la concepción hegeliana de esta trascendencia había despejado el camino para una reevaluación del materialismo inglés y francés del siglo anterior, que Hegel había pretendido subsumir dentro de su sistema. Marx se inició en ese mundo filosófico prehegeliano a través de las historias intelectuales de Feuerbach y así adquirió conciencia de la necesidad de emprender un estudio más profundo del materialismo y del empirismo ilustrados. «La metafísica del siglo XVII —escribió—, borrada del mapa por la Ilustración francesa, especialmente por el materialismo francés del siglo XVIII, experimentó una rehabilitación victoriosa y sustancial en la filosofía alemana, especialmente en la filosofía

incluyendo la disolución de las diversas formas de propiedad común que siempre habían existido en los intersticios del viejo orden. Para Marx era precisamente ese desarrollo severo y unilateral de las relaciones legales, característico de la jurisprudencia romana, capaz de acomodarse tanto a la esclavitud como al despotismo, lo que era «racional», mientras que sostenía que el dualismo, característicamente germánico, de lo público y lo privado, que Hegel defendía, era «místico». Esta manera de concebir la oposición entre los dos modelos jurídicos puede decirse que carece de justificación histórica, puesto que la jurisprudencia romana fue la primera que estableció una distinción clara entre derecho público y derecho privado y que desarrolló una clara concepción del primero —*publicum jus est quod statum rei Romanae spectat* [«el derecho público es el que atañe al Estado romano»]— que quedó oculta en el orden feudal de la Edad Media.

¹³ El vínculo entre cesarismo y proletarización fue el tema del estudio posterior de Bruno Bauer, *Christus und die Caesaren*, Berlín, 1877. Véase también, para una posterior articulación de los mismos temas, Theodor Adorno, «Spengler nach dem Untergang», en *Kulturkritik und Gesellschaft I. Prismen*, Frankfurt, 1977, pp. 47-71; «Spengler after the Decline», *Prisms*, Cambridge (MA), 1981 [ed. cast.: *Crítica de la cultura y sociedad I*, Madrid, Akal, 2008].

especulativa alemana del siglo XIX»¹⁴. Llegaría pronto a la conclusión de que ahora los radicales alemanes se encontraban, en relación a Hegel, en la misma posición en la que se habían encontrado los franceses del siglo XVIII en relación a Descartes, una situación que exigía el redescubrimiento de su forma de crítica, experimental y orientada hacia el empirismo. Pero ¿por qué esta gran época anterior del librepensamiento no había conseguido romper el dominio de la religión?

Esta cuestión circunscribe el contexto intelectual en el cual puede comprenderse la orientación política de la tesis doctoral de Marx sobre las dos variantes del atomismo antiguo. El epicureísmo, especialmente tal y como se presenta en el poema filosófico de Lucrecio, *De rerum natura*, era una influencia dominante en las concepciones modernas de la naturaleza y de la política, desde Maquiavelo, pasando por Spinoza, hasta Diderot y sus contemporáneos. El estudio que Marx hace de Epicuro puede entenderse como la exhumación de un elemento del pensamiento ilustrado que no había sido aún detectado por la escuela hegeliana. Bruno Bauer podría haber señalado a Marx que el átomo zigzagueante de Epicuro podía considerarse como una figura de la autoconciencia negativa, resistente, cuya importancia necesitaría explorarse con más detenimiento en el dilema actual del hegelianismo. El atomismo, en opinión de Hegel, era una expresión filosófica de una profunda corriente de la existencia moderna no limitada por las relaciones y perspectivas solidificadas. Él había defendido que el espíritu de la Ilustración radical era atomista, ligando así una concepción empirista de la naturaleza con las pasiones y los intereses desatados de la emergente sociedad civil: «En los tiempos modernos la importancia de la teoría atomista es aún más evidente en la ciencia política que en las ciencias físicas»¹⁵.

Para Hegel, el corolario político del atomismo epicúreo había sido la concepción rousseauoniana de la ley como la voluntad general que surgen de una multitud de voluntades individuales en un casi imposible

¹⁴ K. Marx, *Die heilige Familie* [1844], MEW, cit., Band 2, 1972, p. 132 [«Die Metaphysik des 17. Jahrhunderts, welche von der französischen Aufklärung und namentlich von dem französischen Materialismus des 18. Jahrhunderts aus dem Felde geschlagen war, erlebte ihre siegreiche und gehaltvolle Restauration in der deutschen Philosophie und namentlich in der spekulativen deutschen Philosophie des 19. Jahrhunderts»]; MECW, cit., 1975, vol. 4, p. 125 [ed. cast.: *La sagrada familia*, Madrid, Akal, 2013].

¹⁵ G. F. W. Hegel, *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse. Logik*, 1817; *Hegel's Logic: Being Part One of the Encyclopedia of the Philosophical Sciences*, Oxford, 1975, p. 80 [ed. cast.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*, Madrid, Alianza Editorial, 2005].

unísono. Sus escritos políticos de madurez se ocupaban del problema de cómo orquestar conceptualmente este caos atomista y esta división interna carente de normas en un orden espontáneo que se asemejara a una ley, sin recurrir al terror. Es, por lo tanto, importante señalar que el corpus hegeliano está salpimentado de comentarios denigrantes sobre Epicuro, mientras que apenas se menciona a Lucrecio. A pesar de la adhesión general de Marx al maestro, sus comentarios sobre el poeta romano pulsán una nota discordante: «Lucrecio es el auténtico poeta épico romano, pues canta la sustancia del espíritu romano [...], la guerra *omnium contra omnes*, el rígido molde del ser-para-sí, una naturaleza sin dios y un dios alejado del mundo»¹⁶. La identificación del atomismo con la guerra de todos contra todos hace patente la relación de la tesis doctoral con la crítica posterior de la sociedad civil. El «atomismo» tentativo de Marx era una anticipación metafísica de su crítica de la concepción de las leyes, tanto las de Hegel como las de la economía política, esas leyes de las que estos individuos atomizados y sin amo llegan a ser súbditos. La tesis es el principio de la crítica de una concepción de la necesidad como un orden de leyes al que todos se adhieren: los materialistas ilustrados, Hegel y los representantes de la economía política, la crítica de una concepción que disimulaba los dualismos incoherentes que, a su vez, ocultaban una rabiosa dialéctica de leyes y excepciones.

El dualismo del Estado y de la sociedad civil

Marx no se había posicionado en la extrema izquierda de los jóvenes hegelianos, puesto que sentía más profundamente la importancia de las luchas políticas que, al menos en su inicio, adoptarían una forma liberal. Todavía en 1840, su amigo íntimo en este entorno, Karl Friedrich Koeppen, le dedicaba un libro sobre Federico el Grande y, hasta 1842, aún pensaba que la «monarquía constitucional» prusiana era un marco de trabajo dentro del cual era posible el progreso histórico. Podría decirse que la corriente de los jóvenes hegelianos había presupuesto la perspectiva de la transformación de Prusia en un «Estado racional». Su breve apogeo se circunscribía

¹⁶ K. Marx, *Hefte zur epikureischen, stoischen und skeptischen Philosophie* [disertación, marzo de 1841], *MEW*, Band 40, 1968, pp. 13-255 [«Lukrez ist der echt römische Heldendichter, denn er besingt die Substanz des römischen Geistes; statt der heitern, kräftigen, totalen Gestalten des Homer haben wir hier feste, undurchdringliche, gewappnete Helden, denen alle andern Qualitäten abgehn, den Krieg omnium contra omnes, die starre Form des Fürsichseins, eine entgötterte Natur und einen entweiteten Gott», p. 170]; «The Difference Between the Democritean and Epicurean Philosophy of Nature», *MECW*, Cit., vol. 1, p. 475 [ed. cast.: *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, México DF, FCE, 2004].

dentro de los límites exteriores del concepto hegeliano del Estado, que parecía contener la expectativa de su consumación secular.

Con el cierre de la *Rheinische Zeitung* en 1843 por parte de las autoridades prusianas, Marx decidió incrementar su lucha periodística contra ellas desde París, donde creía que estaría fuera de su alcance. Antes de su partida, se sumergió en un estudio detallado del carácter histórico de sus adversarios. La problemática que guiaba sus lecturas, documentadas en los *Cuadernos de Kreuznach*, escritos durante el verano de ese año, era el origen y la naturaleza de la monarquía constitucional moderna o, en realidad, el statu quo semiparlamentario y, de hecho, solo semiconstitucional de Europa Central y Europa Occidental¹⁷. Estos cuadernos de notas, que no demuestran el más mínimo interés por la economía política, persiguen un análisis histórico comparativo de la emergencia de las instituciones representativas a partir de los Estados-monarquía feudales y posfeudales de Inglaterra, Francia, Alemania y Suecia¹⁸. ¿Dónde encaja Prusia en esta historia más amplia? Marx defendía la opinión radical que entonces prevalecía de que Prusia era únicamente un caso tardío, periférico y, por lo tanto, caricaturesco de la persistencia del antiguo régimen a lo largo de esa gran transición de la monarquía feudal a la moderna «monarquía constitucional». En último término, Marx pretendía identificar la forma común de las transformaciones políticas que habían surgido a partir de la Revolución Francesa y de la restauración parcial del antiguo régimen que había acontecido después. Observaba sagazmente que la persistencia de este se expresaba en una *teología política* que neutralizaba la pregunta de quién detenta, en última instancia, el poder soberano del Estado —¿el pueblo o el rey?—, mediante la afirmación de que es el Estado mismo, o su Constitución, el que es soberano. Rechazaba esta última afirmación como incoherente y pretendía restaurar la aguda antítesis de soberanía real *versus* soberanía popular que había sido escamoteada. Insertaba este problema constitucional en la relación existente entre poder constituyente y poder constituido formulándolo en términos feuerbachianos:

¹⁷ K. Marx, «Historisch-politische Notizen (Kreuznacher Hefte 1-5)» [1843], *MEGA*, sección 4, tomo 2, Berlín, 1981.

¹⁸ En la lista de lecturas de Kreuznach figura ampliamente el género que hoy llamaríamos teoría política: *El príncipe*, de Maquiavelo, *El contrato social*, de Rousseau, y *Sobre la constitución de los espartanos*, de Jenofonte. Como señalaba Althusser en su brillante ensayo «Sobre el joven Marx», este programa de lecturas era una tentativa de remontarse a las fuentes de Hegel, a la verdadera historia de la ley y de la sociedad, así como a los modos de escritura más próximos a ella, antes de que Hegel los subsumiera en una apariencia especulativa de la historia real.

En general, podemos señalar que la conversión del sujeto en el predicado y del predicado en el sujeto, el intercambio de quién determina o de quién es determinado, es siempre la revolución más inmediata¹⁹.

El problema de esta investigación histórica era identificar las condiciones de la inversión del sujeto y el predicado, de la relación entre el Estado y la sociedad civil tal y como se expresaba en la división de poderes constitucional entre el poder ejecutivo y el poder legislativo. Este momento histórico de inversión era el paso de un Estado monárquico tradicional a la dualidad ejecutivo-legislativo de la monarquía constitucional, a partir de la cual Marx creía que el paso siguiente sería la supremacía del poder legislativo, que despejaría el camino hacia la autodeterminación de la sociedad. Se podría decir que, en un primer momento, él había adoptado por defecto una comprensión rousseauniana de la soberanía popular. Pero ese mismo verano leyó al conservador Karl Wilhelm Lancivolle, cuya historia de Francia intentaba exponer la naturaleza ficticia de esta concepción del pueblo como poder constituyente. Incluso antes de comenzar su investigación de la economía política y la literatura socialista contemporánea, Marx era consciente de los límites de la vieja tradición prerrevolucionaria de la «filosofía política», si bien su crítica de la *Filosofía del Derecho* de Hegel operó en el límite de sus conceptos.

Más allá de la monarquía constitucional

Hegel solía volver a contar la historia como si esta fuera el proceso de la diferenciación de esferas separadas y opuestas a partir de una unidad original, que culminaba en su reconciliación, expresada mediante la forma de un sistema de categorías racionalmente interrelacionadas. Esta forma de plantear las cosas parece mística, pero pretende expresar de la única manera posible que el Estado, la propiedad y la familia están ahí para establecer el orden en el que se presuponen o se «determinan» entre sí. Pero solo donde se han abolido los privilegios legales y las distinciones de estatus y se ha reconocido la igualdad legal y la libertad contractual puede definirse adecuadamente el Estado, la propiedad privada y la familia. De esta manera, la historia de cómo llega a existir esta última condición puede presentarse como una historia de la diferenciación, la lucha y la reconciliación de estas categorías.

¹⁹ K. Marx, «Historisch-politische Notizen (Kreuznacher Hefte 1-5)» [1843], *MEGA*, sección 4, Band 2, Berlín, 1981, p. 145; «A Passage from the Kreuznach Notebooks of 1843», *MECW*, cit., vol. 3, p. 130.

Aristóteles había pretendido diferenciar el gobierno político sobre los conciudadanos, la autoridad paterna sobre las mujeres y los niños y el dominio del amo sobre el esclavo, pero fue incapaz de articular estas distinciones de manera clara porque aceptaba las premisas de la esclavitud. El descubrimiento y la elaboración del concepto de «sociedad civil» por parte de Hegel pretendía resolver los problemas categoriales que a Aristóteles y, en general, al pensamiento jurídico-político anterior se les habían resistido siempre.

Para Hegel, el concepto de Estado empezaba a conformarse una vez que explícitamente se definía como separado y opuesto a una multitud de individuos atomizados que asumían la forma de personas legales abstractas, con el derecho a la propiedad y su alienación contractual. Este orden de personas y propiedad —el *nomos* de la sociedad burguesa— no adquiría existencia mediante normas legales, sino que se reconocía como una presuposición concreta en la comunidad en general de los Estados europeos posfeudales. Las concepciones de la soberanía del derecho natural, tal y como las exponían Hobbes, Locke y Pufendorf, articulaban las premisas de este nuevo orden emergente. La filosofía hegeliana del derecho constitucional era a la vez una continuación de esta ruptura de la modernidad temprana con la concepción aristotélica de la comunidad política y una réplica a esta: «La ciudad es anterior en el orden de la naturaleza a la familia y al individuo. La razón de ello es que el todo es necesariamente anterior a sus partes»²⁰. Hegel había buscado superar la dinámica autodebilitante que yace en el corazón de la oposición entre el Estado moderno y la sociedad confiriendo a esta las pretensiones holísticas de la *polis*. Pretendía inmovilizar la separación del Estado y la sociedad civil, evitando los antagonismos irreconciliables que se suscitaban a medida que se desarrollaba esta. El paternalismo burocrático del statu quo prusiano obstaculizaba la dinámica espontánea y las divisiones de clase resultantes de la sociedad civil. Hegel argumentaba que esta supervisión era necesaria porque las interacciones de la sociedad civil generaban una polarización de la riqueza y la pobreza que, a su vez, producía las perturbaciones civiles que había que neutralizar periódicamente. De esto se deduce que hay que ofrecer a las autoridades en su conjunto un margen más amplio para la imposición de las leyes. «Esta idealidad tiene su adecuada realidad únicamente cuando el Estado se halla en una situación de guerra

²⁰ Aristóteles, *Politics*, Oxford, 1995, p. 11 [ed. cast.: *Política*, Madrid, Gredos, 1995].

o de emergencia [...], mientras que su situación “pacífica” es precisamente la guerra y la miseria del egoísmo»²¹.

Así pues, no solo el concepto de derecho de Hegel estaba dividido entre lo privado y lo público, sino que el derecho público mismo estaba a su vez dividido entre las normas legislativas y las medidas ejecutivas improvisadas. La monarquía constitucional semiparlamentaria, lejos de ser la resolución orgánica del dualismo Estado-sociedad, se encuentra en un permanente estado de emergencia y de crisis constitucional. La concepción circular de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil que sostiene Hegel conduce a una concepción incoherente de la división de poderes. La dualidad del Estado y de la sociedad civil se perpetúa mediante la formación de compromiso de una monarquía constitucional y se echaría a perder en una república permeable a la cuestión social. En opinión de Hegel, la Revolución Francesa había demostrado que la única acción posible del pueblo en su conjunto, o, mejor dicho, de una convención que actúa en su nombre, era la abolición de los privilegios; una multitud indiferenciada nunca podría ser un poder constituyente en el sentido constructivo. Como resultado, el cambio histórico no se manifiesta como la acción legislativa consciente de un poder constituyente, sino que siempre se despliega, sin percibirse apenas, a través de revoluciones pasivas que conservan las formas constitucionales del antiguo régimen a la vez que las niegan y las asimilan. En el escenario radical-democrático bosquejado por Marx, el cuerpo legislativo presente en la división de poderes constitucional se convertiría en el *locus* del poder constituyente en el supuesto de que, en nombre de la sociedad, pudiera someter a su voluntad al poder ejecutivo y se asegurara así de que no se le pudiera imponer ninguna obligación que no se hubiera impuesto a sí misma mediante sus representantes electos. «La Constitución representativa es un gran avance, pues es la expresión abierta, auténtica y consistente de la condición del Estado moderno. Es la contradicción indisimulada»²².

²¹ K. Marx, «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», cit., p. 223 [«Seine „eigentümliche Wirklichkeit“ hat dieser Idealismus nur im „Kriegs- oder Notzustand“ des Staats, so daß sich hier sein Wesen als „Kriegs- und Notzustand“ des wirklichen bestehenden Staats ausspricht, während sein „friedlicher“ Zustand eben der Krieg und die Not der Selbstsucht ist»]; «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», cit., p. 22.

²² *Ibid.*, p. 279 [«Die repräsentative Verfassung ist ein großer Fortschritt, weil sie der offene, unverfälschte, konsequente Ausdruck des modernen Staatszustandes ist. Sie ist der unverhohlene Widerspruch»]; *ibid.*, p. 75.

Para los liberales clásicos, el derecho a voto basado en la propiedad parecía ser una expresión inevitable de las realidades sociales modernas. Solo los propietarios pueden sostener el principio de *no taxation without representation* [«ninguna tributación sin representación»], que es el nexo sobre el que se basa la división de Estado y sociedad civil. Pero era difícil saber cómo podría reconciliarse esto con la afirmación de que dichos organismos podían legislar atendiendo a la voluntad general de la nación. Se trataba, verdaderamente, de una «contradicción indisoluble». La separación del Estado y de la sociedad civil implicaba la abolición de las formas particulares de la representación por estamentos, pero posteriormente parecía reconstruir una diferencia de estatus entre ciudadanos de primera y de segunda clase.

Hegel había pretendido neutralizar las contradicciones de la sociedad civil, que habían alcanzado un relieve mucho más agudo dentro del entramado del sufragio crudamente propietario del parlamentarismo inglés y francés contemporáneo. Su alternativa a este primer orden liberal de individualismo atomista, competencia y abierta división de clases tanto dentro como fuera de la asamblea legislativa, era un consejo provisional en el cual representantes del funcionariado colegiado, de las asociaciones profesionales y de los gremios aconsejarían al ejecutivo a la hora de aprobar la legislación y negociar diversos aspectos de la fiscalidad. Para apuntalar este destatado edificio corporativista se contaba con la institución del antiguo régimen que privilegiaba jurídicamente la propiedad de la tierra. La inalienabilidad de la propiedad de la tierra era el eje de la superioridad aparente, aunque ilusoria, de la burocracia del Estado sobre la sociedad civil. El control de la sociedad civil dentro de la forma Estado se aseguraba mediante la subordinación de un impotente poder legislativo semirrepresentativo a un poder ejecutivo que a su vez se basaba en la protección de la propiedad alienable y móvil propia de las ciudades mediante la propiedad inalienable de la tierra de las zonas rurales característica del antiguo régimen. Incluso antes de descubrir la economía política oculta tras este escenario de las fases de la lucha de clases, Marx ya había identificado en su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* su lógica constitucional. El primer paso de una secuencia que culminará en la emancipación social tendría que ser la abolición de los tributos sin representación. El paso siguiente sería la abolición de los privilegios legales de la propiedad de la tierra, que constituía la base de la renta como una forma de ingreso separada. La disolución de la propiedad de la tierra desencadenaría la tendencia al desarraigo propia de la propiedad mobiliaria, dependiente de la competencia, con una serie de consecuencias revolucionarias.

Es necesario que esta apariencia sea abolida. Es necesario que la propiedad de la tierra, la raíz de la propiedad privada, se vea completamente arrastrada por el movimiento de la propiedad privada y que se convierta en una mercancía; que el dominio del propietario se presente como el dominio sin disimulos de la propiedad privada, del capital, liberado de cualquier tinte político²³.

La verdad contenida en la teoría de Hegel, percibía Marx, era que el nuevo mundo de la sociedad burguesa moderna sí descansaba de hecho sobre el antiguo régimen, conservado y trascendido, y que, sin esta protección vestigial, las contradicciones internas de su desarrollo lo empujarían a su autodisolución. Pero este avance solo podría alcanzarse mediante una ampliación del sufragio que incluyera a todas las clases en la arena política, para así después transformar el Estado y convertirlo en una mera forma de autodeterminación social: «La reforma electoral dentro del Estado político abstracto –concluía– es, pues, la exigencia de su disolución, pero también por lo tanto la disolución de la sociedad civil»²⁴. O, tal y como lo expresaba en una carta a Arnold Ruge:

Al elevar el sistema representativo de su forma política a su forma universal y al extraer el verdadero significado que subyace bajo este sistema, el crítico al mismo tiempo obliga a su partido a traspasar sus propios confines, pues su victoria es al mismo tiempo su derrota²⁵.

La monarquía constitucional defendía la dualidad del Estado sobre y por encima de una sociedad civil de individuos egoístas en disputa y, por lo tanto, su abolición abriría las puertas a formas de autodeterminación en las cuales esta oposición se marchitaría. Desde sus inicios, en el boceto

²³ K. Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, MEW, cit., Band 40, pp. 465-588 [«Es ist nötig, daß dieser Schein aufgehoben wird, daß das Grundeigentum, die Wurzel des Privateigentums, ganz in die Bewegung des Privateigentums hereingerissen und zur Ware wird, daß die Herrschaft des Eigentümers als die reine Herrschaft des Privateigentums, des Kapitals, abgezogen von aller politischen Tinktur», p. 506]; *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, MECW, cit., vol. 3, p. 267 [ed. cast.: *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes, 1844*, OME 5, Barcelona, Editorial Crítica, 1978].

²⁴ K. Marx, «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», cit., p. 327 [«Die Wahlreform ist also innerhalb des abstrakten politischen Staats die Forderung seiner Auflösung, aber ebenso der Auflösung der bürgerlichen Gesellschaft»]; «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», cit., p. 121.

²⁵ K. Marx, «Briefe aus den Deutsch-Französischen Jahrbüchern» [1843], MEW, cit., Band 1, p. 337-346 [«Indem er [der Kritiker] das repräsentative System aus seiner politischen Form zu der allgemeinen Form erhebt und die wahre Bedeutung, die ihm zugrunde liegt, geltend macht, zwingt er zugleich diese Partei, über sich selbst hinauszugehen, denn ihr Sieg ist zugleich ihr Verlust», p. 345]; MECW, cit., vol. 3, p. 144 [ed. cast.: *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes, 1844*, OME 5, cit.].

de crítica a Hegel, la concepción de la revolución que Marx desarrolló antes de 1848 suponía el nexo específico de clase económica y de representación política característicos de las entidades semiparlamentarias europeas existentes en la época de la Restauración, el periodo en el que adquirió forma el espectro político moderno. En este contexto, se esperaba y se temía que la reforma electoral condujera a dar rienda suelta a los antagonismos de clase en el seno de la sociedad civil. Marx, inicialmente, no se había mostrado claro sobre las formas que ello asumiría, pero, incluso antes de que empezara a resolverlo, ya contemplaba este proceso como algo que empujaba inexorablemente hacia un ajuste de cuentas históricamente decisivo.

Sorprendentemente, Marx ignoró sin más la reflexión de Hegel sobre cómo la sociedad civil generaba necesariamente una inmensa riqueza en un polo y la chusma en el otro y cómo se adentraba así por el sendero de una incesante expansión exterior. La razón era que Marx rechazaba la conclusión conservadora a la que parecía conducir esta lúgubre teorización. Después de todo, Hegel había pretendido demostrar que la atomización y la división de la sociedad civil vaciaba a la soberanía popular de su sentido revolucionario. Pero la afirmación de que la oposición de la soberanía regia y la soberanía popular había sido neutralizada por la oposición transversal de Estado y sociedad civil no era simplemente una ideología reaccionaria, como el propio Marx no tardaría en descubrir. Aquí él pretendía articular un relato alternativo en el cual una sociedad civil atomista pudiera transformarse en un poder constituyente mediante la ampliación del sufragio.

La cuestión judía

El Marx de este periodo acabaría por considerar el comunismo como la solución al «enigma de la historia». ¿Por qué la ruptura de los viejos vínculos siempre llevaba a forjar otros nuevos en lugar de la esperada emancipación? Más específicamente, ¿por qué había fracasado la Revolución Francesa y no había cumplido sus promesas? Mientras que, a su manera propia e idiosincrática, algunos jóvenes hegelianos se habían considerado brevemente jacobinos, también se habían negado, no obstante, a creer que Alemania fuera solo una nación retrasada, condenada a pasar por una revolución derivada. Repetir la Revolución Francesa quería también decir trascenderla, superar los obstáculos combinados de la religión y del atomismo egoísta con los que aquella había tropezado. La Alemania de los

jóvenes hegelianos era la portadora del estandarte de una revelación atea, adornado con las nociones sansimonianas de la reconstrucción social²⁶.

Las principales figuras de los jóvenes hegelianos pretendían ocupar el punto privilegiado de la crítica absoluta de todo lo realmente existente, lo que desembocó en algunas memorables polémicas sectarias. Estas ganas de llegar a las conclusiones más radicales posibles, de romper con opiniones que se sostenían desde hacía muy poco, condujo a Marx a cuestionarse el escenario de la emancipación política como la puerta de entrada a la emancipación social, que justo acababa de elaborar en el contexto de su trabajo inacabado sobre Hegel. Tras el fracaso de los jóvenes hegelianos a la hora de galvanizar a la opinión pública con sus manifiestos y editoriales, el primer mentor de Marx, el teólogo Bruno Bauer, abandonó la causa de la oposición política liberal al Estado prusiano, rechazando en sus ensayos la exigencia, muy cargada simbólicamente, de la equidad civil judía. Estos ensayos se publicaron posteriormente en forma de libro y provocaron una serie de réplicas airadas de sus antiguos aliados²⁷. La ruptura de Marx con el liberalismo divergía radicalmente de la de Bauer y se situaba en completa oposición a ella. «Los extremos reales no pueden ser mediados entre sí precisamente porque son extremos reales»²⁸. La afirmación de Marx no solo podía aplicarse a los conflictos entre el statu quo del régimen y sus oponentes, sino también, a menudo, a las divisiones que surgían en este último campo. Sus polémicas con el ambiente provinciano en descomposición de los jóvenes hegelianos forjaron el molde de sus relaciones posteriores con amigos, aliados y enemigos en el más amplio mundo de la política europea.

Bruno Bauer sostenía que, sencillamente, una monarquía cristiano-germánica no ilustrada no podía garantizar la emancipación y negaba que los judíos no ilustrados, practicantes de su religión, pudieran ser emancipados alguna vez. Estos últimos no solo tendrían que renunciar a su anticuada religión; tendrían que pasar también por la experiencia de la disolución del cristianismo para alcanzar así una posición en la que pudieran emanciparse ellos mismos. Marx respondió que Bauer se quedaba dentro del horizonte del liberalismo que decía rechazar al mezclar la emancipación política (alcanzar la igualdad política y legal) con la emancipación total de

²⁶ W. Breckman, *Marx, The Young Hegelians, and the Origins of Radical Social Theory*, cit.

²⁷ Véase B. Bauer, «1842» [1844] y «Was ist jetzt der Gegenstand der Kritik?» [1844], en *Streit der Kritik mit den modernen Gegensätzen: mit Beiträgen von Bruno Bauer, Edgar Bauer, Ernst Jungnitz, Zelige U.a.*, Charlottenburg, 1847.

²⁸ K. Marx, «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», cit., p. 292 [«*Wirkliche Extreme können nicht miteinander vermittelt werden, eben weil sie wirkliche Extreme sind*»]; «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», cit., p. 88.

todas las potencias alienantes a las que la humanidad ha sido sometida. La emancipación política abolía las distinciones basadas en los privilegios legales y en las ventajas y desventajas de nacimiento, pero generaba otras nuevas que surgían de las coacciones sociales impersonales que gobiernan la interacción de la multitud de individuos ahora legalmente libres e iguales. La forma limitada y teológica de la crítica de Bauer igualaba ingenuamente la emancipación humana con el establecimiento de un Estado libre de la tutela clerical y teológica. La liberación de una esfera pública instruida era el punto máximo al que podía aspirar la filosofía de la autoconciencia de Bauer. Solo un humanismo atento a las necesidades y los sufrimientos corporales podía revelar las raíces seculares de la alienación y especificar la forma adecuada de desalienación. El breve entusiasmo de Marx por la obra de Feuerbach nace en este contexto.

En opinión de Bauer, los Estados Unidos de América eran la largamente anunciada Atlántida republicana. Marx remitía al lector a la caracterización de Tocqueville de los estadounidenses temerosos de Dios. La vida en Estados Unidos demostraba conclusivamente que la religión y la propiedad realmente florecían cuando perdían su estatus legal privilegiado y se relegaban a la esfera de la sociedad civil y a la guerra de todos contra todos. Incluso en la república más democrática, el orden civil que existe sobre y por encima de esta esfera del poder social impersonal podría ser únicamente un poder soberano imaginario. En este mundo dividido, la vida real se desplegaba en las trincheras miserables de la sociedad civil. Las relaciones sociales del antiguo régimen eran inseparables de las formas legales del privilegio y, por lo tanto, su abolición habría de ser un acto de legislación constitucional: una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Pero la separación del Estado y la sociedad civil había dado paso a divisiones de clase mediadas por el intercambio que ya no se basaban en los privilegios entendidos en el sentido antiguo, complicando el problema de las condiciones y las formas de su abolición. En el periodo de escritura de Marx que aquí examinamos esta complicación se manifestaba bajo la forma de una oposición de la emancipación política y la emancipación social o humana.

Esta oposición, que diferencia *La cuestión judía* de la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, suscitaba un problema nuevo, el de la naturaleza del periodo de transición. ¿Representa la democracia burguesa un estadio incompleto en la larga transición desde la servidumbre absoluta del feudalismo cristiano hasta la total emancipación humana, o era más bien un

nuevo y más elevado estadio de alienación y automistificación del hombre, un callejón sin salida y no un paso hacia la emancipación? La denominada cuestión judía no era meramente una cuestión de libertades civiles y de la aspiración a un Estado neutral desgajado del mundo privado de la sociedad civil, sino que también planteaba la cuestión de los estadios por los cuales tenía que pasar el proceso de la emancipación humana.

Bauer había afirmado que la emancipación humana estaba únicamente al alcance de los que habían pasado por el desarraigo espiritual del cristianismo, los que estaban experimentando el dolor radical de su disolución. La comunidad religiosa que había surgido a partir de la aniquilación de los cultos cananeos había sido a su vez aniquilada, espiritualmente hablando, por el cristianismo, que ahora estaba listo para su destrucción en un apocalipsis ateo. Marx señalaba que la lógica de la *sustitución* teológica de Bauer fracasaba a la hora de explicar la persistencia de un judaísmo supuestamente ya sustituido. El cristianismo y el judaísmo no eran ya objetos relevantes para la crítica: su relación solo podía examinarse como una alegoría de la oposición secular entre el Estado y la sociedad civil, en la cual la relación entre los dos era de presuposición mutua, no de sustitución. «El judaísmo alcanza su punto álgido con la perfección de la sociedad civil –mantenía–, pero solo es en el mundo cristiano en el que la sociedad civil alcanza la perfección»²⁹. El paraíso cristiano era una figura de la soberanía imaginaria que se ofrecía a la comunidad civil, mientras que el judaísmo permanecía en el mundo secular de las pasiones y los intereses irrefrenables, «trapicheando», podríamos decir. En este sentido, lejos de ser un fósil histórico, el judaísmo se identificaba aquí con el curso revolucionario de la sociedad burguesa moderna, aunque no sería hasta más tarde cuando Marx festejaría descaradamente la carrera de destrucción creativa de este último. Esta afirmación es la que puede resultar más ofensiva para los lectores posteriores. «Reconocemos en el judaísmo, por lo tanto, un elemento general *antisocial* del *tiempo presente*, un elemento que, a través del desarrollo histórico (al cual en este dañino aspecto los judíos han contribuido celosamente), se ha llevado hasta su presente alto nivel, en el que debe necesariamente comenzar a desintegrarse»³⁰.

²⁹ K. Marx, «Zur Judenfrage», *Deutsch-Französische Jahrbücher*, 1 [febrero de 1843], MEW, cit., Band 1, pp. 347-377 [«Das Judentum erreicht seinen Höhepunkt mit der Vollendung der bürgerlichen Gesellschaft; aber die bürgerliche Gesellschaft vollendet sich erst in der christlichen Welt», p. 376]; «On the Jewish Question», MECW, cit., vol. 3, p. 173 [ed. cast.: *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes*, 1844, OME 5, cit.].

³⁰ *Ibid.*, pp. 372-373 [«Wir erkennen also im Judentum ein allgemeines gegenwärtiges antisoziales Element, welches durch die geschichtliche Entwicklung, an welcher die Juden in dieser schlechten Beziehung eifrig mitgearbeitet, auf seine jetzige Höhe getrieben wurde, auf eine Höhe, auf welcher es sich notwendig auflösen muß»]; *ibid.*, p. 170.

Pero ¿acaso no era el más alto ideal de la labor crítica de los jóvenes hegelianos desatar «el elemento antisocial general del tiempo presente», hacer que todo lo sólido se desvaneciera en el aire? Bauer había considerado su propia crítica teológica atea como el disolvente del orden mundial existente y, sin duda, según sus propios criterios, los judíos merecían un elogio, no un desprecio. Marx respondía a Bauer en sus propios términos, términos cargados de un viejo y cristiano antijudaísmo, con las corrientes subterráneas de una forma más moderna de antisemitismo en la que la judeidad ya no religiosa se identificaba con el arcano mundo del poder financiero. En pro del argumento, Marx aceptaba tranquilamente las premisas e insinuaciones de Bauer y después les daba un significado totalmente nuevo: «La contradicción que existe entre el poder político práctico del judío y sus derechos políticos es la contradicción entre la política y el poder del dinero en general. Aunque teóricamente la primera es superior al segundo, en realidad la política se ha convertido en la sierva del poder financiero»³¹. Aquí es relevante la actitud tanto de Marx como de Engels ante el nuevo antisemitismo y su obsesión con los Rothschild, resumida por la respuesta del segundo a Grün, el «verdadero socialista»: «A Rothschild se le critica por sangrar hasta la extenuación a la burguesía, como si no fuera algo deseable que la burguesía quedara exangüe [...]. Se dice que ha descarriado a los príncipes. ¿Acaso no había que descarriarlos?»³².

El antisemitismo tardío de Bauer proporciona un epílogo inquietante a este intercambio. Tras las derrotas de las revoluciones de 1848, abandonó su humanismo radical y empezó a considerarlo como la ideología de una revuelta de esclavos liderada por los judíos contra el viejo orden de las razas europeas, que, si se disolvía, abriría las compuertas a una anarquía absoluta. Solo el zarismo ruso tenía la fuerza interior necesaria para resistir esta arremetida y doblegar la revuelta de los subalternos. La obsesiva rusofobia posterior de Marx, que a menudo se adscribe a los efectos desestabilizadores de la derrota y el exilio, tiene sus raíces en la oposición a Bauer y en la amenaza del zarismo vista a través de la

³¹ *Ibid.*, p. 374 [«*Der Widerspruch, in welchem die praktische politische Macht des Juden zu seinen politischen Rechten steht, ist der Widerspruch der Politik und Geldmacht überhaupt. Während die erste ideal über der zweiten steht, ist sie in der Tat zu ihrem Leibeignen geworden*»]; *ibid.*, p. 171.

³² F. Engels, «*Deutscher Sozialismus in Versen und Prosa*» [1847], *MEW*, cit., Band 4, 1972, p. 207-247 [«*(...) wird dem Rothschild vorgeworfen, daß er des Bürgers Mark aussaugt, als wäre es nicht wünschenswert, daß dem Bürger das Mark ausgesogen wird [...] soll er die Fürsten verführt haben. Sollen sie nicht verführt werden?*», p. 212]; *MECW*, cit., vol. 6, p. 239.

descripción inquietante y vengativa de este³³. Esto coloca el posterior y apasionado interés de Marx por la causa de la liberación nacional polaca bajo una luz nueva, en tanto que la Pale rusa contenía la mayor población judía de Europa, una población pauperizada y privada de derechos. Engels dejaría claro repetidas veces que la condición de su apoyo a la libertad nacional polaca no era únicamente la reforma agraria, sino la emancipación de sus judíos³⁴. En sus discursos de este mismo periodo, Marx guardó silencio sobre este punto en particular, pero es improbable que no haya tenido efecto en su percepción de la amenaza que suponía la ciudadela oriental de la contrarrevolución.

Alemania y el proletariado

Durante la mayor parte de este periodo, que concluye en 1852, Marx sostuvo que la emancipación humana solo podía alcanzarse si se atravesaba

³³ B. Bauer, «Das Judentum in der Fremde», 1863. Véase también la carta de Marx a Engels del 18 de enero de 1856, *MFW*, cit., Band 29, 1978, pp. 5-7 (*MECW*, cit., vol. 40, p. 4) escrita un año antes de la publicación de sus *Revelations of the Diplomatic History of the Eighteenth Century* por el semanario inglés *The Free Press* entre agosto de 1856 y abril de 1857. Después de trece años, Bauer, el antaño profeta de la disolución, había aparecido en su casa de Londres, a donde había ido a visitar a su hermano exiliado: «He visto de nuevo a Bauer en varias ocasiones [...]. En lo que respecta a Rusia, dice que el viejo estado de cosas en Occidente debe ser arrasado y que esta acción solo puede proceder de Oriente, puesto que solo el oriental siente odio (por el occidental, se entiende) y que Rusia es la única potencia del Este lo suficientemente unida, además de ser el único país de Europa en el que hay “cohesión”. En cuanto a nuestras ilusiones sobre las luchas de clases, sostiene que: (1) los obreros no sienten “odio”; (2) si acaso sintieran odio, no lograrían nada mediante ello; (3) son una chusma (que no tienen amplitud de miras alguna) y que tendrían que ser doblegados y dirigidos únicamente mediante la fuerza y la astucia; y (4) en lo que a ellos respecta, una subida de salarios de un *groschen* de plata bastaría para solventar “todo el tinglado”. En cualquier caso, nadie que no sea un “descendiente de los conquistadores” podría nunca jugar un papel histórico, excepto en el campo de la teoría» [«Bruno verschiedene Mal wiedergesehen [...] As to Russia erklärt er: der alte Zustand im Westen müsse über den Haufen geworfen werden; das könne nur vom Orient her geschehn, da der Orientale allein wirklichen Haß besitzt, nämlich gegen den Okzidentalen, und Rußland die einzig kompakte Macht des Orients, besides das einzige Land in Europa, wo noch “Zusammenhang” existiert. Was unsre Illusionen von innern Klassenkämpfen betreffe, so hätten (1) die Arbeiter keinen “Haß”; (2) hätten mit dem Haß, wie sie ihn hätten, nie etwas ausgerichtet; (3) seien “Pöbel” (ohne Interesse für die Synoptiker) nur durch Gewalt und List zu bändigen und zu leiten; (4) mit einem Silbergroschen Zulage sei bei denen “allens” abgemacht. Wer übrigens nicht zu den “Nachkommen der Eroberer” gehört, könne überhaupt keine weltgeschichtliche Rolle spielen - ausgenommen auf dem theoretischen Feld»].

³⁴ F. Engels, «Neue Teilung Polens», *Neue Rheinische Zeitung*, núm. 9, 9 de junio de 1848, *MFW*, cit., Band 5, 1971, p. 56 [«(...) in ganz Polen bilden Deutsche und Juden den Stamm der gewerb- und handeltreibenden Bürgerschaft; es sind die Nachkommen von Einwanderern, die meist wegen Religionsverfolgungen aus ihrer Heimat geflohen sind. Sie haben mitten im polnischen Gebiet Städte gegründet und seit Jahrhunderten alle Geschicke des polnischen Reiches mitgemacht»]; «On the Polish Question», 1848, *MECW*, cit., vol. 6, p. 550. [ed. cast.: *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I), 1847-junio 1848*, OME 9, Barcelona, Editorial Crítica, 1978].

primero un estadio de emancipación política. Pero la ruptura con Bruno Bauer, seguida por la de Arnold Ruge, condujo a Marx a abandonar durante dos años el escenario del pasaje dialéctico de la emancipación política a la emancipación humana y le llevó, en su lugar, a enfatizar su cruda oposición. Las consecuencias del colapso del movimiento de los jóvenes hegelianos en 1842 le proporcionaron el contexto para una crítica de lo político y del jacobinismo como su manifestación más extrema: «En los momentos de especial confianza en sí misma, la vida política parece que intenta suprimir su prerrequisito, la sociedad civil y los elementos que componen esta sociedad, y constituirse en sí misma como la auténtica vida de la especie humana, despojada de contradicciones. Pero solo puede alcanzarlo si entra en contradicción violenta con sus propias condiciones de vida, solo declarando que la revolución será permanente y, por lo tanto, que el drama político finaliza necesariamente con el restablecimiento de la religión, de la propiedad privada y de todos los elementos de la sociedad civil, de la misma forma que la guerra termina con la paz»³⁵. Esta concepción del curso en último término estéril de las revoluciones políticas acercó brevemente a Marx a la posición de Moses Hess y a la de los posteriormente vilipendiados «verdaderos socialistas», que habían llegado a conclusiones semejantes. Marx pronto abandonó esta idea y rompió con este último al inicio de una nueva ronda de luchas constitucionales liberales, durante los años que precedieron a 1848. Pero, como veremos, Marx retomaría después otra articulación de esta concepción «antijacobina» del Estado y de la revolución como consecuencia de las derrotas de las revoluciones que estallaron ese año, que daría lugar a un esquema sugerente.

El marco analítico de Marx para situar Alemania dentro de la esfera del desarrollo histórico europeo moderno procedía del esquema de Hess elaborado en *Die europäische Triarchie*, en el cual se valoraban los papeles respectivos de Inglaterra, Francia y Alemania en la historia contemporánea de las emancipaciones. ¿Cuál era el significado más amplio de la lucha que se libraba en Alemania por una constitución y por la libertad de prensa, teniendo en cuenta que las naciones modernas ya conocían

³⁵ K. Marx, «Zur Judenfrage», cit., p. 357 [«In den Momenten seines besondern Selbstgefühls sucht das politische Leben seine Voraussetzung, die bürgerliche Gesellschaft und ihre Elemente, zu erdrücken und sich als das wirkliche, widerspruchslose Gattungsleben des Menschen zu konstituieren. Es vermag dies indes nur durch gewaltsamen Widerspruch gegen seine eigenen Lebensbedingungen, nur indem es die Revolution für permanent erklärt, und das politische Drama endet daher ebenso notwendig mit der Wiederherstellung der Religion, des Privateigentums, aller Elemente der bürgerlichen Gesellschaft, wie der Krieg mit dem Frieden endet»]; «On the Jewish Question», cit., p. 156.

ambas y ahora se encontraban inmersas en confrontar la nueva cuestión social? «La lucha contra el presente político alemán es la lucha contra el pasado de las naciones modernas –escribía–, y está aún lastrada por recuerdos de ese pasado»³⁶. La liquidación del antiguo régimen en Alemania aceleraría la abolición de sus remanentes en Francia y apremiaría el proceso histórico hacia la resolución radical de la cuestión social en las sociedades más avanzadas. Pero el problema era que Alemania parecía incapaz de dar el primer paso hacia la emancipación política, parecía incapaz de ni tan siquiera reproducir la Revolución Francesa. La implicación inquietante era que las condiciones alemanas no contenían una dialéctica interna de emancipación (lo que más tarde se concebiría como «revolución permanente» o el paso de la revolución burguesa a la revolución proletaria). Pero esta situación alemana, aparentemente sin esperanza, contenía en ella la perspectiva, de hecho, la necesidad existencial, de una revolución aún más radical. El significado histórico del callejón sin salida de la Alemania contemporánea era que señalaba los límites de la emancipación política y la forma general de su sustitución.

En la concepción de la historia europea del joven Marx, Inglaterra, Francia y Alemania estaban llegando a la era de la emancipación por diferentes caminos. Es importante señalar entonces que Marx no pensaba que la historia de la industrialización inglesa se estuviera repitiendo en Alemania, incluso aunque la competencia de Inglaterra estuviera debilitando sus anticuados cimientos económicos. Aunque Alemania no había conocido ni las revoluciones políticas ni la industrialización, sí había experimentado la disolución irreversible del antiguo régimen que estas habían traído. Esta disolución se manifestaba en la formación de un anti-Estado de proletarios pauperizados: «El proletariado está empezando a aparecer en Alemania como resultado del creciente movimiento *industrial*. [...] Las masas que resultan de la *disolución drástica* de la sociedad, especialmente del estamento medio, son las que forman el proletariado, aunque, como se puede comprender fácilmente, los pobres que surgen naturalmente y los siervos cristiano-germanos ingresan también gradualmente en sus filas»³⁷.

³⁶ K. Marx, «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», cit., p. 381 [*Der Kampf gegen die deutsche politische Gegenwart ist der Kampf gegen die Vergangenheit der modernen Völker, und von den Reminiszenzen dieser Vergangenheit werden sie noch immer belästigt*]; «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law. Introduction», cit., p. 178.

³⁷ *Ibid.*, pp. 390-391 [*Das Proletariat beginnt erst durch die hereinbrechende industrielle Bewegung für Deutschland zu werden [...] vorzugsweise aus der Auflösung des Mittelstandes, hervorgehende Menschenmasse bildet das Proletariat, obgleich allmählich, wie sich von selbst versteht, auch die naturwüchsige Armut und die christlich-germanische Leibeigenschaft in seine Reihen treten*]; *ibid.*, pp. 186-187.

El proletariado era la encarnación de la esencia humana como necesidad en tanto que comunidad social de la especie bajo la forma negativa de la carencia absoluta. Aquí estaba la nada que debía convertirse en todo. Pero allí donde la revolución del tercer estado era una lucha idealista por el reconocimiento político y legal, la revolución proletaria era una lucha materialista por la existencia. El atractivo del naturalismo de Feuerbach para Marx en aquel momento, incluso aunque señalara sus limitaciones apolíticas y, de hecho, ahistóricas, radicaba en la identificación de la esencia humana con el sufrimiento. La primera noción de materialismo de Marx, casi feuerbachiana, queda perfectamente expresada en la sentencia de Brecht: «Erst kommt das Fressen, dann die Moral» [«Primero tragar, luego la moral»].

Dado que Marx no esperaba que este proceso de disolución diera lugar a un verdadero desarrollo económico y a la expansión de una fuerza de trabajo industrial, no hacía una distinción absoluta entre el proletario y el pobre. Su distinción primordial era política y subjetiva: «El pauperismo es la posición de nivel más bajo en la que se hunde el proletario que ha sido incapaz de resistir la presión de la burguesía, y solo el proletario cuya energía ha sido minada por completo se convierte en un indigente»³⁸. El proletariado era la zona cero que se formaba a partir de la separación del Estado y de la sociedad civil, del sometimiento de los individuos atomizados a leyes económicas ajenas y de las divisiones de clase que estas formaban. Era, por lo tanto, el lugar privilegiado de la crítica de estas separaciones y alineaciones. Una formulación posterior de este mismo periodo expresa su sentido original: «No tienen nada propio que asegurar y defender; su misión es destruir todos los títulos y valores de la propiedad individual»³⁹.

¿Qué sentido tenía este recurso a la antigua figura romana del «proletario», surgida de las desposesiones masivas que produjeron los latifundios de la República tardía? Después de todo, esta figura difícilmente podría describirse como una clase revolucionaria. Claramente, Marx adoptó un término que había entrado en circulación no demasiado tiempo atrás con

³⁸ K. Marx y F. Engels, *Die Deutsche Ideologie* [1845-1847], *MEW*, cit., Band 3, 1969, p. 183 [«(...) der Pauperismus die Lage nur des ruinierten Proletariats, die letzte Stufe ist, auf die der gegen den Druck der Bourgeoisie widerstandslos gewordene Proletarier versinkt, und nur der aller Energie beraubte Proletarier ein Pauper ist»]; *The German Ideology*, *MECW*, cit., vol. 5, p. 202 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Madrid, Akal, 2014].

³⁹ K. Marx y F. Engels, *Manifest der Kommunistischen Partei*, 1848 *MEW*, cit., Band 4, 1959, p. 472 [«Die Proletarier haben nichts von dem Ihrigen zu sichern, sie haben alle bisherigen Privatversicherungen und Privatversicherungen zu zerstören»]; *Manifesto of the Communist Party* [1847], *MECW*, cit., vol. 6, p. 495 [ed. cast.: *Manifiesto comunista*. *Nueva Gaceta Renana* (I), 1847-junio 1848, OME 9, cit.]

la esperanza de que las condiciones modernas llevaran a resultados diferentes. ¿Cuál era la diferencia fundamental que sostendría esa esperanza? Los obreros modernos se asemejaban más, en un sentido económico, a los esclavos del mundo antiguo (cuyo trabajo sostenía a las clases dirigentes) que a los proletarios de entonces, una multitud improductiva que vivía del subsidio. La apropiación por parte de Marx del término «proletariado» para la clase moderna de trabajadores asalariados aunaba las desposesiones que habían conformado la primera acepción con la función productiva de la segunda, aunque también dividía esta concepción más amplia de la esclavitud moderna en su forma asalariada europea y en la variante abierta de la esclavitud de las plantaciones del Nuevo Mundo. La concepción ricardiana del salario como la retribución de los meros gastos de reproducción del trabajador tendía a ocultar la distinción entre trabajadores asalariados y trabajadores esclavos, a los que, en ambos casos, sus patronos mantenían con vida en el límite de la subsistencia.

Cuando Marx reflexionaba sobre el destino de los trabajadores pobres de su tiempo, no concedía ninguna importancia especial a los obreros fabriles. El «proletariado» surgía de la mera disolución de la vieja sociedad, incluso en las tierras más lejanas: «Los economistas pensaban en los millones de trabajadores que tenían que perecer en las Indias Orientales para proporcionar al millón y medio de trabajadores empleados en Inglaterra en la misma industria tres años de prosperidad de cada diez»⁴⁰. El empobrecimiento absoluto tiene muchas caras en la época de Marx, desde los campesinos bengalíes e irlandeses, apaleados y arruinados, hasta los negros esclavizados del Nuevo Mundo. El proletariado europeo era el estrato de este submundo del trabajo que se encontraba en mejor posición para librar la lucha por la emancipación humana. La inminente revolución no era una opción entre unas condiciones mejores o peores, sino, sencillamente, un asunto de vida o muerte para los obreros del mundo:

Y aquí se hace evidente que la burguesía es ya incapaz de ser la clase dirigente de la sociedad y de imponer sus condiciones de existencia sobre la sociedad en forma de leyes imperativas. No está preparada para gobernar, porque es incompetente para asegurar la existencia de su esclavo dentro

⁴⁰ K. Marx, *Misère de la philosophie*, 1847, *MEW*, cit., Band 4, pp. 63-182 [«*Les économistes ont-ils voulu parler de ces millions d'ouvriers qui durent périr aux Indes orientales, pour procurer au million et demi d'ouvriers occupés en Angleterre à la même industrie, trois années de prospérité sur dix*»]; *The Poverty of Philosophy* [1847], *MECW*, cit., vol. 6, p. 160 [ed. cast.: *Miseria de la filosofía*, México DF, Siglo XXI, 1987].

de su esclavitud, porque no puede evitar dejar que se hunda en tal estado que tiene que alimentarle en lugar de ser alimentado por él. La sociedad no puede vivir más bajo esta burguesía, en otras palabras, su existencia ya no es compatible con la sociedad⁴¹.

Pero ¿cómo llegaría la revolución? Con el fin de completar las dinámicas de este proceso político específico, Marx se volcaría en el estudio de la economía política.

La primera crítica de la economía política

Marx planificó su crítica de la *Filosofía del derecho* como una obra que combinaría el análisis del idealismo político, la economía política y la propia filosofía especulativa, pero con el tiempo pensó en un esquema mejor: «Entremezclar la crítica que se dirige únicamente contra la especulación con la crítica de los diversos temas se ha demostrado algo totalmente inadecuado, que ha obstaculizado el desarrollo del argumento y ha dificultado su comprensión»⁴². ¿Cuáles eran estas líneas de crítica? La crítica de la filosofía especulativa se dirigía hacia la autodeterminación ilusoria que esta ofrecía mediante el conocimiento de las leyes y categorías reificadas del mundo existente. La crítica del idealismo político apuntaba a la autodeterminación constitucional ilusoria inherente a la necesidad del dualismo Estado-sociedad. En último lugar, la crítica de la economía política exponía las ilusiones de la autodeterminación individual bajo las leyes del intercambio y de sus categorías dictadas por el valor. Cada uno de los casos (idealismo filosófico, derecho constitucional, economía política) constituía un intento de sistematizar categorías (lógicas, político-legales o económicas) que surgían de la reflexión o de la experiencia inmediata. Pero Marx mostraba que la aparente unidad de estos sistemas se deshacía por contradicciones conceptuales que hacían imposible establecer un orden de determinación entre ellos. Dicho de una manera rutinaria,

⁴¹ K. Marx y F. Engels, *Manifest der Kommunistischen Partei*, cit., p. 473 [«Es tritt hiermit offen hervor, daß die Bourgeoisie unfähig ist, noch länger die herrschende Klasse der Gesellschaft zu bleiben und die Lebensbedingungen ihrer Klasse der Gesellschaft als regelndes Gesetz aufzuzwingen. Sie ist unfähig zu herrschen, weil sie unfähig ist, ihrem Sklaven die Existenz selbst innerhalb seiner Sklaverei zu sichern, weil sie gezwungen ist, ihn in eine Lage herabsinken zu lassen, wo sie ihn ernähren muß, statt von ihm ernährt zu werden. Die Gesellschaft kann nicht mehr unter ihr leben, d.h., ihr Leben ist nicht mehr verträglich mit der Gesellschaft»]; *Manifesto of the Communist Party*, cit., pp. 495-496.

⁴² K. Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, cit., p. 467 [«Bei der Ausarbeitung zum Druck zeigte sich die Vermengung der nur gegen die Spekulation gerichteten Kritik mit der Kritik der verschiedenen Materien selbst durchaus unangemessen, die Entwicklung hemmend, das Verständnis erschwerend»]; *Economic and Philosophic Manuscripts*, cit., p. 231.

en cada uno de estos casos el fracaso exigía una crítica en la forma de una inversión explicativa de sujeto y predicado, que revelara el proceso histórico real que las empujaba hacia su propia disolución.

Sin embargo, Marx llegó a la conclusión de que, de los tres ámbitos, la economía política era la que se acercaba más al núcleo social de la «esencia humana», identificando sus leyes de relación y reproducción. Su primera crítica de la economía política se batía entre el tratamiento de sus leyes y categorías económicas como plácidas mistificaciones del proceso subyacente de formación de la propiedad a partir de la ausencia de propiedad y la convicción de que había sacado a la luz aspectos de este proceso social real.

Sin pretender que fuera un preludeo para un relato alternativo sistemático del proceso económico de la sociedad burguesa, se trataba de una crítica negativa de la «economía política» en su conjunto, que abarcaba escuelas rivales, todas las cuales presuponían la propiedad privada en la forma del intercambio de valor y, por lo tanto, la distribución de los ingresos en salarios, beneficios y renta, de la misma manera que todas estas escuelas presuponían la competencia. Desde sus inicios, la economía política se había enfrentado al problema de explicar la determinación que subyace en la pauta de formación de los precios relativos a partir de la división del trabajo y, sobre esta base, la distribución de los ingresos y el origen del excedente o de la ganancia neta respecto a los costes devengados por los dueños de las condiciones de producción. Siguiendo a Engels, Marx había pretendido demostrar que las diversas escuelas se contradecían las unas a las otras en todos estos puntos, lo cual demostraba su total fracaso a la hora de proporcionar una explicación coherente de la interrelación existente entre las categorías económicas, que asumían como dadas, pero que tenían una lógica histórica de desarrollo que sus hipótesis de equilibrio descartaban: «No *comprenden* estas leyes, es decir, no demuestran cómo surgen de la propia naturaleza de la propiedad privada»⁴³.

La tesis doctoral de Marx había supuesto una crítica interna de la concepción de Hegel de la necesidad concebida en forma de leyes mediante una reconstrucción de la crítica epicúrea del determinismo. El esquema conceptual básico de una inversión mediante el cual se demuestra que un sistema de leyes es la forma alienada y aparente de un caos subyacente sujeto a las compulsiones del conflicto atomista se extendía a su crítica de la economía política:

⁴³ *Ibid.*, pp. 510 [«*Sie begreift diese Gesetze nicht, d.h., sie zeigt nicht nach, wie sie aus dem Wesen des Privateigentums hervorgehn*»]; *ibid.*, pp. 270-271.

Mill comete el error (como la escuela de Ricardo en general) de afirmar la *ley abstracta* sin mencionar el cambio o superación continua de la misma, que es el único modo mediante el cual se hace realidad. Si es una *ley constante* el que, por ejemplo, el coste de producción determine en último término (o al menos cuando la oferta y la demanda están en equilibrio, lo que ocurre solo esporádicamente y de manera fortuita) el precio (valor), igualmente lo es que ambos no están en equilibrio y que, por lo tanto, el valor y el coste de producción no tengan una relación de necesidad⁴⁴.

Las leyes abstractas que equiparan la oferta y la demanda, los costes de producción y los precios de mercado se reivindican en los accidentes en las relaciones dependientes del intercambio de los individuos en el mercado y expresan su sometimiento a los resultados alienados de sus propias relaciones, que operan como compulsiones ciegas. La economía política presuponía desviaciones continuas de sus propias leyes, pero estas desviaciones eran a su vez de naturaleza sistémica, aunque aquella no pudiera explicar esta dialéctica de la ley y de la excepción. La competencia entre individuos dependientes del intercambio presuponía y reproducía su división de clase y, aun así, la economía política parecía incapaz de sopesar sus consecuencias acumulativas para las clases trabajadoras. Marx seguía a la economía política clásica al reconocer la competencia como la ley última de la sociedad civil, pero le añadía una lógica de desarrollo brutal y acumulativa.

Esta es la ley que no concede un respiro, que grita constantemente en su oído: «¡Adelante! ¡Adelante!». No hay ninguna otra ley que, dentro de las fluctuaciones periódicas del comercio, ajuste necesariamente el precio de una mercancía a su coste de producción⁴⁵.

⁴⁴ K. Marx, «Auszüge aus James Mills Buch *Elemens deconomie politique*. Trad. par J. T. Parisot, Paris 1823» [1844], *MEW*, cit., Band 40, p. 445 [«(...) begeht Mill –wie überhaupt die Schule von Ricardo– den Fehler, daß sie das abstrakte Gesetz, ohne den Wechsel oder die beständige Aufhebung dieses Gesetzes – wodurch es erst wird– ausspricht. Wenn es ein beständiges Gesetz ist, daß z.B. die Produktionskosten in letzter Instanz– oder vielmehr bei der sporadisch zufällig eintreffenden Deckung von Nachfrage und Zufuhr den Preis (Wert) bestimmen, so ist es ein ebenso beständiges Gesetz, daß dies Verhältnis sich nicht deckt, also daß Wert und Produktionskosten in keinem notwendigen Verhältnis stehn»]; *Economic and Philosophic Manuscripts*, cit., p. 211.

⁴⁵ K. Marx, «Lohnarbeit und Kapital» [1849], *MEW*, cit., Band 6, 1959, p. 419 [«(...) das [ist] Gesetz, das ihm keine Ruhe gönnt und beständig zuraunt: Marsch! Marsch! Es ist dies kein andres Gesetz als das Gesetz, welches innerhalb der Schwankungen der Handelsepochen den Preis einer Ware notwendig zu ihren Produktionskosten ausgleicht»]; «Wage Labour and Capital», *MECW*, cit., vol. 9, p. 224 [ed. cast.: «Trabajo asalariado y capital», *Salario, precio y ganancia/Trabajo asalariado y capital*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003].

Esta comprensión de la competencia subyace al concepto de capital que Marx desarrollaría en el periodo que ahora estudiamos y que hay que distinguir del concepto posterior. En ambos, la competencia reducía los precios a sus costes de producción, pero igualmente generaba un excedente sobre los costes que hacía posible la acumulación. Pero, en la economía política del primer Marx, ni el problema general de qué se incluía en los costes de producción de los capitalistas ni el del origen del «plusvalor» respecto a estos costes se plantearon nunca de manera rigurosa. En lugar de ello, se entendía que este excedente provenía de una variedad de fuentes: ahorros procedentes de los ingresos, superbeneficios temporales, recompensas por la concentración de capital, la mayor productividad del trabajo cooperativo frente al trabajo aislado y la presión a la baja sobre los salarios que se derivaba del exceso permanente de trabajadores con respecto al empleo disponible. En la línea de Ricardo, Marx concebía el beneficio, así como la renta, como si fuera un diferencial sobre los márgenes de coste. En su primera crítica de la economía política no hay una concepción integral del plusvalor como una condición que se da por supuesta en cualquier proceso productivo capitalista. En la economía posterior de Marx, el plusvalor se entiende como resultado de la codeterminación de unas relaciones sociales de explotación basadas en la propiedad, que constituyen una fuerza de trabajo obligada a subsistir con una cantidad esencialmente escasa de empleo asalariado, y de un esquema de desarrollo de las fuerzas productivas que, reduciendo costes y elevando los ingresos reales, entrega la parte del león de las ganancias de productividad a los dueños de las condiciones de producción. Sobre la base absoluta de estas relaciones de propiedad y la base relativa del crecimiento de la productividad, la «infinita» acumulación de capital se convertiría en el *telos* de un proceso de reproducción social extremadamente elástico, si bien plagado de crisis. El joven Marx aprehendió la naturaleza de las ganancias de explotación, pero no incorporó las ganancias de productividad a su concepción del capital. Más tarde tendría que abandonar su adhesión a una ley del salario casi malthusiana (que, hay que señalar, reflejaba una fuerte convicción general del propio movimiento obrero entonces y durante mucho más tiempo) para llegar a esta concepción posterior del capital.

Aunque el primer Marx llegó a adoptar una versión de la teoría del valor trabajo de Ricardo, su concepción de la acumulación de capital y del problema de la tasa de rendimiento se derivaba de Adam Smith. Para este último, el capital era el *stock* productivo que se formaba a partir de los ahorros de los

ingresos personales bajo la premisa de que la riqueza total de una sociedad podía hipotéticamente ser consumida. A partir de esta concepción, sostenía que la acumulación conduciría a un tipo de interés cada vez más bajo, que garantizaría además una rentabilidad reducida. Con el ejemplo de la Holanda contemporánea en mente, Smith consideró que el declive resultante de la tasa de interés real era deseable, aunque la perspectiva se ensombrecía por la concepción más pesimista de un estadio estacionario. Marx argumentaba que el escenario de acumulación de Smith no tenía en cuenta cómo la concentración de la propiedad del capital contrarrestaba la reducción de las tasas de rendimiento del mismo impuesta por la competencia, lo cual aumentaba su parte de los ingresos. La alternativa que Marx planteaba a Smith proporcionaba un mecanismo gracias al cual se podía contener este estadio estacionario, pero tan solo mediante la intensificación de la explotación y una expansión exterior explosiva se lograría hacer frente a la progresiva insuficiencia de la demanda.

Mientras el ratio capital/ingresos (el ratio entre el trabajo «pasado» o acumulado y el trabajo «presente») aumentara, la tasa de beneficio se mantendría por la captura de pequeños capitales, la expansión en nuevos mercados y la proletarianización. La concentración que resulta de la competencia establece un beneficio monopolístico. El origen de los beneficios del capital por encima de los costes era una síntesis en movimiento de la competencia y del monopolio⁴⁶. Marx dedujo que el origen del excedente que hizo posible la acumulación de capital fue la destrucción continua de los competidores y la reducción de costes que se lograba sustituyendo a los trabajadores por máquinas: «Estas relaciones producen la riqueza burguesa solo mediante la continua aniquilación de la riqueza de los miembros individuales de esta clase y produciendo un proletariado que aumenta continuamente»⁴⁷.

Las legiones de los desposeídos

La acumulación de capital presupone la desposesión de la legión creciente de aquellos incapaces de competir y su reducción a una multitud

⁴⁶ «En la vida práctica no solo nos encontramos con la competencia, el monopolio y su antagonismo, sino también con su síntesis, que no es una fórmula, sino un movimiento» [«*Dans la vie pratique, on trouve non seulement la concurrence, le monopole et leur antagonisme, mais aussi leur synthèse, qui n'est pas une formule, mais un mouvement*»]; K. Marx, *Misère de la philosophie*, cit.; *Poverty of Philosophy*, cit., p. 195.

⁴⁷ *Ibid.* [«*que ces rapports ne produisent la richesse bourgeoise, c'est-à-dire la richesse de la classe bourgeoise, qu'en anéantissant continuellement la richesse des membres intégrants de cette classe et en produisant un prolétariat toujours croissant*»]; *ibid.*, p. 176.

cada vez mayor de proletarios depauperados. Las hipótesis de equilibrio de la economía política escondían un exceso esencial de trabajadores por encima del nivel de empleo alcanzable, que formaba la base auto-debilitante de la relación capital-trabajo asalariado. Marx modificó la concepción de Smith de la lógica a largo plazo de la acumulación de capital con observaciones procedentes de Ricardo, Sismondi y Lauderdale, que degradaban su benevolente mecanismo de la mano invisible. «Cuando la economía política afirma que la demanda y la oferta siempre se compensan entre sí, inmediatamente olvida que, según su propia afirmación (la teoría de la población), la oferta de *gente* siempre supera a la demanda y que, por lo tanto, en el resultado esencial de todo el proceso de producción (la existencia del hombre) la disparidad entre la demanda y la oferta adquiere su expresión más notable»⁴⁸.

Este exceso de la demanda de empleo sobre su oferta era la expresión más directa de la relación del trabajo alienado subyacente a la competencia y a la relación existente entre el capital y el trabajo asalariado. Así como la separación del poder coercitivo de la esfera de las relaciones económicas basadas en el intercambio era lo que había constituido la separación entre el Estado y la sociedad civil, así también las leyes basadas en la competencia que presidían el movimiento de la sociedad civil surgían de la separación de los productores de cualquier acceso directo a los medios de subsistencia. Esto es lo que quería decir Marx cuando sostenía que por debajo de la competencia y de la propiedad privada subyace la relación social del trabajo alienado, pues este surge de tres separaciones: a) la separación de los trabajadores de su producto; b) la separación del obrero de los medios de producción, y c) la separación de los trabajadores entre sí⁴⁹. La economía

⁴⁸ K. Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, cit., p. 554 [«Wenn die Nationalökonomie behauptet, daß Nachfrage und Zufuhr sich immer decken, so vergißt sie sogleich, daß nach ihrer eignen Behauptung die Zufuhr von Menschen (Bevölkerungstheorie) immer die Nachfrage übersteigt, daß also bei dem wesentlichen Resultat der ganzen Produktion –der Existenz des Menschen– das Mißverhältnis zwischen Nachfrage und Zufuhr seinen entschiedensten Ausdruck erhält»]; *Economic and Philosophic Manuscripts*, cit., p. 314.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 517-518 [«Die entfremdete Arbeit macht also: 3. das Gattungswesen des Menschen, sowohl die Natur als sein geistiges Gattungsvermögen, zu einem ihm fremden Wesen, zum Mittel seiner individuellen Existenz. Sie entfremdet dem Menschen seinen eignen Leib, wie die Natur außer ihm, wie sein geistiges Wesen, sein menschliches Wesen. 4. Eine unmittelbare Konsequenz davon, daß der Mensch dem Produkt seiner Arbeit, seiner Lebenstätigkeit, seinem Gattungswesen entfremdet ist, ist die Entfremdung des Menschen von dem Menschen. Wenn der Mensch sich selbst gegenübersteht, so steht ihm der andre Mensch gegenüber. Was von dem Verhältnis des Menschen zu seiner Arbeit, zum Produkt seiner Arbeit und zu sich selbst, das gilt von dem Verhältnis des Menschen zum andren Menschen, wie zu der Arbeit und dem Gegenstand der Arbeit des andren Menschen»]; *ibid.*, p. 275.

política no puede resolver conclusivamente sus propios problemas porque no entiende la lógica histórica del desarrollo, esto es, la ley de la acumulación que surge de estas tres separaciones mediante las cuales el trabajo, en cuanto autoactividad, da lugar a su opuesto, el capital, que llega para empobrecerle y desplazarle. «El trabajo, la esencia subjetiva de la propiedad privada como exclusión de la propiedad, y el capital, el trabajo objetivo como exclusión del trabajo, constituyen la *propiedad privada* como su estadio desarrollado de contradicción, por lo tanto, como una relación dinámica que se impulsa hacia su resolución»⁵⁰.

Marx sostenía, partiendo de Adam Smith, que la multiplicidad de escuelas de la economía política se habían reducido a dos, cuyas figuras definitorias eran David Ricardo y Jean-Baptiste Say. Say había argumentado que el precio de un producto se determinaba por su coste de producción, que no era ni más ni menos que los ingresos que obtenían los obreros, capitalistas y terratenientes por su papel en la producción. La oferta de mercancías constituía la demanda para ellos en la forma de los ingresos generados por la misma. Esta concepción del coste es la base de la denominada Ley de Say, en virtud de la cual la demanda debe siempre igualar a la oferta. A pesar de su oposición a este autor en casi todo el resto de sus puntos fundamentales, Ricardo aceptó la Ley de Say como la mejor expresión de cómo la acumulación de capital podría solo limitarse mediante barreras externas, «naturales».

Para Ricardo, la determinación del valor mediante la cantidad de trabajo solo se aplicaba a mercancías que pudieran producirse sin límite. En efecto, Ricardo suponía una producción industrial totalmente desarrollada en la que los límites de la «escasez» se relativizarían y se superarían continuamente mediante el crecimiento de la productividad. La determinación de los costes, los precios y la distribución de los ingresos mediante la cantidad de trabajo suponía este nivel y esta continuidad del desarrollo de las fuerzas productivas. Ricardo pensaba que esta dinámica de una productividad creciente era compatible con la restricción del incremento de la demanda que se desprendía de su concepción del salario en tanto que mera subsistencia, y Marx le siguió en este error. Ricardo identificaba tan claramente el trabajo con su empleo industrial por parte

⁵⁰ *Ibid.*, p. 533 [«Aber die Arbeit, das subjektive Wesen des Privateigentums als Ausschließung des Eigentums, und das Kapital, die objektive Arbeit als Ausschließung der Arbeit, ist das Privateigentum als sein entwickeltes Verhältnis des Widerspruchs, darum ein energisches, zur Auflösung treibendes Verhältnis»]; *ibid.*, p. 294.

del capital que acabó por no poder diferenciar entre trabajo y capital y, cuando habla de las cantidades que se requieren para la producción, se refiere indiferentemente a «capital o trabajo». El significado del término «trabajo» en la obra de Ricardo se acerca mucho al de otro término que él empleaba (al igual que Marx durante un tiempo) de manera indistinta: «industria». La concepción clásica del trabajo (que se remonta a Locke) no distinguía del todo entre el empresario y los trabajadores a los que este pagaba, pero la obra de Ricardo renqueaba por la contradicción existente entre su concepción del trabajo como capital y la noción ordinaria de trabajo en tanto que servicio remunerado mediante un salario. No captaba la forma específica de esta oposición como una relación activa y que se despliega, en la que el trabajo únicamente existe si se halla subsumido bajo la forma alienada del capital. La teoría del valor trabajo de Ricardo era una determinación unilateral de las relaciones económicas desde el lado de la oferta: el coste de producción.

Pero a diferencia de la circularidad de la teoría de Say, la unilateralidad de la teoría del valor trabajo hacía posible concebir el orden en el cual las categorías se presuponían las unas a las otras en la forma de una determinada trayectoria de acumulación. Ricardo planteaba un desarrollo de la acumulación de capital basado en unas fuerzas productivas llevadas a los límites más extremos que se pudieran concebir y rastreaba sus consecuencias en lo que atañe a la distribución y al nivel de los ingresos. Liberada de la idealización de la ley de los mercados de Say, la teoría del valor trabajo de Ricardo establecía un orden de determinación dentro de un huracán de «destrucción creativa»: los costes determinan el precio, la oferta determina la demanda (o, más bien, se disparaba sin tenerla en cuenta), la expansión de las fuerzas productivas determina la tasa de rendimiento, el beneficio procedente de la nueva acumulación determina la renta y el interés. En esta visión, el aumento de la proletarización es la condición de la acumulación de capital, así como su límite sociopolítico.

La reconstrucción que hace Marx de la teoría de Ricardo corrobora una concepción de la historia en la que la antítesis del capital y el trabajo conduce o bien a una resolución revolucionaria o bien a una regresión a la barbarie. Pero, dado que esta teoría concebía los salarios y los beneficios como reparto de ingresos, era también capaz de proporcionar la base para las reivindicaciones de salarios más altos. Si los salarios eran una parte del ingreso total, los trabajadores podían exigir más, aunque Marx también parecía afirmar que había presiones inexorables que hundían los salarios reales hasta el mínimo de subsistencia. Los obreros estaban

constantemente amenazados por la pauperización, una tendencia que las protestas salariales podían neutralizar. Pero estas fracasarían, en última instancia, a menos que la clase obrera accediera al poder y rompiera las cadenas de hierro de la esclavitud salarial. De la concepción de Marx de la economía política resulta una dialéctica específica de reforma y revolución (o es respaldada por ella):

Si las asociaciones fueran solo una cuestión de lo que parecen ser, es decir, un medio de fijar los salarios, si la relación entre el trabajo y el capital fuera eterna, estas combinaciones naufragarían en la necesidad de las cosas. Pero son los medios de unir a la clase obrera, de prepararla para el derrocamiento de la vieja sociedad en su totalidad con sus contradicciones de clase. Y desde este punto de vista los obreros tienen razón en reírse de los inteligentes maestros de escuela burgueses que se empeñan en calcularles los sacrificios financieros, los heridos y los caídos que les está costando esta guerra civil. Quien pretende batir a su adversario no discutirá con él los costes de la guerra⁵¹.

Malthus y los salarios reales

El postulado de que era imposible un alza de los salarios reales solo puede explicarse a partir de hipótesis malthusianas. Marx atacó el malthusianismo de Ricardo, aunque aceptaba sus conclusiones de que los salarios nunca podrían subir por encima del mínimo de subsistencia, y que la renta era simplemente un beneficio extra por encima del rendimiento obtenido por el productor marginal. Su objeción era que naturalizaba condiciones específicas de la sociedad burguesa que el proletariado podría abolir. Ricardo no había logrado entender cómo la teoría del valor trabajo conducía a la revolución y, en lugar de ello, había recaído en Malthus.

Marx también presuponía una relación entre la ley de la acumulación y la ley de la población, pero, aunque se mostraba reticente a aceptar la concepción malthusiana de Ricardo, no consiguió especificarla de ninguna otra manera. El joven Marx argumentaba que siempre habría un exceso de capital por encima de las oportunidades de inversión rentable, al igual

⁵¹ K. Marx, «Arbeitslohn», *MFW*, cit., Band 6, pp. 554-555 [*Handelte es sich in den Assoziationen wirklich nur um das, worum es sich zu handeln scheint, nämlich um die Bestimmung des Arbeitslohns, wäre das Verhältnis von Arbeit und Kapital ein ewiges, so würden diese Koalitionen an der Notwendigkeit der Dinge erfolglos scheitern. Aber sie sind das Mittel der Vereinigung der Arbeiterklasse, der Vorbereitung zum Sturz der ganzen alten Gesellschaft mit ihren Klassegegensätzen. Und von diesem Standpunkt aus lachen die Arbeiter mit Recht über die klugen bürgerlichen Schulmeister, die ihnen vorrechnen, was ihnen dieser Bürgerkrieg an Gefallenen, Verwundeten und Geldopfern kostet*]; «Wages» [diciembre de 1847], *MFCW*, cit., vol. 6, p. 435.

que siempre habría un exceso de trabajadores frente a las oportunidades disponibles para trabajar, pero no logró integrar estas dos afirmaciones. En consecuencia, no aclaró hasta qué grado la acumulación cavaba su propia tumba empleando una fuerza de trabajo cada vez más amplia mantenida a un nivel mínimo de subsistencia, ni si la tendencia de la acumulación era expandir las filas de los desempleados depauperados. Es cierto que Marx sí se ocupó de la dinámica del crecimiento de las fuerzas productivas, después de rechazar inicialmente la crítica que List hacía de la economía política ricardiana por centrarse únicamente en la distribución del valor en forma de ingreso, mientras que ignoraba las fuerzas que elevaban el nivel de riqueza social⁵². Después incorporó esta concepción del avance de las fuerzas productivas a su teoría histórica del desarrollo de la sociedad civil a medida que nuevas fuerzas de producción irrumpían en las viejas relaciones de producción. Pero Marx no consiguió explorar cómo afectaría este crecimiento de la productividad al nivel de los salarios reales. En 1851, casi al final del periodo que aquí evaluamos, señaló que, lógicamente, la teoría de la renta diferencial de Ricardo no requería de la hipótesis malthusiana de que los costes de producción se elevarían en las tierras marginales de fertilidad reducida. Pero no sería hasta más tarde cuando explícitamente se ocuparía de las consecuencias que esta aclaración implicaba para su propia explicación de la naturaleza de las rentas de la agricultura y de la minería y para el rechazo de la denominada ley de hierro de los salarios, que depende en última instancia de una concepción malthusiana del vínculo entre el crecimiento de la población y el alza de los precios de los alimentos⁵³. Re caería sobre Engels la tarea de plantear las líneas por donde tendría lugar la superación de estas premisas malthusianas que emprendería el Marx posterior: «Con la fusión de los intereses que ahora se oponen entre sí, desaparece la contradicción entre el exceso de población aquí y el exceso de riqueza allí; desaparece el hecho milagroso (más milagroso que todos los milagros de todas las religiones juntas) de que una nación deba morir de hambre debido a la pura y simple abundancia y riqueza; y así desaparece la absurda aserción de que la tierra no tiene la

⁵² K. Marx, «Über F. Lists Buch *Das nationale System der politischen Ökonomie*» [1845], en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, Heft 3, 14 Jg., Berlín, 1972; «Draft of an Article on Friedrich List's Book: *Das Nationale System der Politischen Oekonomie*» [1845], *MECW*, cit., vol. 4, p. 265 [ed. cast.: «Esbozo de crítica de la economía política», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes, 1844*, OME 5, cit.].

⁵³ K. Marx, «Carta a Engels de 7 de enero de 1851», *MEW*, cit., Band 27, pp. 157-162; *MECW*, cit., vol. 38, p. 258. [ed. cast.: C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, La Habana, Ediciones Política, s.f.].

facultad de alimentar a los hombres»⁵⁴. El Marx posterior sostenía que el crecimiento de la productividad en el capitalismo traía aparejada la posibilidad de una reducción significativa de la jornada laboral, pero, en este estadio, simplemente asumía que la implementación de cualquier reducción de este tipo se traduciría en el final de la sociedad burguesa.

A pesar de las hipótesis malthusianas de un empobrecimiento absoluto del conjunto de la sociedad, la primera concepción de Marx del proceso económico era, no obstante, mucho más dinámica que las de Smith o Ricardo, al centrarse en el poder de la competencia para llevar a la sociedad burguesa sin descanso más allá de sus propios límites, fijados por la demanda del mercado. La continua acumulación de capital se veía constantemente amenazada, por una parte, por el rendimiento decreciente de los ahorros y, por otra, por los drásticos límites al crecimiento de los mercados como consecuencia de un permanente infraconsumo. Esto conducía a que la lógica de la acumulación se aventurara en regiones previamente no explotadas, solo para reproducir allí este proceso autodebilitante en una escala superior.

El joven Marx pretendió llevar las consecuencias de la separación entre el Estado y la sociedad civil, primero articulada por Hegel, hasta su última y revolucionaria conclusión: el curso desenfrenado de una ley de la acumulación que inexorablemente expandía las filas de los empobrecidos proletarios hasta el punto del estallido de una guerra civil. Su primera crítica de la economía política parecía respaldar esta propuesta. Las fluctuaciones en la actividad económica y el empleo eran meramente epiciclos dentro de este venturoso vuelo hacia delante y no merecían una consideración teórica especial. Sería únicamente más adelante, durante sus primeros años de exilio en Londres, cuando Marx comenzara a investigar los esquemas de un ciclo comercial mundial que comenzaba a asumir una misteriosa forma periódica. Retrospectivamente, le parecía claro que las revueltas de 1848 habían sido el resultado de la crisis

⁵⁴ F. Engels, «Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie», *Deutsch-Französischen Jahrbücher*, febrero de 1844, *MEW*, cit., Band 1, p. 520 [«Mit der Verschmelzung der jetzt entgegengesetzten Interessen verschwindet der Gegensatz zwischen Überbevölkerung hier und Überreichtum dort, verschwindet das wunderbare Faktum, wunderbarer als alle Wunder aller Religionen zusammen, daß eine Nation vor eitel Reichtum und Überfluß verhungern muß; verschwindet die wahnsinnige Behauptung, daß die Erde nicht die Kraft habe, die Menschen zu ernähren»]; «Outlines of a Critique of Political Economy»; *MECW*, cit., vol. 3, p. 439; [ed. cast.: «Esbozo de crítica de la economía política», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes, 1844*, OME 5, cit.].

comercial mundial de 1847: «Así como el periodo de crisis comenzó más tarde en el continente europeo que en Inglaterra, así lo hizo también el periodo próspero. El proceso se originó en Inglaterra, que es el demiurgo del cosmos burgués. En el continente, las diversas fases del ciclo repetidamente experimentado por la sociedad burguesa asumieron una forma secundaria y terciaria»⁵⁵. Durante su primera década en el exilio, Marx intentó elaborar una teoría de los ciclos económicos caracterizados por una gravedad cada vez mayor, fruto de la incompatibilidad última entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas en la sociedad burguesa. A lo largo de la década de 1850 asumió con esperanza que la siguiente crisis volvería a poner en marcha el proceso revolucionario. El abandono de esta hipótesis fue una de las condiciones del descubrimiento de la teoría económica de *El capital*.

⁵⁵ K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850* [1850], *MEW*, cit., Band 7, 1960, pp. 9-107 [«Wie die Periode der Krise später eintritt auf dem Kontinent als in England, so die der Prosperität. In England findet stets der ursprüngliche Prozeß statt; es ist der Demiurg des bürgerlichen Kosmos. Auf dem Kontinent treten die verschiedenen Phasen des Zyklus, den die bürgerliche Gesellschaft immer von neuem durchläuft, in sekundärer und tertiärer Form ein», p. 97]; *The Class Struggles in France*, *MECW*, cit., vol. 10, p. 509 [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2005].

CRÍTICA

Jean Drèze & Amartya Sen, *An Uncertain Glory: India and Its Contradictions*, Londres, Allen Lane, 2013, 448 pp. [*Una gloria incierta, India y sus contradicciones*, Barcelona, Taurus, 2014, 464 pp.]

VIVEK CHIBBER

ASISTENCIA A LOS DÉBILES: UN ANÁLISIS SOMBRÍO

En comparación con los tristes logros de la dominación británica, la economía política de la India independiente ha supuesto una mejora. El último medio siglo de colonialismo generó una economía de crecimiento cercano a cero, niveles abismales de pobreza, una agricultura atrasada y estancada y una estructura industrial altamente desigual. Una vez que se hubieron marchado los británicos, las tasas de crecimiento rondaron el 3,5 por 100 anual durante las tres décadas siguientes, llegando a alcanzar en torno al 5 por 100 en las décadas de 1980 y 1990, para aproximarse al 7-8 por 100 a partir de 2000. La alfabetización se cuadruplicó con creces entre 1950 y 2010; y la esperanza de vida se duplicó, de alrededor de 32 años en 1947, a 65. Visto al lado del rendimiento del Raj, no es este un balance insignificante. Pero si tenemos en cuenta que la población se ha casi cuadruplicado, y si cambiamos el marco de referencia, las tasas de crecimiento se vuelven mucho menos espectaculares: resultan decepcionantes si las comparamos con las de Corea del Sur o Japón, o incluso con algunos de los países latinoamericanos que más crecen, como Brasil y México; y suponen un incómodo contraste con China en el último cuarto de siglo. Lo mismo sucede cuando consideramos los resultados en el campo de la alfabetización y la salud, el ingreso per cápita, los índices de pobreza o casi cualquier parámetro de distribución de la renta y de la riqueza. La democracia india sigue siendo institucionalmente estable, lo cual supone un logro significativo. Pero el logro queda desfigurado por las disparidades extraordinarias en términos

de influencia política y de acceso a la política misma, el pésimo estado de los tribunales, los crudos despliegues de prejuicios de casta en el sistema judicial y el aumento de la criminalidad de la clase política.

No debe sorprendernos, por lo tanto, el tono comedido y sobrio que impregna el último libro de Jean Drèze y Amartya Sen. Se trata de su tercer estudio de la economía política de India, que se suma a sus colaboraciones en otros ámbitos. Sen es uno de esos raros casos de economista que ha cosechado ulterior fama como filósofo social. Drèze, de origen belga pero formado en la Delhi School of Economics y ciudadano indio naturalizado, se ha ganado un enorme respeto como intelectual público y activista en su país de adopción. Ambos autores están equipados con un profundo conocimiento de su objeto de estudio, en tanto que académicos y también como profesionales. Su nuevo libro tiene la clara intención de poner en jaque las celebraciones neoliberales de los logros de India en los últimos años: en el ámbito público, «es notorio que las cuestiones que afectan la vida e incluso la supervivencia de los que han sido ampliamente dejados atrás tienden a recibir muy poca atención». De hecho, en pocos países el sesgo de clase de los medios de comunicación (esto es especialmente cierto en los de habla inglesa) se ha vuelto tan dramático como en India: llenos de adulación por los millonarios nacionales y los modelos económicos estadounidenses, de desprecio por cualquier cuestionamiento del fundamentalismo de mercado y de rechazo de hasta las formas más suaves de la política de izquierda.

Contra todo esto, Drèze y Sen lanzan una acusación tranquila pero devastadora de la economía política contemporánea de India, aplicando a su desarrollo el «enfoque de capacidades» de Sen. Se trata de un enfoque que mide el crecimiento no solo por los índices macroeconómicos, como son el producto interior bruto, la tasa de inversión o el volumen de comercio, sino también por el grado en que estos parámetros aumentan las capacidades individuales de la vida humana, que dependerá esencialmente de dos factores: en primer lugar, de las consecuencias distributivas del propio modelo económico imperante, es decir, de si aumenta o no la capacidad de los pobres o los discapacitados para vivir una vida dotada de sentido mediante la canalización de los ingresos hacia ellos; y en segundo lugar, de la medida en que el modelo sea bueno para el crecimiento, pero no para su distribución, en función de si existen o no instituciones que compensen sus fracasos distributivos. La preocupación por la distribución y la redistribución del ingreso, que es inherente al enfoque de capacidades, lo hace más receptivo hacia agendas políticas igualitarias de cuanto la doctrina económica convencional tiende a ser.

Los defensores del giro neoliberal en India han señalado la reciente caída de los indicadores de pobreza como prueba de su éxito, incluso con respecto a la distribución. Desde el principio, Drèze y Sen apuntan a la debilidad tanto conceptual como empírica de este argumento. Empíricamente, las alegaciones

de reducción de la pobreza son difíciles de conciliar con los datos sobre el gasto per cápita, que ha sido muy bajo (un exiguo 1 por 100 anual en las zonas rurales y alrededor del 2 por 100 en las ciudades entre 1993 y 2010); mientras, en las últimas dos décadas los salarios reales han aumentado muy lentamente, o nada en absoluto, tanto en el empleo rural como en el urbano. Medidos como porcentaje del valor añadido, los salarios en la industria manufacturera han disminuido en realidad desde 1992. Pero aun aceptando afirmaciones empíricas cuestionables sobre reducción de la pobreza, la crítica conceptual sigue siendo obvia. La Comisión de Planificación de India [*Indian Planning Commission*] ha declarado que la famosa ruptura de la línea de pobreza es de 32 rupias por persona y día en las ciudades y de 26 rupias en las zonas rurales (a precios de 2011), cantidades que estima suficientes para proporcionar adecuada «alimentación, educación y salud». Drèze y Sen observan con razón que esta noción es ridícula. Los presupuestos familiares que generan 32 rupias per cápita (alrededor de cincuenta centavos de dólar) en las zonas urbanas no cubren siquiera las necesidades más básicas. Así que, teniendo en cuenta la debilidad de los criterios con los que se mide, la pregonada caída de la pobreza es muy poco sustancial. En efecto, si hemos de creer la historia oficial, y es verdad que pequeños aumentos salariales han generado una notable mejora en los índices de pobreza, ello solo puede significar que hay una enorme masa de población en torno a la línea de pobreza extrema, de manera que pequeñas mejoras en los ingresos pueden mostrarse como una «disminución de la pobreza». Pero esta supuesta disminución no equivale a algo parecido a una vida digna para los que se han movido por encima del índice de referencia oficial.

Pero si dudosa es cualquier reducción importante de la pobreza, aún peor es el comportamiento en educación, salud y servicios sociales generales. Bajo cualquier parámetro, India es un caso atípico en estas materias, en el sentido de que gasta menos que países con niveles de desarrollo comparables; y los servicios que están disponibles para los pobres son de una calidad tan deplorable que a menudo aportan poco en términos de alivio sustantivo. Para entender este punto, Drèze y Sen ofrecen una comparativa entre dos niveles de desempeño de India en materia de prestaciones sociales. Es bien sabido que, en comparación con otros dos grandes países en vías de desarrollo, Brasil y China, India sale mal parada. El Gobierno del PT ha logrado avances notables en educación, salud y reducción de la pobreza, es decir, precisamente en aquellos ámbitos en los que India sigue a la deriva, y lo ha hecho en un contexto de corrupción y de enormes desigualdades, factores que a menudo se alegan para disculpar la incapacidad de India para avanzar. Pero Drèze y Sen muestran que el fracaso de India no solo es patente en contraste con ejemplos como estos, sino que (lo que resulta más sorprendente) también queda de manifiesto incluso dentro de Asia meridional, si

se compara con el desempeño de Bangladés o Sri Lanka. Bangladés, que tiene un ingreso per cápita de poco más de la mitad que India, tiene mejores cifras en mortalidad infantil, escolaridad, vacunación, acceso a servicios de saneamiento y algunas áreas más. De hecho, desde 1990 India ha *descendido* en el ránking regional sobre la base de los indicadores sociales.

Este sombrío análisis del desarrollo de India plantea naturalmente la siguiente pregunta: ¿cómo se explica la dualidad de, por un lado, unos índices de crecimiento considerables y, por el otro, unos resultados tan desiguales en términos de bienestar? Para Drèze y Sen, la causa parece ser la corrupción dentro del Estado y la falta de rendición de cuentas entre los responsables públicos. Servicios cruciales para cualquier mejora de los indicadores sociales, como son la salud, la educación o la ayuda alimentaria corren a cargo de organismos estatales o paraestatales, que para poder prestarlos adecuadamente deberían cumplir unas normas mínimas de eficiencia burocrática, al tiempo que los funcionarios deberían mostrarse responsables, de manera abierta y transparente, en el manejo de los recursos. Está claro que el Estado indio no cumple estos mínimos. Los funcionarios desvían fondos, a veces hacia sus propios bolsillos y otras hacia los de patrones poderosos; transfieren activos públicos a intereses privados; pervierten las disposiciones gubernativas, transformándolas en favores o pagos a terceros. El resultado es que las agencias que supuestamente deberían compensar las fallas del mercado terminan por reforzarlas. Para revertir esta situación, Drèze y Sen abogan por una mayor participación de los ciudadanos de a pie, tanto en la maquinaria de la distribución como en la elaboración de políticas en la cúspide del Estado, así como por un ámbito más amplio de «deliberación pública».

India, por supuesto, estaría mejor con unas instituciones públicas más limpias y con un debate político más abierto e inclusivo. Pero ¿hasta qué punto subrayar primordialmente estos aspectos sirve al objetivo al que Drèze y Sen se han comprometido, a saber, una mejora significativa de los resultados distributivos en India? Consideremos, por ejemplo, el tema de la corrupción. Evidentemente, si los funcionarios –tanto los cargos electos como los designados– meten la mano en los fondos destinados a los pobres, manipulan los precios arbitrariamente y exigen pagos ilícitos como condición previa para el servicio, socavarán con sus conductas las políticas de redistribución. Sin embargo, la neutralización efectiva de la desigualdad no depende solo de la cultura interna del Estado o de la integridad de sus funcionarios. Incluso si todas las deficiencias en estos últimos ámbitos pudieran resolverse como por arte de magia, quedaría pendiente la cuestión primordial de la cantidad de fondos disponible para la redistribución. El problema en India no solo ha sido la desaparición de dinero en manos privadas, sino también –como los mismos Drèze y Sen se encargan de señalar– el hecho de que los importes asignados a la salud, la educación y otros servicios

han estado entre los más bajos de los países con niveles comparables de desarrollo. Para hacer que el Estado sea más relevante a la hora de mejorar las oportunidades vitales de sus ciudadanos, se necesita una reorientación masiva de prioridades. Esta no es una cuestión que pueda abordarse solo mediante la reforma institucional; se requiere un cambio en la cultura política y en el equilibrio de poder en la sociedad.

El problema con el diagnóstico de Drèze y Sen no consiste tan solo en que su atención prioritaria a la reforma institucional sea un planteamiento demasiado estrecho. También tiene que ver con el hecho de que la calidad de las instituciones del Estado no puede analizarse aisladamente, al margen del contexto político y económico en el que funcionan. Los autores son, por supuesto, conscientes de esto, y observan una y otra vez que la desviación de las agencias gubernamentales respecto de las tareas asignadas no es aleatoria, sino que las reglas se quebrantan, los precios se manipulan y los favores se dispensan en una dirección específica, esto es: en beneficio de los ricos y en detrimento de los pobres. En la práctica, entonces, con demasiada frecuencia las instituciones del Estado consolidan las desigualdades de fondo en lugar de revertirlas. Este es un hecho de enorme importancia analítica. Y aunque queda registrado, no adquiere el peso necesario en su análisis del desarrollo de India.

Lo limitado de su óptica se puede apreciar en los remedios que proponen para enfrentar la corrupción, problema que ha sido durante mucho tiempo característico de la escena política india y que ha adquirido nueva relevancia con el surgimiento del Partido Aam Aadmi en 2012. Drèze y Sen claman por una mayor transparencia, por la persuasión moral y por una más enérgica persecución de los culpables. Pero está claro, a partir de su propia descripción, que en India la corrupción es a menudo una expresión del poder de clase, y la forma que toma no es solo el hurto de dinero: se extiende a través de la apropiación de tierras en las zonas forestales, la usurpación de los fondos públicos por parte de las elites locales, la colusión entre funcionarios y empresarios en las zonas mineras o el mismo uso del Estado por los políticos para adquirir recursos para sí mismos. En cualquier definición que se emplee del término, se trata en todos los casos de formas de corrupción. Pero es difícil ver cómo se les puede poner freno a través de reclamos de mayor transparencia o de rectitud moral. Por supuesto, una mayor apertura en los asuntos públicos tendrá algún efecto, como muestra la popular Freedom of Information Act [Ley de la Libertad de Información] de 2002, que salió adelante gracias a la presión de un movimiento social muy activo. Pero muchos de los peores ejemplos de corrupción no son ilícitos ni se producen bajo la mesa. Suceden a la vista del público, ya que quienes se benefician de ellos poseen el poder político y económico para actuar con impunidad. En India los abusos más flagrantes de poder y los mayores robos de los recursos

públicos a menudo no se ocultan, sino que son secretos a voces, porque la estructura del sistema político convierte la cultura del nepotismo y de la criminalidad descarada en política pública: las elecciones son en su mayor parte financiadas con fondos privados, todos los partidos políticos dependen para sus campañas de patronos y de donantes ricos, que conceden recursos a cambio de favores futuros. Existe una escasa posibilidad de que las instituciones del Estado puedan reformarse, siempre que este nexo más amplio entre políticos y elites económicas se mantenga intacto.

Si las medidas adoptadas para mejorar la cultura burocrática o para alentar una mayor probidad son siempre propensas a ser socavadas por contramedidas puestas en marcha por las elites para proteger su control de las palancas de la política, ¿qué podría hacer que los funcionarios fueran más responsables? La respuesta es clara: solo un cambio previo en las relaciones de poder sobre el terreno, es decir, una mayor capacidad de los ciudadanos comunes de ejercer un poder real sobre el Estado, para hacer de contrapeso frente al poder que fluye del dinero o de los cargos públicos. Esta es la lección que se desprende de lo poco que se ha logrado a través de la reforma administrativa en India y en otras partes del mundo. Pero no es una lección que combine fácilmente con las insulsas llamadas a la «descentralización», que a menudo solo significa el traspaso de competencias del ámbito nacional a las elites locales. De ahí se deduce, antes bien, que lo necesario es una redistribución del poder de los ricos a los pobres. Las demandas de mayor rendición de cuentas de las instituciones públicas son simplistas, a menos que vayan acompañadas de apoyo a la fuerza organizativa de los trabajadores. Pero el actual modelo de desarrollo en India va en contra de todo esto. El mantra en la era de la liberalización ha sido la necesidad de flexibilizar el mercado de trabajo (nombre en clave para el despotismo empresarial en la gestión y los ataques a los sindicatos, tanto legislativamente como en los lugares de trabajo). Así, también en los últimos años el Estado indio ha abierto un frente contra las ONG, que serían culpables de «actividades políticas» (entendiendo por ello cualquier tipo de movilización social). Si el éxito de tales presiones sigue siendo incierto, su intención no lo es, lo que ofrece escaso consuelo al argumento de *An Uncertain Glory*.

El título del libro alude precisamente a una de sus debilidades. Tomado de una línea de una de las más ligeras comedias de Shakespeare (que hace referencia nada menos que al tiempo de un día de abril) aporta una nota extrañamente frívola para el tema que trata. Pero que no es irrelevante. Porque si bien *An Uncertain Glory* es una poderosa denuncia de las actuales perspectivas económicas del neoliberalismo indio, ¿hasta qué punto se mueve más allá de la visión política del *liberalismo* indio convencional? Ante el balance socioeconómico que el libro expone, cualquier lector tiene que concluir que está lejos de ser glorioso. Entonces, ¿dónde está la gloria?

La respuesta solo puede ser: en la estabilidad de la democracia india. Pero para que este argumento tuviera un peso proporcional, el libro tendría que haberlo tratado con una profundidad mucho mayor. Sin embargo, en tanto que asesores de los sucesivos Gobiernos indios, los autores se sienten visiblemente inhibidos a la hora de hablar en términos netamente políticos. El Partido del Congreso, el BJP, las fuerzas armadas, las grandes empresas, los movimientos comunistas, los partidos de casta, los tribunales y los votantes —es decir, el sistema político en su conjunto— quedan al margen del análisis. Cuatro páginas cautelosas pasan de puntillas a través de «brechas en la práctica democrática», como si estas fueran meras fallas aisladas en la democracia india en lugar de características estructurales de la misma. La vaguedad y abstracción de las recetas reformistas del libro derivan de sus evasivas ante cualquier mirada dura hacia el orden político indio.

Incluso en el núcleo más serio y solvente del libro, donde se halla su mejor momento, sin adornos ideológicos, hay una paradoja. Drèze y Sen muestran en cuántos aspectos las últimas dos décadas han sido testigo del estancamiento, cuando no del franco retroceso, del bienestar de los sectores más pobres de la población. Sin embargo, en su análisis, las causas de estos males tienden a localizarse bien en el interior de las instituciones estatales, bien en aspectos de la cultura general, pero nunca en la dinámica del propio mercado. Así, es curioso encontrar una vívida descripción del estancamiento de los salarios urbanos, sin que se establezca relación alguna con el aumento masivo del poder de los empleadores sobre su fuerza de trabajo; o largas descripciones de cómo los medios de comunicación se han convertido en portavoces de los ricos, pero solo la mención más fugaz de la privatización total de la televisión; una crónica del mediocre desempeño de los regímenes de bienestar rural, sin referencia al veto ejercido por las elites agrarias sobre ellos. En estos aspectos, *An Uncertain Glory* se aleja del tipo de economía política que una vez fue común en India, y que paulatinamente se ha visto sustituida por una tipología de economías institucionales o del bienestar. Cualesquiera que sean las virtudes de estas últimas, lo cierto es que tienden a ignorar las desigualdades de poder sistemáticas del mercado, desigualdades que los economistas de una época anterior rara vez perdieron de vista.

Ese alejamiento de una economía política más clásica conduce no solo al error en el análisis, sino a una estrategia para la reforma demasiado anémica para ser eficaz. Tal vez la mayor virtud de la antigua tradición era su insistencia en que la producción y la distribución están vinculadas sistemáticamente, y el mecanismo clave que las une son las luchas por el patrón de distribución. Así, los cambios en este último eran reflejo de cambios en el equilibrio de poder en la relación laboral, que a su vez estaban conectados, hacia atrás, con alteraciones estructurales de la economía y la demografía y, hacia delante, con las instituciones sociales sobre las que desplegaban

sus efectos. Según esta perspectiva, no sería realista contemplar reformas sin tener debidamente en cuenta las condiciones políticas y estructurales necesarias para hacerlas posibles. La estudiada manera en que Drèze y Sen eluden este enfoque, y las cuestiones que genera, arruina en gran medida las esperanzas puestas en los resultados distributivos que ellos avalan. Los lectores de su libro se beneficiarán enormemente de su descripción del paisaje social y económico de India. Los que busquen una explicación del mismo, y un camino hacia un futuro más equitativo, tendrán que mirar en otra parte.

Nikil Saval, *Cubed: A Secret History of the Workplace*, Nueva York y Londres, Doubleday, 2014, 352 pp.

MICHAEL DENNING

DISEÑO Y DESCONTENTO

En 1977 me encontré a mí mismo –gracias a un encuentro casual en un bar– trabajando en una oficina de la corporación Raytheon, dedicada a los contratos de defensa. Necesitaba el trabajo, después de no haber encontrado manera de pagar el alquiler mientras vivía en el «movimiento», la marea de locales radicales que estaban desapareciendo con la misma velocidad con que habían surgido. Comparado con el romance de encontrarse con el proletariado estadounidense en fábricas y minas que encendía nuestras imaginaciones –se acababa de estrenar el gran documental de Barbara Kopple sobre la huelga de los mineros de Kentucky, *Harlan County USA*–, el monótono ritmo de desplazamientos en metro hasta la plomiza tranquilidad del edificio de Charles River, donde Raytheon nos pagaba por revisar informes del Gobierno sobre ferrocarriles metropolitanos, parecía llevarme todo lo lejos que se puede imaginar de la vanguardia del cambio social.

Mi guía en este espacio de oficinas –un interminable serpenteo entre el laberinto de despachos con hombres jóvenes, cortando y pegando con cúteres de X-Acto sobre mesas de luz, y los equipos de mecanógrafas de mujeres algo mayores, los dedos volando sobre las IBM Selectrics con sus cabezales intercambiables– no era C. Wright Mills y su *White Collar*, que ya parecía desfasado, sino las caricaturescas descripciones de Yoyodyne que hacía Thomas Pynchon (el traslado a la ficción de sus días como redactor técnico en Boeing) y la interminable épica oficinesca de Joseph Heller, *Something Happened* (en la que por lo que yo recuerdo, no pasaba nada). Pero la historia

se produce donde menos lo esperamos: en la maravillosa «historia secreta del lugar de trabajo» de Nikil Saval, me entero de que mi Boston de la década de 1970 tenía la mayor proporción de espacio de oficinas, en relación a la población, de cualquier ciudad de Estados Unidos, y que la oficina con la que me encontré no sería «simplemente otro lugar de trabajo [...], sino la firma de una avanzada sociedad industrial [...], la dominante cultura del lugar de trabajo del país».

Si hubiese estado prestando atención a los informes del Gobierno que editaba, me hubiera dado cuenta de que una comisión de la Administración de Nixon ya había llegado en 1972 a la conclusión de que «la oficina actual, donde el trabajo está segmentado y jerarquizado, a menudo es una fábrica. Para un número cada vez mayor de empleos, hay poco que los diferencie excepto el color del cuello del trabajador: las operaciones de digitalización de los ordenadores y los equipos de mecanografía comparten muchas cosas con la cadena de producción de una fábrica de automóviles». Ahora esto parece una trivialidad, y el logro de Nikil Saval es recuperar la rareza del cubículo común.

Saval, un joven escritor asociado con la revista *n+1*, menciona brevemente su propia experiencia trabajando en un cubículo, pero *Cubed* parece surgir en mayor medida de las narrativas sobre cubículos con las que creció: el cómic *Dilbert*, la película de culto *Office Space*, el programa de televisión *The Office*, por no mencionar el serializado drama costumbrista de *Mad Men*. Así, aunque Saval afirma que el libro es un homenaje a la sociología de Mills en «Las clases medias estadounidenses» (el subtítulo de *White Collar*), está más en la línea de las brillantes representaciones que hace Barbara Ehrenreich en «La vida interior de la clase media» (el subtítulo de su obra de 1989 *Fear of Falling*). El trabajo de Saval no es tanto una obra de una «imaginación sociológica» millsiana como de lo que Ehrenreich llamó una vez «la historia de las malas ideas», remando entre las olas de las panaceas de gestión, terapéuticas y de diseño que conforman el pensamiento popular y modelan el trabajo y la vida diaria. *Cubed* es un compendio de todas las «malas ideas» que han entrado en las oficinas: desde la «mesa para abrir el correo con su “estudio del movimiento”» del taylorismo de la década de 1920, a «la cueva y el espacio común» de Apple en la década de 1990; desde los sueños de lo «ergonómico» y de la «Teoría Y», a los de la «habitación de trabajo en equipo» y el «encuentro casual». *Cubed* es, señala Saval, «una historia desde la perspectiva de la gente que sintió esos cambios desde sus mesas».

A medida que Saval pasa desde el *Bartleby* de Herman Melville, al *Dilbert* de Scott Adams, va describiendo gráficamente varias historias familiares: el cambio desde los administrativos masculinos, con sus desmontables cuellos blancos en la salas de contabilidad de mediados del siglo XIX, a las mecanógrafas, taquígrafas, archivadoras y operadoras de centralitas de la oficina del

siglo XX; la revolución copernicana en la que la oficina pasó, desde su anterior posición de satélite girando alrededor de la fábrica y la mina, al centro de un sistema solar de información y servicio; y la migración del espacio de la oficina desde los rascacielos del movimiento moderno en los centros de las ciudades –separados de los distritos industriales y representados por el edificio Larkin de Frank Lloyd Wright y la Lever House de Skidmore, Owings y Merrill– a los «parques de oficinas» en las afueras de la ciudad cuyos emblemas incluyen la sede de Connecticut General obra del SOM.

Por debajo de estas historias Saval entretiene una dialéctica del descontento y el diseño. Las vejaciones del «oficinismo» [*deskism*] –un término que Saval encuentra en Edgar Allan Poe– se repiten a lo largo de esta historia en el diario de un administrativo de un comercio de Nueva York en la década de 1850, en el «habla» de las oficinistas feministas de la década de 1970, y en la propia investigación del fabricante de muebles de oficina Steelcase Inc. sobre los habitantes de los cubículos en la década de 1990. En casi todos los casos, la respuesta al descontento en la oficina era un nuevo diseño. La oficina –y cada generación de reformas de la oficina– ofrecía una promesa de armonía de clases, de satisfacción y trabajo creativo, de luz natural y aire acondicionado. Esta era una promesa compartida no solo por los diseñadores de oficinas –Saval señala que «cualquiera que trabaja en una oficina pasa una extraordinaria cantidad de tiempo pensando sobre la disposición de las oficinas»–, sino también por los propios trabajadores: «La oficina elige a las mujeres, pero las mujeres también eligen la oficina».

Desafortunadamente, la promesa rara vez se cumplía; algunas veces, por los fracasos de los diseñadores –«los planificadores y arquitectos de oficinas tienden a imaginar que la configuración de sus propias oficinas debería ser la manera de trabajar de todo el mundo»–, pero, normalmente, debido a los imperativos del beneficio: «Las compañías no tenían ningún interés en crear entornos autónomos para sus “actores humanos”». En vez de eso, querían llenar un espacio lo más pequeño posible con el mayor número de personas posible, por el menor coste y lo más rápidamente posible. Los protagonistas de Saval –un montón de personajes, como el arquitecto Mies van der Rohe, Robert Propst, el inventor de la «estación de trabajo», el diseñador Florence Schust Knoll, Katharine Gibbs, fundadora de la Escuela de Secretariado, y la asesora de escritores Helen Gurley Brown– tienden a ser los que hicieron poderosas y persuasivas promesas solamente para ver cómo se diluían y se incumplían. Un breve y esclarecedor relato sobre el edificio Seagram, de Mies van der Rohe, acaba con Mies preguntándose: «¿Qué diablos fue lo que se hizo mal?»; Propst admite que sus «estaciones de trabajo» habían quedado convertidas en «infiernos [...], pequeños cubículos»; y a pesar de la «imagen de prestigio» de las chicas de Katie Gibbs, la propia Gibbs escribió que «la carrera de una mujer está bloqueada por la falta de oportunidades,

por la injusta competencia del varón, por los prejuicios y, no menos, por un salario y un reconocimiento inadecuados». Sin embargo, el diseño renace eternamente y Saval no puede evitar una punzada de excitación cuando visita las «reencantadas» oficinas del futuro, TBWA/Chiat/Day, la Mountain View de Google y el edificio de Interpolis de Eric Veldhoen.

Como otras historias de cercamiento, *Cubed* finaliza con la expropiación. El sueño de una oficina con vistas se desvanece no solo en cubículos cada vez más pequeños y en «oficinas virtuales», sino que, después de los despidos de personal de oficinas con las crisis de las décadas de 1980 y 2008, se llega a los trabajadores de oficinas sin oficinas, a los trabajadores autónomos o al precariado. También aquí la dialéctica de Saval produce otro giro en algunos lugares: el fenómeno del «espacio compartido» [*coworking*], donde los trabajadores autónomos pagan una cuota para compartir una oficina. Saval sostiene que «la flexibilidad no tiene que ser un truco más en el manual de la gestión», «es una herramienta, una oportunidad [...], corresponde a los trabajadores de oficinas el hacer que esta libertad tenga sentido: hacer que la “autonomía” prometida por el desgaste del contrato de trabajo sea una autonomía real, hacer que los lugares de trabajo sean auténticamente suyos».

Quizá sea una señal de nuestra vida sin salarios que la única promesa de control para los trabajadores se encuentre en la «flexibilidad» creada por el desgaste del contrato laboral. Sin embargo, también puede ser un producto del propio «oficinismo» de Saval. Aunque dice que su historia «habla a través de trabajadores sin cara y sin nombre», a menudo parece hacerlo a través de «las máquinas de escribir y los archivadores que utilizan y de las sillas en que se sientan». Esto tiene dos importantes consecuencias que no hay que subestimar. Nos sumerge en los interiores de los edificios de oficinas normalmente alabados por su arquitectura exterior, como en su relato del plan de Florence Schust Knoll para Connecticut General; y trastoca por completo cualquier idea del sentido común de que la oficina sea un lugar de trabajo virtual o inmaterial fijándose en la resistente materialidad de la espalda y el trasero en el escritorio y la silla: desde el elevado escritorio de madera de Wootton de las oficinas de finales del siglo XIX, pasando por la moderna y eficiente mesa de metal de Steelcase hasta la silla Aeron de 1994, «el símbolo más poderoso de la burbuja puntocom». Pero hay riesgos laborales en esta clase de historia del diseño. En primer lugar, como otras formas de historia del arte, tiende a resaltar lo nuevo y lo innovador, y *Cubed* es un maravilloso relato de la oficina de vanguardia: las «oficinas del futuro». Pero las oficinas del mundano presente son normalmente un desigual revoltijo de innovadores sistemas de archivo y estaciones de trabajo con pocos recuerdos de cómo se suponía que iban a aumentar la creatividad o la eficiencia. En segundo lugar, la historia del diseño en *Cubed* es un cuento sobre la homogeneización de la «estación de trabajo», la abstracción

de una jerarquía de escritorios y sillas en cubos flexibles e intercambiables. Esta historia del diseño, sin duda, es cierta, pero tiende a minusvalorar las divisiones entre los trabajadores de las oficinas y las prácticas laborales en nombre de revelar la «dominante cultura del lugar de trabajo del país».

A medida que avanza el libro, la historia del diseño de la oficina deja fuera la historia de los procesos de trabajo que se efectúan dentro de ella. Es como si se contara la historia de la fábrica desde el punto de vista de Albert Khan (el diseñador de las fábricas de Ford en Highland Park y River Rouge) en vez de desde el punto de vista de Ford, de sus trabajadores o del sindicato United Automobile Workers. Los puntos fuertes de esto son considerables: el espacio de trabajo tiene importancia –está mal iluminado, es ruidoso, caluroso, mal ventilado– y estas formas de injusticia en el lugar de trabajo se han trivializado a menudo simplemente como las «condiciones de trabajo». Pero en *Cubed* los trabajadores tienden a quedar eclipsados por sus escritorios. En parte esto se debe a su planteamiento: la rica historia laboral de los primeros trabajadores administrativos que dibuja en la primera mitad del libro no se mantiene para lo que se podría llamar la clase trabajadora «de 9 a 5». Pero también se debe a que Saval considera la revuelta del «plantel de mecanógrafas y secretarías» – representada por la organización sindical 9to5, dirigida por Karen Nussbaum en Boston, así como por la popular película feminista *9 to 5* de 1980 (que reunía al improbable trío de Jane Fonda, Dolly Parton y Lily Tomlin)– como un breve y pasajero acontecimiento que «gracias a la tremenda cobertura de los medios de comunicación [...] empezó a parecer como una oleada». Aquí tengo que discrepar: aunque yo solo era vagamente consciente de las simpatías por 9to5 entre las mujeres del equipo de mecanógrafas de Raytheon en 1977 hubo una enorme ola, en pocos años, entre las mujeres que trabajaban en oficinas que ni siquiera un joven oficinista varón como yo podía pasar por alto, especialmente en las oficinas universitarias en las que entré después de dejar Raytheon. La organización 9to5 de Boston –que en 1975 se había incorporado al SEIU (Service Employees International Union) para convertirse en «Local 925»– señaló una importante transformación social: la oleada de huelgas y campañas organizativas protagonizada por el SEIU (y sindicatos similares como UNITE HERE) la convirtieron en la mayor y única sección en aumento dentro del movimiento sindical estadounidense, convirtiéndose en el equivalente contemporáneo del United Automobile Workers de Walther Reuther de la era fordista. Desde luego, no todos los miembros del SEIU eran trabajadoras y trabajadores de oficinas (en su momento crearon una específica División de Trabajadoras de Oficinas) o, más bien, no todos los «trabajadores y trabajadoras de oficinas» del SEIU trabajaban sentados en un escritorio; se puede pensar solamente en los conserjes y guardias de seguridad que limpiaban, mantenían y guardaban los edificios llenos de cubículos de los que habla Saval.

Igual que sucede con la retórica del «sector servicios» –la idea de que la gran mayoría de los asalariados son trabajadores de ese sector–, la noción de que la oficina es el lugar de trabajo predominante, de que todos somos trabajadores de oficina, puede ocultar tanto como lo que revela, oscureciendo diferencias y jerarquías fundamentales existentes dentro de la misma. El trabajo de servicios está marcado al menos por dos divisiones primordiales: la división de los procesos de trabajo entre lo que en la industria hotelera se llama «trabajar o no de cara al público», esto es, los trabajadores y trabajadoras que están en contacto con los clientes y los que cocinan, limpian y procesan datos; y la división existente entre los servicios del hogar –la externalización y mercantilización del trabajo no pagado de las mujeres que cuidan de los niños y ancianos, preparan la comida y limpian la casa– y los servicios empresariales, que suponen la externalización de elementos del proceso de acumulación para bancos, compañías de seguros y minoristas. ¿Estas divisiones, u otras similares, caracterizan el panorama del trabajo en las oficinas? ¿Se parece el trabajo de oficina realizado de cara al público, que se ocupa de los clientes, al trabajo de procesado de datos que se efectúa sin contacto con estos? ¿Son los procesos de trabajo de oficina que prestan servicios financieros totalmente similares a los que ofrecen servicios baratos diarios a los hogares de la clase trabajadora? ¿Qué pasa con la división internacional de los cubículos?

Si la externalización del servicio del hogar ha tomado la forma de una masiva migración internacional de trabajadoras domésticas, la deslocalización de los servicios empresariales ha creado un espacio de oficinas global paralelo a la cadena de montaje global, ya que las líneas de comunicación digitales permiten la fácil transferencia de datos de toda clase de servicios, desde la contabilidad financiera y la gestión de nóminas a los registros médicos y los centros de atención telefónica. A pesar de unas pocas miradas a otras latitudes –el fascinante debate en la República de Weimar sobre los trabajadores de cuello blanco, la revuelta europea contra la *Bürolandschaft* en la década de 1970, la Ciudad Electrónica de Bangalore en India y el reconocimiento de que *The Office*, realizada originalmente para la televisión británica, ha sido adaptada no solo en Estados Unidos, sino también en Chile, Alemania, Israel y Francia–, el placer y la frustración de *Cubed* es que manifiesta las fortalezas y debilidades de un clásico género de crítica cultural estadounidense; une las novelas con los cómics, las sillas, con medio olvidados éxitos de ventas sobre gestión empresarial, revelando la historia secreta detrás de nuestros asumidos cuentos; incluso aunque esos mismos cuentos nos dejan curiosamente fijados en la oficina en Estados Unidos.

Howard Eiland y Michael W. Jennings, *Walter Benjamin: A Critical Life*, Cambridge (MA), Belknap Press, 2014, 755 pp.

BLAIR OGDEN

UN REVOLUCIONARIO MÓVIL

Walter Benjamin: A Critical Life no solo es la primera biografía completa del filósofo en lengua inglesa, sino que es, de lejos, la más exhaustiva que se haya escrito en cualquier idioma, reemplazando con creces a todas sus predecesoras. Los autores han dedicado gran parte de sus carreras a Benjamin. Jennings, el editor general de la selección de Harvard en cuatro volúmenes de los escritos de Benjamin, es especialista en la cultura de Weimar, en particular la de vanguardia, en Princeton; Eiland, profesor de Literatura en el MIT, es coeditor de tres de los volúmenes y en la actualidad trabaja en un libro sobre la judeidad de Benjamin. La estrategia de su biografía autorizada toma la forma de una combinación entre una narración detallada de la vida personal de Benjamin y una exposición intelectual de sus principales escritos. La interpretación de la obra de Benjamin ha sido objeto de una célebre controversia desde que en 1955 Theodor y Gretel Adorno coeditaran los primeros dos volúmenes de la colección de sus escritos en alemán, seguidos por la selección que, en un único volumen, hicieron Adorno y Scholem de su correspondencia en 1966 (cada una de estas antologías fueron atacadas desde el movimiento estudiantil por tergiversar, de diferentes maneras, el pensamiento de Benjamin) y de la primera selección en inglés –*Illuminations*, de 1968– a cargo de Hannah Arendt, que presentaba una visión de Benjamin alejada de la de aquellos dos. Las agudas discrepancias sobre su legado han persistido hasta la actualidad.

En su introducción, Eiland y Jennings establecen el principio rector de su proyecto: «Los estudios previos de este escritor, ya sean biográficos o críticos,

han tendido a proceder de manera relativamente selectiva, imponiendo un orden temático que generalmente elimina regiones enteras de su obra. El resultado de ello ha sido con demasiada frecuencia un retrato parcial, o peor, mitificado y distorsionado. Esta biografía está escrita con el ánimo de hacer un tratamiento más integral, al proceder de una manera rigurosamente cronológica y centrada en la realidad cotidiana de la que surgieron los escritos de Benjamin, así como de proporcionar un contexto intelectual-histórico de sus principales obras». El resultado, por lo tanto, no será partidista: aquí, con suerte, pueden coexistir muchos de los aspectos conflictivos de la personalidad de Benjamin (el «comunista que echa fuego por la boca», el «neohegeliano de la Escuela de Frankfurt», «el místico judío mesiánico», el «cosmopolita judío asimilado» y el «deconstructivista literario *avant la lettre*»). El lema de su estudio se ha tomado de una de las descripciones que hacía Benjamin de su propio pensamiento, del que decía que constituía un «todo contradictorio y móvil». Esta formulación se convierte en el hilo conductor de la interpretación que los autores hacen de su obra: «Las futuras generaciones de lectores encontrarán, sin duda, sus propios Benjamin en el encuentro con ese “todo contradictorio y móvil” que es la obra de su vida».

Sobre estas bases, y ateniéndonos a su estructura, la biografía está abierta a la evaluación en dos registros distintos. En primer lugar, ¿qué nos dice de la vida de Benjamin que no sepamos ya (su participación temprana en la *Schwärmerei* [entusiasmo] romántica del Movimiento Juvenil previo a la Primera Guerra Mundial en Alemania; su matrimonio precoz, la amistad con Scholem y su refugio en Suiza para no ser movilizado; el rechazo de su doctorado sobre la *Trauerspiel* [tragedia]; el encuentro con Asja Lacis en Capri, la conversión al marxismo, el viaje a Moscú; la literatura, el periodismo, el divorcio; las relaciones con Adorno y Brecht; la pobreza y el exilio en París; el *Das Passagen-Werk* [Libro de los pasajes]; la huida a través de los Pirineos, el suicidio (un *vía crucis* muchas veces ensayado)? En segundo lugar, ¿en qué medida proyecta una nueva luz sobre la trayectoria del pensamiento de Benjamin y sus complejidades? Estas no son las únicas cuestiones planteadas por esta biografía. Pero son, obviamente, las más inmediatas.

Con respecto a la primera cuestión, es tal la densidad empírica de la reconstrucción emprendida por Eiland y Jennings de la trayectoria de Benjamin que es mucho lo que aprendemos de ella. Aunque la mayoría de sus hallazgos no son totalmente nuevos, lo que se desprende de ellos es suficiente para terminar de una vez por todas con una imagen fija que se ha popularizado de Benjamin como un «genio ignorado y marginal, con un pensamiento radical que solo la posteridad ha sabido apreciar», poco práctico y sumido en la pobreza, desafortunado en el amor y en la literatura, un «vagabundo enterrado en los libros», un «outsider de todos los tiempos». En realidad, después de su fracaso temprano en su intento de asegurarse

una habilitación para la docencia por su trabajo sobre la *Trauerspiel* –lo que no ha de extrañar, dada su dificultad–, Benjamin estaba lejos de ser una figura poco visible en la cultura del último periodo de Weimar, nunca falto de admiradores y con encargos frecuentes: un colaborador prolífico en una amplia gama de publicaciones, cuya *Einbahnstraße* [*Calle de dirección única*] cosechó críticas entusiastas, e incluso su *Ursprung des deutschen Trauerspiels* [*El origen de la tragedia alemana*] –una vez que apareció como libro en 1928– se discutió extensamente en revistas académicas, por no hablar de una de las revistas literarias principales de la época. Tampoco estaba, en ningún sentido, social o intelectualmente aislado. De hecho, a través de las páginas de Eiland y Jennings constatamos cosas tan llamativas como el número de personajes notables de uno u otro tipo que se contaban entre sus amigos, contactos, conocidos o simpatizantes. En sus últimos años en Alemania, estos incluyeron a Scholem, Bloch, Kracauer, Hofmannsthal, Auerbach, Adorno, Horkheimer, Anders, Arendt, Brecht, Korsch, Döblin, Moholy-Nagy, Curtius y Leo Strauss, por no hablar de sus compañeros de juventud. Como exiliado en Francia, en circunstancias mucho más difíciles, frecuentaba o estaba relacionado con Bataille, Klossowski, Monnier, Aron, Wahl, Gide, Paulhan, Malraux, Kojève, Leiris y Caillois. Tampoco allí fue su escritura ignorada, y *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit* [*La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*] –en su traducción corregida por Aron– llegó a atraer la atención de Malraux, entre otros.

En términos materiales, también, Benjamin provenía de un ambiente más acomodado que Adorno, por ejemplo, y no le faltaron medios durante la mayor parte de su vida, viajando, coleccionando y jugando de una u otra forma hasta el final de la década de 1920. Lo que lo precipitó en la miseria final fue el maltrato a su esposa Dora, a quien explotó económicamente para luego divorciarse de ella de una manera tan fea que el tribunal le concedió a ella su herencia a modo de suma global en concepto de indemnización. Los detalles de esta historia, que sería un factor determinante en su vida, fueron sacados a la luz por primera vez con la publicación en 1991 por Hans Puttnies y Gary Smith de dos cartas angustiadas e indignadas de Dora a Scholem sobre la conducta de su marido, junto con el veredicto del tribunal al respecto, en su *Benjaminiana*. Dora, cuya nobleza de carácter brilla a través de la historia de los últimos años de Benjamin, nunca dejó de admirarlo como escritor y pensador, y no solo estuvo pronto dispuesta a perdonarlo, sino que continuó ayudándole siempre que pudo. Eiland y Jennings no siguen a Scholem, Puttnies y Smith, que culpan a Asja Lacis por manipular, presuntamente, a Benjamin con el fin de que se divorciara para poder obtener ella la ciudadanía alemana casándose con él. Tratan la parte sexual de la vida de Benjamin con sensibilidad y discreción, relatando sus relaciones con las mujeres sin caer en demasiadas especulaciones. De la propia

Lacis, o de su amor por ella, dicen más bien poco. Su revelación principal en este apartado es la de la probabilidad de una aventura con Gretel Karplus durante su noviazgo con Adorno, antes de que se casaran. Limitándose a la observación de que el patrón de las relaciones eróticas de Benjamin era típicamente triangular, no ofrecen de él un retrato psicológico, o incluso físico, comparable a la notable descripción que aparece en las memorias de una amiga lesbiana y más tarde sexóloga, Charlotte Wolff. El tenor de su biografía es contrario a ello. Calmo, metódico y juicioso, rara vez busca bajo la superficie. En la medida en que el efecto de tal abstención es desmitificar, puede considerarse un mérito. Pero también es una limitación, como queda de manifiesto si comparamos *Walter Benjamin: A Critical Life* con la prácticamente simultánea *Bertolt Brecht: A Literary Life*, de Stephen Parker. El trabajo de Parker es mucho más potente en tanto que estudio psicológico, no solo porque contiene una mayor cantidad de material nuevo y sorprendente sobre su objeto, sino también por su mayor ambición: Brecht emerge transformado de su biografía de una forma que Benjamin no lo hace.

La relación entre los dos hombres ha planteado siempre el asunto más polémico en los estudios sobre Benjamin: la naturaleza de su pensamiento político. Las dos interpretaciones dominantes acerca del mismo, las que expusieron, respectivamente, Scholem y Adorno, están imbuidas por una aversión común hacia Brecht y por la hostilidad hacia el comunismo, que tiene que ver con el sionismo de Scholem y, en el caso de Adorno, con la atmósfera de la Guerra Fría de la República Federal Alemana a partir de 1945. Eiland y Jennings, en este sentido, no comparten el sesgo de los dos interlocutores canónicos de Benjamin, si bien, a la hora de hablar de esta faceta de su vida, Scholem y Adorno no se mantienen en pie de igualdad. Tácitamente, su simpatía por Scholem es mayor, y en ocasiones lleva al camino equivocado. En el largo debate sobre cuáles pudieron ser las concepciones políticas de Benjamin antes de su conversión al marxismo en 1924, sostienen que el pensamiento del joven Benjamin no puede ser apropiado fácilmente ni por la derecha ni por la izquierda: «Así, mientras Benjamin podía leer con aprobación a Bakunin y a Rosa Luxemburg —“profundamente conmovido por [la] increíble belleza y significación” de las cartas de Luxemburg desde la prisión—, también era capaz de establecer una relación intelectual profunda con el conservador Florens Christian Rang y suscribirse de forma intermitente al periódico monárquico, reaccionario y antisemita *Action Française*». Esto, sugieren, es un excelente ejemplo de la totalidad contradictoria y móvil que es el pensamiento de Benjamin.

Es, sin embargo, significativo que en este punto le den la última palabra a Scholem, quien en su *Historia de una amistad* sostuvo que en aquella época los dos compartían el mismo punto de vista político, que él denomina «anarquismo teocrático»: una *Weltanschauung* [visión del mundo] individualista y

antisocialista. Esto es algo engañoso. Las convicciones del joven Benjamin son ciertamente discutibles, pero está claro que el cariz antiestatista e insurreccional que expresan textos como *Zur Kritik der Gewalt* [*Para una crítica de la violencia*] era ajeno al nacionalismo sionista de Scholem. Más adelante, en el penúltimo capítulo de *Walter Benjamin: A Critical Life*, los autores señalan que «Scholem siguió siendo, a pesar de sus dificultades, el lector más fiable de la obra de Benjamin». Este juicio está lejos de la realidad. Es posible que Scholem haya sido el amigo más fiable de Benjamin, pero ciertamente no era su lector más digno de confianza. De hecho, tal y como él mismo le confesó a Benjamin, apenas podía decidirse a tratar de descifrar los textos marxistas que él le enviaba desde París en la década de 1930. Famoso por defender la idea de una tensión profundamente improductiva en el corazón del pensamiento de Benjamin entre sus convicciones teológicas y las materialistas, en realidad (como nos recuerda el erudito israelí Baruj Kurzweil) en aquella idea estaba proyectando su propia versión idiosincrática de la ideología sionista, a modo de analogía con la relación entre la cábala y el judaísmo rabínico.

Adorno, por el contrario, recibe por parte de Eiland y Jennings un tratamiento mucho más crítico. Desde un punto de vista personal, tienen motivos para ello. El feroz ataque de Adorno contra Kracauer, su mentor un día y posible amante, estando este último exiliado en París, es un episodio vergonzoso en todos los sentidos; y su aversión al tono conminatorio de las instrucciones «asombrosamente intrusivas» de Adorno a Benjamin en 1939 con respecto a su obra sobre Baudelaire es igualmente comprensible. En las primeras etapas de su correspondencia Adorno se había posicionado a sí mismo como discípulo de Benjamin. Sin embargo, para aquel entonces Adorno había pasado a formar parte del círculo íntimo del Instituto de Investigaciones Sociales y, «consciente de que Benjamin dependía completamente del instituto para subsistir, sentía que podía dictar no solo la elección del tema, sino el tenor intelectual de la obra de Benjamin». Ensombreciendo esta inversión maestro-alumno, sugieren los autores, también puede haber actuado un deseo de mantener a Benjamin a una distancia segura de Gretel —ostensiblemente, no había invitado a Benjamin a su boda en Oxford—, que le llevaría a una «traición inconsciente» de su amigo al no hacer cuanto estuvo en su mano para asegurar su pasaje a Nueva York. Pero por cuestionable que haya podido ser o no el trato humano de Adorno hacia Benjamin, cosa distinta era su relación intelectual con él. En 1935, durante un periodo de intensas discusiones con Adorno y Horkheimer, Benjamin recibió el encargo de escribir una exposición de su floreciente trabajo sobre los pasajes. La cobertura de los debates que siguieron entre Adorno y Benjamin es la parte más débil de esta biografía. Aquellos forman un conjunto altamente productivo de intercambios sobre la naturaleza del progreso histórico, la eficacia del arte politizado y la relación entre los fundamentos

de la sociedad y sus superestructuras. Aquí, por desgracia, las conjeturas acerca de la rivalidad personal entre los dos hombres –por persuasivas que puedan ser– impiden cualquier análisis matizado de la aportación teórica de estos debates. De hecho, en el caso de *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*, Eiland y Jennings optan por ignorar las famosas discusiones que Adorno y Benjamin mantuvieron en torno al ensayo.

Más en general, sus propias inclinaciones disciplinarias obstaculizan la representación coherente de muchas de las obras clave de Benjamin. Eiland y Jennings se encuentran muy cómodos en las discusiones sobre literatura alemana y la cultura de Weimar, y sus introducciones críticas a los ensayos que constituyen el aprendizaje de Benjamin de las letras alemanas son a menudo excelentes. Sin embargo, cuando se trata de textos con un carácter expresamente político, están más perdidos. Por ejemplo, junto con *Zur Kritik der Gewalt*, de 1921, las famosas tesis contenidas en *Über den Begriff der Geschichte [Sobre el concepto de historia]* (1940) constituyen el texto dentro del corpus de Benjamin que teoriza explícitamente la naturaleza de la lucha de clases: Eiland y Jennings le dedican solo dos páginas y media, cuando el ensayo, mucho más leve, *Goethes Wahlverwandtschaften [Las afinidades electivas de Goethe]* recibe siete. Si subestiman su trayectoria política, no es por una hostilidad particular. Antes bien, sus compromisos revolucionarios son tratados con ecuanimidad a lo largo del libro, pero también con indiferencia, demostrando una falta de interés determinada en gran parte, sin duda, por el contexto posterior a la Guerra Fría, que los hace más susceptibles de ser considerados como una pose, parte ya de un pasado superado y, por lo tanto, inofensivo. Es la falta de curiosidad por las ideas políticas de Benjamin y su desarrollo, más que cualquier distorsión real de las mismas, lo que constituye una limitación de esta biografía. Es cierto que sobre esta cuestión la documentación es a menudo elusiva, pero no hasta el punto de imposibilitar un tratamiento más coherente o comprometido. Lo que se desprende más claramente es la atípica combinación benjaminiana de independencia e intransigencia de pensamiento. Su tiempo en Moscú le aclaró las ideas con respecto a la URSS; su percepción de la misma había sido alimentada por la admiración que sentía por los escritos de Trotski –una admiración que compartía con Brecht, para quien Trotski era «el más grande escritor vivo europeo»– y se mantuvo impasible ante las tácticas de la Internacional Comunista (en Francia, su apoyo al Frente Popular se fue marchitando). Una reconstrucción cuidadosa de su trayectoria tras su conversión al materialismo histórico en Capri se hace muy necesaria.

Sin duda, el mayor mérito de esta biografía es el de hacer que la «vida cotidiana» de Benjamin sea visible por primera vez al público anglófono. A lo largo de sus páginas aprendemos cosas sobre sus peculiares hábitos de escritura, la medida de su adicción al juego o sus enredos sentimentales.

Pero esto plantea a su vez una cuestión de carácter más filosófico en torno a la naturaleza misma de la «experiencia cotidiana». En la primera página de su autobiografía en miniatura que es *Berliner Kindheit um neunzehnhundert* [*Infancia en Berlín hacia 1900*], Benjamin hace una importante distinción entre las «contingentes» experiencias personales y la experiencia colectiva de una generación. A continuación pasa a relatar lo que para él constituyeron las experiencias arquetípicas de la juventud en el cambio de siglo. Del mismo modo, Benjamin siempre describió sus propias convicciones comunistas como el producto de la experiencia de toda una generación del hundimiento económico y del fascismo. Todos esos recuerdos colectivos están ausentes de las páginas de *Walter Benjamin: A Critical Life*. Al optar por una relación «rigurosamente cronológica» de la historia de su personaje, Eiland y Jennings han tratado de dejar que los hechos hablen, por lo general, por sí mismos. De este modo se han dejado en el camino ejemplos que el mismo Benjamin estableció, al escribir de la vida y obra de aquellos que lo influyeron (Baudelaire, Kafka, Kraus o Proust). Una manera más productiva de acercarse a su desarrollo intelectual habría sido utilizar la estrategia que el propio Benjamin emplea cuando toma una figura en particular para «destapar» una constelación histórica que la rodea. En lugar de privilegiar la personalidad de estos autores como la llave para abrir sus textos, Benjamin intentó constantemente excavar en ellos, en tanto que vestigios de las totalidades sociales de las que surgieron. Lo que le falta a esta biografía es un sentido real no solo de cómo el orden social y político de su tiempo conformó el pensamiento de Benjamin, sino también de las rupturas dentro de aquel orden. Eiland y Jennings a menudo recuerdan al lector que «Benjamin estaba convencido de que la historiografía tradicional, con su confianza en el tipo de narración que presupone una continuidad homogénea y un proceso inevitable en el cambio histórico, está destinada a ocultar los momentos revolucionarios en el acontecer de la historia». Sin embargo, los autores no llegan a caer en la cuenta de que su propio tratamiento de la vida-historia de Benjamin corre el riesgo de hacer precisamente eso. En el caso de un pensador que dedicó tanta energía a tratar de desmontar las formas tradicionales de la historiografía, el resultado de esta biografía es inevitablemente una fuerte disonancia entre forma y materia.

¿Cómo hacer, entonces, un balance? La figura de Baudelaire nos da una pista. *Walter Benjamin: A Critical Life* aventura la tesis de que en sus vidas había un paralelismo: «Las características más destacadas de la biografía de Baudelaire —el poeta sin un céntimo condenado, por falta de reconocimiento, a un exilio interior, y luego, al final de su vida, a un exilio autoimpuesto en Bélgica— se ajustan mucho a la situación del propio Benjamin». Sin embargo, consideran que la correspondencia más profunda entre Benjamin y Baudelaire es de carácter filosófico, en el sentido de que ambos marcan

profundamente la manera en que entendemos la modernidad: su sentido del tiempo, su barbarie velada. La comparación podría ser provocativa por otras razones. Cuando Benjamin comenzó a escribir sobre Baudelaire a finales de 1930, reconoció que estaba rescatando al poeta del dominio del mito. En ese momento la visión hegemónica de Baudelaire, propuesta por poetas como Stefan Georg, partía de sus escritos místicos o de sus visiones políticas reaccionarias. De ahí que, cuando Benjamin empezó a trabajar sobre Baudelaire, escribió que para rescatar al poeta sería necesario romper con los «límites del pensamiento burgués». Su reinención de Baudelaire como la quintaesencia del individuo moderno –alienado, desplazado, saturnino– ha alcanzado tal celebridad que es hoy convencional. Desde que se convirtió en objeto de atención de los estudiosos en la década de 1980, un Benjamin desradicalizado ha ido haciéndose dominante en el mundo académico. Tal vez se haya producido una extraña inversión dialéctica, y sea el entendimiento común de Benjamin el que esté ahora por caer en el mito.

